

Francisco Umbral

Las señoritas de Aviñón

Entre la ficción y la crónica,
un brillante y agitado retablo de la vida de España
desde comienzos de siglo hasta la guerra civil.



Un narrador, Francesillo, cuenta la vida de los principales miembros de su familia (sobre todo la de su tía Algadefina, con múltiples y variadas experiencias amorosas) desde comienzos de siglo hasta la guerra civil; personajes célebres como Picasso, Unamuno, Rubén Darío, Galdós, el dictador Primo de Rivera, Valle-Inclán y García Lorca mantienen relaciones, a veces muy íntimas, con alguno de sus familiares, y a través de ellos la historia privada del entorno de Francesillo se va convirtiendo en la historia de todo el país, con sus dramas, sus sueños y sus ilusiones, hasta desembocar en el gran estallido de la guerra. Entre la ficción y la crónica, con humor, ternura y tremendismo, Umbral pinta, con su inimitable estilo, un brillante y agitado retablo de la vida de España.



Francisco Umbral

Las señoritas de Aviñón

ePub r1.0
Titivillus 26.02.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Las señoritas de Aviñón*
Francisco Umbral, 1995
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A Miguel García-Posada

No te duela ese llanto,
no te cures del mundo.
RUBÉN DARÍO

UN TAL PABLO PICASSO ANDABA por la ciudad haciendo retratos a las señoritas que se dejaban. La tía Algadefina se dejó y la sacó en bolas, un poco agitanada, pero vagamente parecida.

—Oiga, señor Picasso, que la tía Algadefina no se parece demasiado.

—Deje el retrato en paz. Los retratos tienen que reposar. Ya se parecerá.

Yo, que era un redicho, se lo solté al joven artista:

—Usted lo que pasa es que imita a Nonell, el catalán.

—Vete a la mierda, niño.

—Soy sobrino de la tía Algadefina.

—Pues mayormente.

Pablo Picasso tenía una cierta pinta de garajista joven que salía con mujeres azules y rosa, lo cual era el escándalo de la ciudad. Con la tía Algadefina salió largamente. Se pasaban las horas en el estudio del joven pintor, un torreón en la plaza de San Miguel, y yo me preguntaba si follaban o no follaban. Parece que Picasso gastaba todo el tiempo en sacarle apuntes al cuerpo esbelto, lírico y tísico de la tía Algadefina. En Madrid no se hablaba de otra cosa.

—Que la señorita Algadefina anda saliendo con ese artista catalán y golfo que ha venido a parar a Madrid.

—Que no es catalán, que es malagueño.

—Que es de La Coruña.

—Y una mierda.

—Dicen que el padre era profesor de dibujo en La Coruña.

—De casta le viene al galgo.

—Eso.

—En Bellas Artes saca muy buenas notas.

—Pero es que tiene una fijación con sacar mujeres desnudas.

—Mayormente la señorita Algadefina.

Pasados los años, los siglos, he visto correr por las galerías y las subastas, por los museos y las colecciones particulares y públicas, el desnudo que Picasso, el garajista, le hizo a la tía Algadefina, pobre, tan muerta ya, y aparte de que lo encuentro muy parecido, me parece que aquel señor era un Isidro Nonell con mucha más casta que Nonell. El catalán Nonell buscaba el dramatismo y el malagueño Picasso buscaba eso que hay más allá del dramatismo: la nada. ¿La tía Algadefina es la nada? En esta novela/saga del siglo xx va a ser mucho más que eso. Picasso seguía clases de Bellas Artes en la Academia, ya se ha dicho, vivía en una casa de lenocinio y tenía su estudio en la madrileña plaza de San Miguel, en un torreón. La tía Algadefina dijo siempre que se prestaba a ser modelo gratuita de Picasso por tres razones, como nos enseña la Teología, que siempre es trilateral: porque Picasso iba a ser un gran pintor, porque Picasso le gustaba como hombre y porque quería dejar un retrato suyo en bolas a los nietos que no iba a tener.

Cuando el bisabuelo don Martín Martínez vio el retrato, o sea el desnudo, de la tía Algadefina expuesto en un escaparate de la ciudad, dijo que le gustaba tener una biznieta que estaba tan buena y que era tan artística por dentro. Cuando el abuelo Cayo vio el retrato, dijo que toda la familia se había condenado para siempre, que aquello era la abominación, y, abandonando su oficio de consumero, se recluyó en sus habitaciones particulares con un rosario, unas estampas, unos higos secos, unas tortas de maíz, varias botellas de vino de Rioseco y el Kempis, que era su libro de horas, aunque aquel Kempis se lo había regalado a mamá el fantasma resurrecto de papá, muerto en la represión de Galán y García Hernández, por Sanjurjo o por quien fuera.

La tía Algadefina y el señor Picasso se iban a pecar al Retiro, y él le sacaba apuntes dando de comer barquillos a los cisnes, contra el fondo del palacio de Cristal, o remando en el lago grande en el estanque, con aquella gracia que tenía la tía

Algadefina para sacar fuerzas de flaqueza, como todos los tísicos. A Picasso le gustaba mucho jugar en la barquillera de los barquilleros, pues era mucho más gitano malagueño que los gitanos madrileños de los barquillos, y siempre les sacaba un altísimo cucurucho de barquillos torraos que entregaba a la tía Algadefina como un ramo de rosas. También se paseaban por las calles principales, ante la mirada atónita de los cadetes de la Academia y el gentío en general, que se asombraba de ver a aquella señorita tan bien en poder de un joven pintor bohemio y aprendiz que ni siquiera vendía sus cuadros.

La tía Algadefina, pasados los primeros espantos, decidió presentar al joven Pablo a su grupo de amigas, María Luisa, María Eugenia, Delmirina, las de Caravaggio y toda aquella gente.

María Luisa, que era pronta de carácter y roja de pelo, en seguida le pidió al pintor que le hiciese un retrato en bolas, como el de tía Algadefina, a lo cual el joven Pablo accedió gustoso, ya que María Luisa era una belleza espectacular, aunque a Picasso le gustaban más las bellezas intimistas y calladas como la tía Algadefina. A la tía Algadefina, por cierto, le entraron los celos con esto del retrato en bolas a María Luisa, aunque ella lo llevaba muy bien, como lo llevaba todo, entre la ironía, la indiferencia y la crueldad. Mamá no dijo que sí ni que no.

María Eugenia era virginal, dulce y tímida, pecadora, y no le pidió nada al pintor, pero Picasso se fijó en ella en seguida, porque tenía un óvalo de cara absolutamente gótico, con el pelo en bandos, y le propuso hacerle un retrato de busto. Luego diré si el retrato se hizo o no. Delmirina, que era la más fea y la más estrecha del grupo, decía que aquel tal Picasso era un robaperas y que ella no posaría para aquel joven ni muerta. Hoy creo que a Picasso tampoco le interesaba pintar feas. En cuanto a las de Caravaggio, eran tres: la hermana gorda, casada y omnisapiente, la hermana bizqueante y abandonada por el marido mariner, y la niña, una tal Sasé, que estaba guapa dentro de su gordura o gorda dentro de su belleza.

Picasso insistió mucho en pintar a Sasé, en cuyos grandes volúmenes descubrió el cubismo, pero las de Caravaggio decían que aquello era una vergüenza y un escándalo y que la niña tenía que casarse con uno del Catastro, que es una cosa segura.

Hoy comprendo bien, volviendo los ojos a un pasado de siglos, dentro de esta novela donde mi fin de siglo se confiesa al fin, que Sasé Caravaggio era la musa ideal de Picasso, la mujer cubista por exceso, dentro de su juventud, y luego contaré si Picasso hizo o no hizo este cuadro dentro del panorama general de *Las señoritas de Aviñón*, donde nace el cubismo para siempre, y cuyas modelos fueron mis tías y amigas y sobrinas de mis tías, contra lo que diga la Historia de que fueron unas putas de Barcelona. No hay más que mirar el cuadro, hoy legendario, para comprender que aquellos desnudos no son de meretrices de Barcelona, sino de señoritas bien de Madrid. Y luego contaré cómo ocurrió la cosa.

Jamás he sabido si la tía Algadefina follaba o no follaba con don Pablo Picasso, hoy el primer genio del siglo, junto a Einstein. Ambos iban en calzoncillos, que es el uniforme de los genios. Hoy me gustaría más que la tía Algadefina se hubiese beneficiado a Picasso, pero tampoco puedo añadir esto como timbre de gloria a la panoplia familiar, porque nada hay de cierto. Así las cosas, a mí me parece reconocer en algunos cuadros de Picasso, de la época madrileña o posteriores, algunos desnudos de mujer, cubicados y engrandecidos por Sasé Caravaggio, pero no me atrevería a afirmar que fuese ella, aparte de que da igual, porque Picasso elegía un modelo para luego destruirlo u olvidarse de él.

Picasso y la tía Algadefina paseaban mucho por el viejo Madrid, que era lo que a él le gustaba, y Picasso sacaba apuntes de la plaza de la Cebada, la plaza de la Paja, la plaza de los Carros, la plaza de Romero de Torres.

—¿Y qué te parece a ti ese Romero de Torres, Pablo? —le decía la tía Algadefina.

—A mí me gusta.

—Los vanguardistas dicen que era un cursi.

—Por eso me gusta.

Las señoritas de Aviñón, tan apócrifas, se reunían algunas tardes en torno del joven Pablo, en algún café de la calle de San Bernardo, nuestro enfermo y reducido Barrio Latino.

—El pelo le va a durar poco.

—Pero va a tener una calva muy hermosa.

—Es un genio.

—Es un seductor.

Desde entonces llamé a mis tías y a las amigas de mis tías las señoritas de Aviñón. Hubo unos años, felices y fugaces, en que todas giraron, violentas o sonrientes, en torno de Pablo Picasso, el garajista sin suerte, el pintor aficionado, el macho de clara y valiente masculinidad. Recuerdo aquella época como la época rosa y azul de mi vida. Me veo en los niños arlequines de Picasso, sé que no soy yo, pero quién sabe, algo se le puede haber quedado de mi mirada, de mi estupor, de mi inocencia.

Don Miguel de Unamuno y Jugo, rector de la Universidad de Salamanca, paseaba mucho por los campos góticos con mi bisabuelo, don Martín Martínez, y hablaban todo el rato de Dios, que era el tema de don Miguel, pero que a mi abuelo, liberalote y hasta un poco masón, sólo le interesaba a la contra.

—A usted lo que le pasa, don Miguel, no es que quiera encontrar a Dios, sino sustituir a Dios.

—Pero eso es una blasfemia.

—Anda usted buscando un Dios que tenga la misma cara, la misma barbita, las mismas gafas y el mismo traje de pana que don Miguel de Unamuno.

(Años más tarde, el católico Papini, cuando consiguió verle la cara a Dios, descubrió que tenía la misma cara que él: cara de Papini. Así son los místicos.)

Don Miguel y mi bisabuelo, otras veces, se iban a pasear por los espartales de Vallecas, y el campo siempre ponía arrebatado y místico a Unamuno. Era cuando don Miguel se quitaba la chaqueta, en máximo alarde de impudicia (debajo llevaba jersey, camisa y camiseta de felpa), e imprecaba al cielo, pidiéndole a Dios una respuesta.

—Por favor, don Miguel, que le están mirando todos los artesanos.

—¡Que sean testigos de mi diálogo con Dios, de mi reto!

Estaba loco o jugaba a ello. Los humildes vecinos de los espartales se gritaban unos a otros: «que ha venido el loco, que ha vuelto el loco», y en seguida le hacían corro.

Menos mal que mi bisabuelo se lo llevaba en tálburi hasta el Ateneo, donde Unamuno encontraba ya deuteragonistas más conocedores que los buenos vallecanos. El abuelo o bisabuelo don Martín Martínez y el rector de Salamanca tenían buena amistad, mayormente porque don Martín le escuchaba, que es lo que quería Unamuno, y sólo de vez en cuando le pegaba un puyazo laico y masón, lo cual estimulaba a don Miguel para seguir soliloqueando. Era una amistad basada en Dios, de modo que no podía fallar. Don Miguel tenía un hijo estudiando medicina en Madrid. Don Miguel colaboraba mucho en la prensa madrileña, y su hijo, a fin de mes, iba por las redacciones cobrando las colaboraciones de su padre, gracias a las cuales pagaba la pensión y seguía la carrera.

De modo que don Miguel escribía en la prensa de Madrid, no por hacer política ni ideología, no por salvar la patria, sino por pagar la carrera a un hijo. Cuando don Miguel venía a la capital, le gustaba dar grandes paseos él solo, por todas partes, perdido geográficamente, pero orientado históricamente por su conocimiento de la ciudad. Y de estas paseatas le salían unos maravillosos y andariegos artículos sobre Madrid, porque como mejor pensaba y escribía Unamuno era andando. Toda su obra me parece ahora una obra muy paseada, y eso es bueno.

Al bisabuelo don Martín Martínez, pese a ser hombre de campo, jinete y duro, le agotaba Unamuno con sus paseos por la ciudad. Don Martín, dado su origen, prefería pasear por el agro.

—¿Entramos en esta iglesia a meditar un poco, don Miguel?

Eso lo decía el bisabuelo no por piedad, naturalmente, sino por descansar un poco y refrescarse del sol madrileño con el relente de Dios. Pero don Miguel era implacable, como todo deísta.

—El único Dios al que yo rezo es el Cristo de Velázquez, en el Museo del Prado.

—Pero no está consagrado...

—Lo consagro yo. Le estoy haciendo un poema.

Y don Miguel sacaba de entre lo negro un fajo de papeles y se ponía a leerle versos a gritos al bisabuelo, entre los tranvías de mulas y los primeros automóviles de la Puerta del Sol.

Quiero anticipar aquí que mi bisabuelo, liberalote y masonazo, pidió, a la hora de la muerte, confesar y comulgar con don Miguel de Unamuno, único «cura» que podía soportar.

—Yo sé que él me llevará al cielo como yo le llevaba a Vallecas.

De modo que acababan en el Museo del Prado, ante el Cristo de Velázquez, que al bisabuelo no le decía nada de particular, pero sí le impresionaba cómo su amigo se arrodillaba y le rezaba sus versos, luego famosos, a una imagen que quizá Velázquez había pintado con su característica y genial indiferencia, a lo mejor por encargo.

Cuando don Miguel de Unamuno entraba en casa, todos estábamos como en misa. Aquel hombre tenía más de cura que de hombre. A mí me dijo que tenía voz de predicador, siendo muy pequeño.

—Debes dedicar tu vida y tu buena voz a difundir el Evangelio, hijo.

Mi madre, que era un poco libertaria, se lo tomaba a broma. Cuando comía o cenaba en casa, don Miguel bendecía la mesa, cosa que no hacíamos nunca. Un día me llevaron con ellos al Prado y no se me olvidará nunca la lámina de aquel señor tan grande y tan negro arrodillado delante de una pintura, como si estuviera en misa. Los turistas nos miraban y a mí me dio mucha vergüenza. Los Cristos, en las iglesias, parece que imponen un poco, pero en un museo no imponen nada.

—Madrid es la capital del diablo —salía diciendo don Miguel— y sólo puede salvarse por este Cristo.

Pero luego, como observaba don Martín Martínez, a Unamuno le encantaba hundirse en la capital del diablo, el Ateneo, la política, los periódicos, los cafés, los paseos de madrugada por el viejo Madrid, hablando de los griegos.

—Candidato viene de cándido, porque se elegía al más joven, al más puro, al que iba de blanco.

Don Miguel se amancebaba tanto con la capital del diablo que hasta le desterraron y todo, como se contará en esta verídica novela: *Las señoritas de Aviñón*. Lo que no sabía era estarse quieto en su Salamanca de tedio y plateresco. El místico Unamuno se había librado del demonio y la carne, pero el mundo, o sea Madrid, seguía siendo su gran tentación. Esto nos lo hacía más humano y tratable, y por eso el bisabuelo lo traía a casa a bendecir la mesa.

Ahora, pasados siglos desde aquello, pienso que los dos únicos curas en que yo, niño ateo, he creído, son Unamuno y fray Luis de León, que el uno era fraile perverso y el otro ni siquiera era cura.

Quizá fray Luis salga también en esta verídica novela, que no lo sé. Pero tuvo mando en mi infancia, más como seductor y prosista que como fraile.

Al abuelo Cayo, siempre con su Kempis y su rosario, le asustaba un poco don Miguel. A la abuela Eloísa, beata tempranera, también, aunque le servía las mejores tajadas. El bisabuelo don Martín Martínez, un día, en la mesa, a mitad del cocido, dijo las mejores

palabras:

—Usted, don Miguel, lo que es, me parece a mí, es un erasmista. Y también un poco krausista.

Erasmus era un señor con gran boina y gran nariz que salía en mis enciclopedias del colegio y que, según el texto, había hecho mucho daño al catolicismo español. Lo otro, lo de «krausista», que sonaba alemán, no lo entendí en absoluto.

—Yo soy la Reforma y la Contrarreforma, querido don Martín. Yo soy Lutero y Calvino, yo soy santo Tomás y Aristóteles, pero yo no soy Krause, que no era más que un pensador mediocre y burgués. Santo Tomás, a última hora, dictando a sus frailes, dijo de pronto: «Dejadlo, todo lo que he escrito es paja.»

El bisabuelo don Martín Martínez, que había terminado de comer, sacó un puro cubano, le cortó las puntas, lo encendió y le dijo a don Miguel, envuelto en humo satánico:

—¿Y no acabará usted lo mismo, confesando en la agonía que todo lo que ha escrito es paja?

—Pudiera ser, joven, pudiera ser.

Unamuno llamaba joven a todo el mundo, incluso al bisabuelo, que era mucho más viejo que él. En todo caso, encajó muy bien el golpe y se limitó a ajustarse los lentes en la nariz con un movimiento mecánico de la mano, que era un tic.

En cuanto a las tías, amigas, mamás y bisabuelas de la casa, a todas les había parecido que el bisabuelo había puesto a don Miguel en su sitio: o sea, un cura que no era como los demás y que, encima, ni siquiera era cura.

—Veo cierta liviandad en esta familia —dijo una vez don Miguel, sin duda refiriéndose a los escotes lunados de la tía Algadefina, modelo de Picasso, o de la vecina María Luisa, también modelo del joven Picasso.

—Usted disculpe, don Miguel.

Y todas se llevaban la servilleta al escote. Pero las cabelleras seguían siendo azules, verdes, rojas, amarillas, locas.

—Sin embargo, conozco bien el pulso y el carácter de mi amigo don Martín Martínez, y sé que aquí no pasará nunca nada que se salga de la decencia y el decoro españoles y castizos.

Don Miguel no sabía, claro, que un joven pintor andaluz estaba pintando desencueradas a la tía Algadefina y a María Luisa.

Aquella casa era mayormente un matriarcado sólo un poco atenuado por la personalidad valiente y macho del bisabuelo don Martín Martínez. En ese matriarcado me crié yo, y por eso luego, en la vida, he sabido conocer un poco a las mujeres. Para don Miguel, en cambio, la mujer, empezando por la suya, sólo era un ente paridor. Ni siquiera sospechó nunca la verdad de nuestra familia. Creía en el patriarcalismo de don Martín.

—Señoras y señores, discúlpeme, pero me esperan en la cacharrería del Ateneo.

Y se iba al Ateneo, como el Cristo de Velázquez de paisano, a redimir la Ciudad del Diablo, aunque sólo se redimía a sí mismo con su monólogo incesante. Le costaba volverse a Salamanca, eso se le notaba, porque en Madrid había muchos más interlocutores. Las tías, primas y sobrinas, más algunas amigas, comentaban el apuro de la comida:

—Este señor será un sabio y un santo, pero nos ha hecho meternos las servilletas por el escote.

—Yo es que no se lo perdono.

—Que se vaya a salvar almas a Salamanca.

—Eso, que allí todas viven en la Edad Media.

—Este señor no sabe lo que es Madrid, bisabuelo.

Y el bisabuelo don Martín Martínez, sonriéndole a su puro:

—Lo sabe demasiado bien, hijas mías. Como que es el que manda en Madrid y en España, a distancia. Desde Salamanca, que él ha llamado, con cierto mal gusto poético, «académica palanca».

—¿Cómo se puede meter «palanca» en un poema?

—¿Qué diría Núñez de Arce?

—¿Y Campoamor, que todavía es más fino?

La tía Algadefina, nadie sabía cómo, estaba siempre invitada a los bailes del palacio Real, y un día hasta bailó con el rey.

—¿Con don Alfonso XIII?

—¿Quién va a ser?

—¿Te ha sacado a bailar?

—No iba a sacarle yo a él.

—¿Y qué tal baila?

—Ni me enteré, un sueño.

Don Alfonso XIII estaba representado en aquella casa republicana, que era la del bisabuelo don Martín Martínez, como un mito erótico de las mujeres, aunque entonces no se decía así. Todas andaban un poco enamoradas del dandismo feble y mujeriego del rey, como la mayoría de las españolas.

—Dicen que es un pirandón.

—Vete tú a saber.

—De casta le viene al galgo.

—¿Qué galgo?

—Doña Isabel II, que tampoco paraba quieta.

En la casa había fotos del rey, recortadas de los periódicos y las revistas, y hasta una lámina con la reproducción del cuadro que le había hecho Sorolla o así, de cuerpo entero y uniforme militar, sobre un fondo vegetal, dorado y verde, que bien podría ser el Retiro.

El rey era una presencia fija entre las mujeres de la casa, en aquel matriarcado donde me crié, aparte toda idea política, ya que mis madres, tías, primas y amigas habían salido todas un poco ligeras y afrancesadas, muy dadas al cancan y al anís.

—Dicen que seduce modistillas.

—Y chalequeras.

—Y pantaloneras.

—¿Y por qué nos discrimina a la gente bien?

—Paciencia, mujer. Algadefina, de momento, ya ha bailado con él.

—¿Y qué te decía?

—Que teníamos que conversar más aparte y tranquilos, algún día. Que no falte nunca a los bailes de palacio.

Para los bailes de palacio, la tía Algadefina empezaba a arreglarse una semana antes, desde que recibía el tarjetón. Muselinas, encajes, pamelas, miriñaques, blusas de vapor, faldas de vuelo, mangas de farol, chapines de oro. Y todo el clan femenino de la familia y adyacentes colaboraba, como si la tía Algadefina fuese la Cenicienta y su futuro pendiese de un zapato de cristal.

A don Martín Martínez, el bisabuelo, republicanote viejo, le hacía gracia que su biznieta preferida bailase con el rey. Al abuelo Cayo y a la abuela Eloísa aquello les parecía el final de la familia y de la religión. El abuelo Cayo no decía nada, porque no tenía carácter, y se refugiaba en su Kempis, pero la abuela Eloísa murmuraba que eran todas unas perdidas, que en aquella casa faltaba un hombre con autoridad y que el mundo y sus pompas y vanidades habían entrado en un hogar cristiano. Luego se metía en la despensa a beber vino tinto y malo del que yo le subía de los Gemelos, o sea la taberna adosada a nuestra casa/palacio.

Mucho tiempo más tarde se supo que la tía Algadefina y el rey, de paisano y de

incógnito, quedaban algunas tardes en el Retiro y hasta paseaban en barca por el lago. La tía Algadefina no le contaba al rey que estaba posando desnuda para un joven pintor andaluz llamado Picasso, porque no sabía si eso le iba a gustar a su majestad. Pero sí le contó que por casa iba mucho don Miguel de Unamuno, que era íntimo del bisabuelo, y dicen que el rey dijo: «Para Unamuno ya tengo yo pensada una cruz, que se la merece.» Según el cronicón familiar, que me limito a glosar, parece que el rey empezó a llevar a la tía Algadefina a un chaletito de la Guindalera, con mucho secreto, y ahora comprendo, siglos más tarde, que a lo mejor eran amantes, pero la tía Algadefina, qué lástima, nunca tuvo un reyecito, un borboncito, como otros que se dice andan por España. Los amores de la tía Algadefina y el rey parece que duraron poco, pero en seguida se difundieron por toda la ciudad, como se difunden estas cosas, y a la tía Algadefina se la miraba con respeto y veneración en los teatros, como si fuera una duquesa. Efectivamente, el haberse acostado con el rey equivalía a llevar un título implícito, una nobleza y una sangre nueva en el alma.

Las imágenes del rey que había por la casa las arrancó todas la abuela Eloísa, más por intuición que por información, pero nunca ha quedado claro si la tía se acostó con don Alfonso. A mí me parecía que de un gran amor así siempre nacía un niño, y yo no veía el niño por parte alguna. A mí me hubiera gustado tener un primo borboncito para jugar a los príncipes, pero la tía Algadefina no me lo quiso dar.

Hasta que de pronto empezó a venir por casa, entre los muchos pretendientes de las chicas, un señor que se parecía mucho a don Alfonso XIII, pero que decía que era republicano. Un día que estaba invitado a comer, coincidió con don Miguel de Unamuno, que ni siquiera le prestó atención y habló toda la comida, como siempre (tras bendecir la mesa), de que los borbones estaban llevando España al barranco. Cuando luego ocurrió lo del Barranco del Lobo, en la guerra de África (cosa que ya he contado en otro tomo de estas memorias noveladas), yo siempre pensé que ése era el barranco a que se refería don Miguel, y me asombró su clarividencia.

—Tiene usted mucha razón en todo lo que dice, don Miguel —decía el doble de Alfonso XIII o lo que fuera aquel joven del bigote espadachín.

—¿A usted tampoco le gustan los borbones, joven?

—Los conozco demasiado bien como para respetarlos.

—¿Acaso es usted palaciego?

—Un poco.

—Me lo temía.

—Y en palacio se dice que le van a conceder a usted una Gran Cruz.

—Me parece muy justo. Me la merezco.

—Todos los premiados dicen humildemente lo contrario. Que no se la merecen.

—Y tienen razón.

La tía Algadefina tenía unos años en que era trigueña, rubita, con los ojos claros y la sonrisa estival. La tía Algadefina tenía otros años en que era morenita, morita, con los ojos más trágicos que negros y la sonrisa honesta de las muertas jóvenes. Según.

El joven Picasso ocurre que andaba como muy obsesionado por hacerle un retrato desnudo a Sasé Caravaggio, una adolescente llena de bellas arrobos jóvenes, como un rubens borracho, con la belleza como inflada y la boquita pequeña (el intolerable Galdós hubiera escrito «boquirrita»). Qué asco.

—Que te voy a hacer un retrato cubista, niña.

—¿Y qué es eso del cubismo, don Pablo?

—¿Y tú me lo preguntas, nena? Cubismo eres tú.

Las de Caravaggio, tías, madres y abuelas, se supone que no iban a querer, pero ocurre que sí quisieron. El que no quiso para nada fue el novio de Sasé Caravaggio, un empleadillo, opositor al Catastro, que era mozo de poca carne, poca gracia y pálida color amarillecida.

—Si posas para ese golfo lo nuestro lo dejamos, Sasé.

—Total, para el porvenir que nos espera en el Catastro.

El joven novio y empleadillo, cuyo único triunfo en la vida era haberse comprometido con garzona tan opulenta y guapa como Sasé Caravaggio, comprendió que sin las arrobas de su futura no era nada y que su porvenir de funcionario se había arruinado. Este joven, cuyo nombre no me consta, era muy lector de Dostoievski. Como casi todos los lectores de Dostoievski, encontraba en el ruso justificación para sus propios temblores, vacilaciones, miedos, inseguridades y pesadillas. Por entonces estaban muy de moda los rusos, Lérmontov, Turguéniev, Pushkin y todo eso, y los opositores, funcionarios y otros desgraciados de clase media, leían a Dostoievski para sentirse personajes dostoievskianos, y así entraban más seguros y hasta arrogantes en el café: «Estos me creen un paseante en Corte, lo que no saben, por incultos, es que soy trágico como un personaje de Dostoievski; el ruso me hubiera retratado.»

Luego, con el correr del siglo, como se contará en esta verídica novela memorial, los jóvenes serían otras cosas: porveniristas, futuristas, hasta surrealistas. Pero el romanticismo tardío de los rusos no tuvo igual, fue incomparable y justificó muchas mediocridades nacionales. Por eso en España se leía tanto a Dostoievski, traducido del francés por Cansinos Assens, aunque él decía por las tertulias de Madrid que directamente del ruso.

Sólo que el novio de Sasé Caravaggio era un dostoievskiano consecuente y se colgó de una viga, con el cinturón, en la pensión de la calle Madera donde vivía. Parecía una mala ilustración para la portada de una novela del ruso. Las dueñas de la pensión, que eran dos hermanas solteras, estaban acostumbradas a que los huéspedes se colgasen a uno por mes, unos meses con otros.

—Parecía un chico tan formal y tan estudioso y ya ve.

—Lo que más siento es que iba a sacar las oposiciones, seguro.

Y un mechoncillo de pelo pajizo le caía al ahorcado sobre media cara, con cierta gracia. La verdad es que era un ahorcado muy presentable.

Las de Caravaggio, que eran teatreras, armaron mucho barullo funeral y mucho luto, excepto Sasé, la niña Sasé, la más afectada teóricamente, pero que al parecer tenía un alma cubista, como ya viera Picasso.

—Eso le ha pasado por leer tantas novelas, que leía muchas novelas.

—¿Las novelas son malas, señorita?

—Mayormente si son en ruso.

—¿Pero es que su difunto leía el ruso?

—Y yo qué sé, señora, y yo que sé. Aparte de que no es mi difunto, un respeto, que no estábamos más que comprometidos, y el anillo de compromiso, que aquí lo tengo, mírelo, era de plata meneses sobredorada. ¿Es que por un poco de plata meneses se va una a sentir ligada a un cadáver?

Así las cosas, al joven dostoievskiano lo enterraron en el cementerio civil, que el suicidio es grave pecado, las de Caravaggio montaron un gran espectáculo funeral, una fiesta social donde recibieron el homenaje de amigos y allegados (parece que el difunto no tenía familia o la tenía muy lejos), y protagonizaron una tarde madrileña llena de buen gusto burgués y cadaverina.

Lástima que la niña Sasé no colaborase un poco más en la cosa.

Esperaban salir en el *Blanco y Negro*, pero el *Blanco y Negro* no daba suicidios. Con lo cual el joven Picasso, con su chalina gorda, como un mariposón negro y muerto, el joven Picasso, que tenía algo de paragüero a domicilio, anunció aquella noche en la tertulia de Fornos, entre cómicas, putas y poetas modernistas:

—Mañana empiezo el primer retrato cubista de mi vida.

Las abundancias y extremosidades de Sasé Caravaggio daban, efectivamente, para meterle mucha geometría al tema. El retrato se hizo en el estudio/torreón del artista y el

joven Picasso le ponía al desnudo de Sasé muchas más tetas de las que tenía, o se las ponía cambiadas de sitio, confundiendo una nalga con un carrillo y la boquirrita con el coño. Digamos que fue troceando en porciones las ¿ingencias? adolescentes de aquella señorita tan hermosaza y tan gorda. Digamos, asimismo, que puso sistema y geometría en aquel rubens vivo con el que otro pintor no hubiera sabido qué hacer.

La tía Algadefina, claro, estaba incómoda con esta historia.

—¿Pero tú y yo no teníamos un tonteo, Pablo?

—Yo te amo, Algadefina, pero Sasé Caravaggio es el cubismo hecho mujer y no puedo abandonar este trabajo.

—No entiendo lo que quieres decir ni qué es el cubismo.

—Pues ya hasta las revistas francesas hablan de ello.

—No leo revistas francesas, que es pecado.

—Entonces te lo diré yo. Cubismo es el culo de Sasé Caravaggio. Cubismo es un juego de proporciones y desproporciones, la geometrización de un gran culo de mujer.

—¿Pero le estás pintando el culo a esa gorda?

—El culo y la cara.

—Lo nuestro ha terminado, Pablo. Creí que para culos ya tenías bastante con el mío.

—Lo tuyo es otra cosa, mujer. Lo tuyo es el estradivarius de los culos. Pero yo ya estoy en otra época de mi carrera, en otro momento, en...

—¿Estradivarius? Pues no vas a volver tú a tocar este violín.

Y así acabaron las cosas, porque la tía Algadefina ya estaba empezando a salir con Rubén Darío, un indio feo y diplomático, meloso y borracho, que sí salía en el *Blanco* y *Negro*, sin necesidad de suicidarse (como el escueto y desgraciado y dostoievskiano novio de Sasé Caravaggio), y que le hacía a la tía Algadefina, que siempre había sido dada a versos, unas poesías muy bonitas, que parecía que no iban a rimar, pero luego rimaban.

Rubén Darío estaba de diplomático en Madrid, vivía en el hotel París, de la Puerta del Sol, y cuando se ponía el uniforme de embajador estaba impresionante, grandioso en su fealdad, sólo que a medianoche, ya muy bebido, se quitaba los zapatos y andaba de embajador descalzo por la calle del Arenal, echando versos a la luna y declarándole su amor en francés a la tía Algadefina, que no acababa de enamorarse de aquel negro, pero se pasaba el día recitando sus versos en voz baja, con un abejeo dulce y musical, íntimo.

Rubén Darío llevaba a tía Algadefina a una cervecería de la calle Hileras, estrecha y con el suelo de espuma de la cerveza derramada, y allí se sentaban con don Mariano de Cavia, un gran periodista, y ambos bebían jarras y jarras mientras se insultaban pulcramente, porque don Mariano era conservador y Rubén era modernista, porvenirista, revolucionario de la poesía y de la vida.

Tía Algadefina disfrutaba mucho con este espectáculo de los dos genios frente a frente, diciéndose insultos de cerveza, y luego leía en los periódicos que los versos de su novio, o sea Rubén, no gustaban a Núñez de Arce ni a Campoamor ni a Unamuno ni a don Marcelino Menéndez y Pelayo, que ya es decir. Pero a ella sí le gustaban, y a los lectores de *Blanco* y *Negro*, que eran muchos, también. Un día de los que estuvo don Miguel en casa, a comer, tía Algadefina se lo dijo:

—¿Y qué le parece a usted, don Miguel, ese poeta nuevo y americano, Rubén Darío, que está tan de moda?

—Se le ve la pluma de indio por detrás.

Tía Algadefina, que tenía intuición, sin saberlo, para las artes, decidió que el que no sabía hacer versos era Unamuno. Unamuno rimaba Salamanca con palanca y el poema que estaba haciendo al Cristo de Velázquez, y que recitaba a gritos en el Museo del Prado, un sitio de tanto respeto, era una pesadez, algo así como el rosario.

En casa tampoco gustaba Rubén Darío, ni siquiera al bisabuelo don Martín Martínez,

que era el más liberal y porvenirista.

—A ese joven indio le sobran alcázares y perlas. En poesía hay que decir algo útil para la vida, una enseñanza, como hace Campoamor.

Y tía Algadefina principió a comprender, mientras paseaba por el Retiro con Rubén, que estaba en un cambio de época, en un cambio de siglo, que ella era de lo venidero y que la música de Rubén sonaba a mundos, cielos y viajes que no cabían en aquel Madrid provinciano. Lástima que el nicaragüense no fuera un poco más guapo.

—¿Y de dónde es ese poeta salvaje con el que sales ahora? —le preguntaban las de Caravaggio.

—De América del Sur, me parece, o sea de la selva, pero como llevamos poco tiempo, no le he preguntado más.

—¿Y te sabes alguno de los versos que te recita?

—Sí, mira: peregrinó mi corazón y trajo de la sagrada selva la armonía.

—La verdad es que suena bonito.

—Y mayormente que tiene una carrera.

—No todos los días te sale un novio diplomático.

Tía Algadefina llegó a estar envenenada de modernismo, de cerveza, de versos, de Rubén, y esto le hacía olvidar los desamores del joven pintor, que estaba pintando a la gorda, y descubrir un mundo nuevo que quizá era nada menos que el siglo xx.

De madrugada, dejaba al poeta en el hotel París esquina a la Puerta del Sol, borracho y descalzo, con su tieso uniforme de embajador blando de cerveza. Rubén sólo hablaba en verso o en francés, y a tía Algadefina le gustaban las dos cosas. Después de los cadetes de la Academia y los héroes de África, el modernismo la estaba haciendo mujer, aquel indio la estaba haciendo de nuevo, y sentía nacer en ella miles de mujeres, multitudes femeninas que querían escapar a los rosarios en familia, las revistas decentes, los novios para toda la vida y las tardes de mirador, como una celda de cristal con rosales de cautiverio.

Rubén tenía amores con una guardesa de la Casa de Campo, Rubén frecuentaba la ramería, pero Rubén era un príncipe, y ella una princesa oriental, cuando la llevaba a cenar a Fornos con otros señores, como el marqués de Bradomín, que también hablaba en verso. Tía Algadefina no estaba enamorada del indio, sino del poeta. Alejandro Sawa le llamaba negro.

Peregrinó mi corazón y trajo

de la sagrada selva la armonía.

Esta revolución, esta altamar que Rubén puso en el corazón de tía Algadefina, quizá la puso también, desde los libros y el *Blanco y Negro*, en el corazón de tantas recónditas señoritas españolas, provincianas, que se cocían en sus burgos podridos, entre la castidad, los filosofemas de Campoamor, la misa diaria, la modista de la familia, que era de toda la vida y las vestía muy decentes, y el novio casadero/no casadero, según que gobernasen Cánovas o Sagasta.

Rubén Darío, desde sus libros y las páginas del *Blanco y Negro*, alborotó también el corazón de María Luisa, María Eugenia, la prima Maena, las de Caravaggio y todo el matriarcado que, en esencia, es el clima y nido en que nace, vive y se desarrolla o no se desarrolla un adolescente español. En todas puso tragedia naval y sueño viajero el novio indio de tía Algadefina.

Sólo que a Rubén lo trasladaron a París, que era lo que él quería, como diplomático, como corresponsal de prensa o como ambas cosas. A tía Algadefina le dejó un mazo de cartas y versos que, poco más tarde, cualquiera hubiese comprado por miles de pesetas. Pero tía Algadefina lo conservó todo hasta la muerte y lo leía en los temperos de soledad, de enfermedad, de ausencia, de envejecimiento.

Rubén Darío se fue a París en un tren azul y suntuoso, y a la estación fueron a despedirle todos aquellos señores, marqueses o no, como el de Bradomín, que

hablaban en verso como él, más algunos jóvenes modernistas y todo el grupo de mujeres jóvenes de la familia, con las de Caravaggio y otras amigas. La máquina chiflaba en el andén, los modernistas hablaban en francés o en verso, Rubén cogió a tía Algadefina por la cintura musical y, por un momento, al sol ferroviario, el cobre de su piel lució junto al alhelí en camisa que era tía Algadefina.

Así fue la despedida.

Rubén prometió mandar muchas cartas y versos, pero no escribió nunca. Se sabía que París y el alcohol lo iban devorando, iban haciendo usura de su alma y su cuerpo. Él se lo había dicho a tía Algadefina: «Hay poetas húmedos y poetas secos. Yo soy un poeta húmedo.» La tía Algadefina, olvidada y ahora sí que enamorada de verdad, a distancia, leía y releía las cartas y los versos del indio.

Y fue cuando, de vuelta de aquel viaje astral por la poesía, por el universo del poeta, enfermó de vulgaridad, de aburrimiento, de pena, de soledad, de cotidianidad, y decidió ponerse tísica.

EL ESTRENO DE ELECTRA, de Galdós, fue un acontecimiento madrileño e incluso nacional. Galdós era un autor del siglo pasado, «muy siglo pasado», como hubieran dicho o decían las de Caravaggio. Pero *Electra* era una obra anticlerical, y eso siempre gusta mucho a los católicos españoles.

El bisabuelo don Martín Martínez era, como ya se ha contado aquí, mucho más amigo de Unamuno, porque le parecía un hombre de ideas incesantes, y porque se discutía muy bien con él, mientras que Galdós nunca hablaba de literatura, sino del dinero que le daba o podía darle la literatura. A Galdós, en fin, nunca se le hubiera invitado a comer en casa el gran cocido familiar, porque el abuelo Cayo y la abuela Eloísa, a mayores, le tenían por un hereje sin remedio. En cuanto a las madres, tías, primas y amigas de la casa, todo el matriarcado, en fin, Galdós no les gustaba nada porque parecía «un maestro de obras socialista», como le había definido un cronista de la época. O sea un ordinario.

Hubiera sido capaz de sorber la sopa y de comerse el relleno de un bocado. De los garbanzos, concretamente, dice en una novela que son «pequeños proyectiles vegetales», y tía Algadefina, con su autoridad literaria de novia de Rubén, decidió que aquel señor era un imbécil.

Tía Algadefina iba pasando su tisis entre el reposo, los libros y la soledad. Don Fernando, el médico, le aconsejaba aire sano, pero sin sol (como era moda de la época), y buenos alimentos, pero no excesivos. Yo estaba mucho con tía Algadefina, en su tumbona del patio, bajo el magnolio, o en su habitación con la ventana abierta. Tía Algadefina echaba de menos el violín de Sarasate y las óperas de Verdi, las cartas del doble de don Alfonso XIII, que en cambio le mandaba flores con tarjeta de coronita, y no diré los versos de Rubén, pues que los guardaba todos, como ya se ha contado, ¿ella era rubia? No. Con negros ojos vio la manzana del jardín, con labios rojos probó su miel, con labios rojos que saben hoy más ciencia que los sabios. El joven Picasso se acercaba muy de tarde en tarde a verla y le regaló los muchos desnudos y vestidos que le ha hecho.

—Lo siento, señorita Algadefina, usted está entre mis épocas azul y rosa. Hoy ando metido en otras cosas.

Pero tía Algadefina va no le amaba, como no amaba a don Alfonso XIII, o aquel señor misterioso y doble que la llevaba al chaletito misterioso de la Guindalera, sino que amaba con amor místico y espiritual, como una santa Teresa sin Dios, al negro y parisino y remoto Rubén Darío.

—Mira, Francesillo, una tarde estábamos en el Retiro, por la zona del palacio de Cristal, con los cisnes y el lago, todo eso que parece inspirado por Rubén, y Rubén se quedó en uno de sus silencios profundos, largos, oscuros, opacos. Graznó un pavo real su miedo a la noche, su despedida del día. Los cisnes eran como góndolas blancas que se plegaban camino de la caseta municipal y nocturna. Rubén me miró, era tan poeta que daba miedo, me dijo que me quería y me dijo señora, amor es violento, y cuando nos transfigura, nos enciende el pensamiento de locura. Yo tuve miedo, Francesillo, te juro que tuve miedo, pero un miedo glorioso, gozoso, misterioso, un miedo que pedía más miedo. ¿A qué otro hombre se puede amar después de haber amado a Rubén?

*Señora, amor es violento,
y cuando nos transfigura,
nos enciende el pensamiento
de locura.*

Tía Algadefina le pidió permiso al médico, don Fernando, para salir aquella noche al estreno de *Electra*, que la atraía por anticlerical y revolucionaria. Don Fernando era pequeño, sobrio, de palabra baja y diagnóstico fijo, con respuestas para todo, pero sin retórica, cosa tan difícil de encontrar en los médicos de entonces. Don Fernando efluía

un aura de sencillez y ciencia profunda, de ascetismo científico y sobria cordialidad humana. Don Fernando, por otra parte, venía de una heráldica de grandes médicos del XIX, que habían alternado con Pasteur y con el doctor Proust en Francia. Don Fernando le dio permiso a tía Algadefina para asistir al estreno de *Electra*, que iba a ser algo así como el estreno del *Hernani* en París.

En la obra de Galdós hubo pateos, aclamaciones, turbamulta, cafarnaúm, y los espectadores acabaron haciendo astillas las butacas para golpear con ellas a otros espectadores. Tía Algadefina no estaba a favor de Galdós, sino a favor de su enseñanza, como se decía entonces, y que era claramente anticlerical y progresista. En el estreno se veían jóvenes intelectuales tan prometedores como Alberto Insúa.

Tía Algadefina gritó tanto que al final tuvo una pequeña hemoptisis, y la trajeron a casa entre todas las hermanas, primas y amigas, más algunos jóvenes alfonsinos que la amaban en silencio y distancia, porque tía Algadefina era ya en Madrid como una musa de Rubén Darío, pero de carne y hueso, como había dicho el propio poeta.

Tía Algadefina volvió a guardar unos días de cama y reposo, por prescripción de don Fernando, y la rodearon siempre todo el clan femenino, que entonces no se llamaba así, más las flores que enviaban sin parar Pablo Picasso, Alfonso XIII y los jóvenes rubenianos que la veían como sagrada por haber sido musa del poeta.

Picasso mandaba cardos de leche, don Alfonso XIII o lo que fuese, mandaba rosas blancas, los jóvenes modernistas mandaban nenúfares, flor que Rubén conoció por la palabra —fascinante—, antes que por la botánica, ya que su amigo Valle tuvo que explicarle lo que era un nenúfar en la Casa de Campo.

—Galdós ha estado muy bien —comentaba la tertulia en torno de la enferma.

—Yo le encuentro un poco masonazo.

—Galdós es hombre de Cristo, pero no de la Iglesia.

—Un liberalote.

—Y un gran escritor.

—Desde luego, esta obra ha sido un aldabonazo.

—España es que está cambiando.

—Lo que estamos cambiando es de siglo.

—Y sin darnos cuenta.

—Cómo pasa el tiempo.

—A mí me ha salido una cana.

—Y a mí cinco.

—Pero para eso están las Gotas Divinas.

—Todas las usamos, pero no lo decimos.

Y hubo carcajada general.

A la morita Algadefina, la tisis la ponía rubia, luminosa, adorable, salvo los colorcitos de la tisis al atardecer, en las mejillas, que tan bien había visto Picasso en uno de los retratos que le hizo.

Aquella facilidad de tía Algadefina para cambiar de color, según el tempero o la biografía, era lo que había enamorado a Rubén y me hacía a mí quererla como a una segunda madre.

Pasó el estreno de *Electra*, Galdós se iba oscureciendo tras el esplendor del 98 y en casa teníamos siempre cocidos muy animados, mayormente los jueves con Alfonso XIII, Picasso, que seguía haciendo cubismo con el culo de la gorda, y la juventud modernista. Tía Algadefina, bajo el magnolio, leía a Rubén, y al perfume de tu ungüento te persigue mi ventura y me enciende el pensamiento la locura.

LA BODA DE DON ALFONSO XIII parece que fue una cosa de mucho aparato y circunstancia. Todo el clan del matriarcado en que yo vivía, buenas pájaras estaban hechas, acudió a la Puerta del Sol para ver la carroza real, o sea que se pusieron sus pamelas, broches, velos, colores, cintas y mundanismos en una mañana color gentío, hasta que la bomba de Mateo Morral mandó a todo el mundo para casa, lleno de espanto y salpicadura, aunque la gente tuvo conversación para un año, que a los españoles les gusta participar en la Historia de España, incluso aunque sea con peligro de muerte. Luego dicen a sus nietos eso de que han vivido una página de la Historia. La página resultó un poco chamuscada, pero bueno.

Don Martín Martínez andaba por sus fincas, de cabalgada. El abuelo Cayo y la abuela Eloísa, cada uno en su oratorio, rezaban porque la nueva pareja real fuese cristiana y patriótica. La tía Algadefina no quiso ir a ver la boda. Se quedó en su tumbona, con esa febrícula sentimental de los tísicos, leyendo un libro amarillo en francés, bajo el magnolio. Yo me quedé con ella leyendo *Corazón*, de Edmundo d'Amicis, un libro italiano muy bonito que todavía me sigue gustando, y es que yo me sentía un poco el pequeño escribiente florentino o el pequeño vigía lombardo, aunque no tuviera que caminar de los Apeninos a los Andes para buscar a mi madre, que la tenía en casa.

Había dos posibilidades: que Alfonso XIII de la Guindalera, el novio secreto de tía Algadefina, fuese o no fuese realmente el rey. Si era el rey, la había abandonado para casarse con otra. Razón más que suficiente para quedarse en la tumbona del patio, con fiebre, leyendo en francés.

No todos los días la abandona a una un rey.

Y otra cosa: si el amante de la Guindalera no era don Alfonso XIII, sino un impostor, tía Algadefina había estado viviendo de una ilusión, de un sueño, de una mentira, como lo fuera el joven Picasso, que se le fue con la gorda cubista, o como el poeta indio, Rubén, que se le fue con Francisca Sánchez a París y no volvió a mandar un verso.

No sabía yo, de todas estas cosas, qué es lo que pensaba y sentía de verdad tía Algadefina, pero decidí quedarme con ella, a solas los dos en el patio, bajo el gran magnolio, porque me lo pedía el cuerpo, el alma, el corazón, la vida de aquella mujer que hubiera podido, quizá, ser mi madre, pero que afortunadamente no lo era, porque así podía quererla de otra forma, ¿de qué forma?

—Y este rey que ahora se casa ¿es el que venía a comer cocido algunos jueves?
—pregunté de pronto.

—No lo sé, niño.

—Pero a ti te quería.

—Yo a él no.

—¿Crees que volverá algún jueves a comer el cocido de la Ino y la Ubalda, tía?

—Me temo que no. Espero que no. Quisiera que no.

(Y efectivamente no volvió. Me quedé sin saber para siempre si era el rey o no era el rey.)

Tía Algadefina quiso dar un paseo corto y del patio pasamos al jardín, ella cogida de mi brazo, arreglada como para salir, morena y trágica, delgada, febril y matinal.

En el jardín cantaban los cerezos, crecían los altísimos ciruelos, se extendían los grandes pinabetos como abarcando el cielo con sus alas, sacaba el pecho el ciruelo estéril, con su color de bronce viejo todo el año, enloquecían las rosas, ordinarias de tan gordas, lirificaban los álamos y los chopos (el álamo no es sino el chopo blanco, un álamo de uniforme, como Rubén Darío), se abrían otros magnolios, perfumaban los arbustos, como cabezas pensantes, y poblaban el sol los gatos y las lagartijas. En el jardín había otra hamaca o tumbona, donde se tendió tía Algadefina, y yo me senté a su lado, en el suelo. Un águila bastaba a abanicar todo el cielo.

—Seguro que aquel novio tuyo no era el rey, tía.

—Me da lo mismo, Francesillo.

—Además ha tenido un atentado, según la Ino y la Ubalda, y a lo mejor se muere.
(La telegrafía sin hilos del servicio doméstico es una cosa que me ha asombrado desde la infancia.)

—Déjame leer, Francesillo.

—Perdona, tía.

Paco, el jardinero, calvo y hablador, enérgico y servicial, podaba ramas aquí y allá. María, la niña María, hija o nieta de unos vinculeros o colonos del bisabuelo don Martín Martínez, era una adolescente espigada, de perfil clásico y gitano, de color bello como de otra raza, que vivía en la casa como una sobrina más (aquel matriarcado no hacía sino crecer en mujeres, jóvenes o viejas), pero un poco solitaria, siempre estudiando sus cuentas o cogiendo una rosa rosa para mamá, para tía Algadefina o para mí.

—Gracias, María, por la flor. Es muy hermosa.

María sonreía con unos ojos enormes y su boca fina.

—¿A ti te gusta María, Francesillo? —preguntaba la tía cuando la niña se había ido.

—Sí, bueno, un poco, pero no es de la familia.

—No seas endogámico, niño.

—¿Y eso qué es?

—No me hagas hablar, que me viene la tos.

Magdalena, la fregatriz, cantaba flamenco mientras limpiaba los cristales de las galerías. Magdalena era lista y miope.

—Tía.

—Qué.

Las urracas se comían las ciruelas, reñían entre sí o con los gatos, promoviendo un graznido feo, y luego volaban con su esbeltez blanca y negra, estilizada.

—El pintor que está pintando a la gorda no sabe pintar.

—No creas. Algo sí que sabe.

—Bueno, a mí me gustan los cuadros que te ha hecho.

—Quieres decir los desnudos.

—Sí, bueno, eso.

—No tenías que haber visto esos cuadros.

—¿Por qué?

—Porque estoy desnuda.

Me llené de un rubor, de una fiebre que era mucho más fiebre que la de tía Algadefina. Las urracas, los gatos, los grillos, las cabras, los caballos y los perros metían un ruido clásico, como de égloga, en la mañana modernista.

—Tía.

—Qué.

—Aquel señor seguro que no era el rey, y si era el rey, mejor, que ahora le han tirado una bomba, me alegro.

—Sigue leyendo, Francesillo.

El pequeño escribiente florentino escribía cartas desvalidas a su mamá remota. El pequeño vigía lombardo era un niño explotado por el siglo XIX.

—Tía.

—Qué.

—Rubén Darío era un indio borracho. Don Marcelino Menéndez y Pelayo ha dicho que escribía endecasílabos de gaita gallega.

—Rubén es un gran poeta, sobrino. Ya ha triunfado en París. Tú eres un joven moderno y debes leer más a Rubén.

Los jóvenes cipreses, nada funerarios, embebían el cielo azul, poniéndolo casi negro. Dijo sus secretos el faisán de oro: en el gabinete mi blanco tesoro, de sus claras risas el divino coro, las bellas figuras de los gobelinos, los cristales llenos de aromados vinos, las rosas francesas en los vasos chinos.

—Tía.

—Qué.

Antes de que llegase el tropel de las pájaras de la familia, todas luto y sangre, con el monarquismo acendrado, llegó la telefonía sin hilos de la Ubalda y la Ino, de Magdalena y de Paco, el jardinero:

—¡Señorita, señorita, que el rey ha salido ileso!

Y esto les alegraba como si ellos tuvieran algo que esperar de la monarquía. El abuelo Cayo, con su Kempis, y la abuela Eloísa, con su rosario, vinieron a ver a la enferma.

—Eso del atentado ha sido la mano de Dios. Tenemos un rey liberal y masónico.

—Pues la mano de Dios ha fallado —dijo tía Algadefina—, porque los reyes están sanos y salvos.

—Pero siempre es una advertencia del cielo.

—Una advertencia para los caballos, que me parece que ha muerto alguno.

Para la hora de comer llegaba el bisabuelo don Martín Martínez, oliendo a jara y caballo.

—Los republicanos estamos de enhorabuena, biznieta, que al rey ya le han puesto la primera bomba.

Y abrazaba a su biznieta preferida. Le vi más gigante y joven que nunca, con todo el mapa de sus tierras en los ojos. Las locas de las pamelas estaban a punto de volver. Dijo sus secretos el faisán de oro, en el gabinete mi blanco tesoro, de sus claras risas el divino coro, las bellas figuras de los gobelinos, los cristales llenos de aromados vinos, las rosas francesas en los vasos chinos.

El cometa Halley fue como unos fuegos artificiales del cielo, organizados por el cielo mismo, quiero decir. El paso del cometa Halley se iba a hacer sensible por un eclipse y todo el mundo le dio mucha importancia, porque estábamos en una época positivista y de progreso, según el bisabuelo don Martín Martínez, o porque la gente lo que quiere siempre es un poco de juerga y cachondeo gratis, según el joven Picasso.

El joven Picasso había terminado ya, al parecer, con el culo cubista de Sasé Caravaggio, y tenía su gran cuadro en el estudio, vuelto contra la pared, y hasta pensaba irse pronto a Barcelona, para de allí saltar a París. Por supuesto, iba a llevarse el culo cubista de Sasé Caravaggio consigo, y lo que más deseaba la gente por aquellas fechas, en Madrid, era ver los glúteos pintados de la gorda y el paso del cometa Halley, que no volvería hasta pasado un siglo o así.

Don Martín Martínez nos proveyó a todos de cristales ahumados para mirar el eclipse de sol sin abrasarnos los ojos. El abuelo Cayo y la abuela Eloísa decían que esto del cometa era el Apocalipsis, cosa del demonio o del fin del mundo, y que más valía recluirse a rezar, de modo que se metieron en sus oratorios respectivos y no vieron nada, esperando que el ángel o el diablo, cuya cola era el cometa, viniera a llevárselos. Mamá y la tía Algadefina me llevaron a la azotea de la casa para mirar el eclipse más de cerca. En la azotea estaban las Caravaggio, María Luisa y María Eugenia, el médico don Fernando (un poco enamorado de su enferma), Delmirina, la más fea del grupo, con su novio consumero (un viejo peón del abuelo Cayo), y hasta apareció el joven Picasso, con su pinta de paraguero a domicilio, armado de caballete y muy dispuesto a pintar el paso del cometa Halley.

—Este eclipse y este cometa son el cubismo del cielo —decía—. El Universo se está volviendo cubista, o siempre lo ha sido.

Sasé Caravaggio ramoneaba en torno de su pintor y parecía como celosa del cometa, que le había quitado protagonismo a su culo. La Ino, la Ubalda y Magdalena, que se sabían muy bien sus obligaciones, sirvieron refrescos y rosolíes a todo el mundo, mientras el cometa o el eclipse llegaban o no llegaban. De pronto, Picasso tuvo una idea genial, picassiana:

—Vamos a ver el eclipse a través de la cancela de colores —le dijo a tía Algadefina,

que, cubismos aparte, le gustaba más que la gorda.

Tía Algadefina me cogió de la mano y bajamos los tres, por la gran escalera combada y ancha, hasta la cancela de la portalada, toda de cristales verdes, rojos, azules, amarillos, violeta, morados. El joven Picasso, el gitano Picasso, nos tenía cogidos a la tía y a mí por los hombros, e íbamos cambiando de un cristal a otro, de un color a otro, con lo que tuvimos una fiesta de luces, soles y cielos irreales. En algún sitio se oía el cacareo de las gallinas, que se iban a acostar, como hacen siempre en estos casos esos animales tan desinteresados de la ciencia del Universo.

—Luego lo pintaré todo de memoria —dijo Picasso.

—Ha sido fascinante —dijo tía Algadefina.

El pintor y ella estuvieron un momento con las manos cogidas, mirándose a los ojos, y yo les veía azules, amarillos, diabólicos, verdes, concupiscentes, rojos, sensuales, misteriosos, violeta, y tuve un cruce de celos y misterio. ¿Eran así de complicados y coloreados por dentro los mayores? ¿Cambiaban de color según el sentimiento o la pasión que les animase en cada caso? Posiblemente, pues que tía Algadefina tenía temporadas de rubia y temporadas de morena, sin teñirse ni nada.

Luego volvimos con los demás. Picasso me llevaba de una oreja.

—¿No ha sido maravilloso?

—Bellísimo.

—Cubista.

—Yo diría que modernista.

—Esto teníais que haberlo visto por la cancela, como nosotros.

El servicio estaba muy contento con el espectáculo. Paco, el jardinero, les explicaba a las criadas que aquello podía ser bueno o podía ser malo para los ciruelos, según.

—Este trastorno, ustedes ya me entienden, puede ser bueno o puede ser malo para los ciruelos, según.

Los animales de la casa habían optado más bien por esconderse, grandes y pequeños, con esa prudencia que caracteriza a las bestias, y de la que todos deberíamos aprender. Sólo la cabra *Penélope* aprovechó para comerse algunas rosas de té de mucho mérito, para desconsuelo de Paco.

Tía Algadefina, fatigada de tanta belleza y tanta escalera, se tendió en la tumbona del patio y el gitano Picasso se sentó en el suelo, a su lado, con las piernas cruzadas a lo moro, para hablarle todo el rato. Sasé Caravaggio paseaba en vano un gran culo cubista, que había perdido protagonismo con el eclipse. Estaba celosa de tía Algadefina, me fijé en seguida, con esos celos sordos, congestivos, tumefacientes, que sólo pueden tener las gordas, y que nunca les traspasan la grasa.

Yo me senté al otro lado de la hamaca, también en el suelo, imitando al pintor, para escuchar todo lo que decía:

—Un domingo que vayan ustedes a bañarse al Jarama, como suelen, un domingo sin eclipses ni nada, quiero hacerles a ustedes un gran cuadro total, la obra maestra del cubismo, pero tienen que estar todas, que cada una tiene una gracia diferente.

Quizá a tía Algadefina no la divertía mucho ser una más en aquel gran cuadro, pero las tísicas llevan muy bien estas cosas.

—¿Y cómo lo va usted a titular? —preguntó distraída, con el libro amarillo y francés en la mano.

—Las señoritas de Aviñón.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Pero esto no es Aviñón.

—Mejor, qué más da. Hay que jugar, hay que confusionar, hay que putrefaccionar.

Diré que aquel triple lema del gitano Picasso se me quedó para siempre en la cabeza: Hay que jugar.

Hay que confusionar.

Hay que putrefaccionar.

Luego, en la vida, cuando he visto la carrera que hizo aquel paragüero gitano, me he reafirmado en sus tres principios, como escritor y como hombre.

Vino la noche, cargada de cometas, de otros cometas desconocidos y sin nombre que ni siquiera veíamos. Las gentes se fueron yendo. Picasso se despidió de la tía con un largo beso en la mano. Luego, a ella y a mí, nos trajeron un huevo pasado por agua, como cena, y me lo tomé con mi cucharilla de plata, porque yo soy un niño que ha tenido cucharilla de plata, y eso se nota luego en la vida.

—Me voy a leer a la cama, Francesillo.

Estaba agotada.

Todavía acudí al lecho a darle un último beso en la frente. Como ya dormía, me llevé su libro amarillo y francés. Los *Ensayos* de Montaigne. Doblemente ilegible para mí, pero lo tuve conmigo en la cama, todavía tibio de la fiebre de tía Algadefina. Antes de dormirme, el cometa Halley, verde, amarillo, azul, cambiante, morado, negro, viajero, me inquietaba la imaginación con los ojos cerrados.

Era como el alma gitana y diabólica de Pablo Picasso.

Una tarde me llevaron a los toros porque toreaba Machaquito. Aquello de las Ventas era mucho jaleo de caballos y señores fumando puro. No sé si los caballos también fumaban puro. La plaza era recién estrenada y me pareció inmensa. Lo más bonito, los picadores viajando hasta las Ventas a caballo, por toda la calle de Alcalá, tripones y chulos, muy puestos, vitoreados por el personal, aunque luego les pitarían en la plaza, porque picaban mucho.

Oí una conversación entre picador y picador, al pasar:

—Cómo está hoy el mujerío, Botellita.

—Y tú que lo digas, Esparterillo.

No se me ha olvidado jamás.

Pero luego los picadores, en la plaza, no tienen nombre, ni en los carteles. Será para evitar que el público los insulte por su nombre, porque los insultan siempre. Tienen nombre hasta los banderilleros, pero no los picadores.

Estábamos en un balconcillo alto toda la familia, incluso toda la pandilla, como decían las tías. El bisabuelo don Martín Martínez, que había visto recibir a Carancha, opinaba como un viejo experto decepcionado. La figura de la tarde era Machaquito, y yo sólo conocía de Machaquito el anís al que daba nombre, un anís en rama que estaba muy bueno (alguna vez robé un chupito en casa) y que compartían el abuelo Cayo y la abuela Eloísa, un santo matrimonio unido por la mística y por el anís Machaquito. Se bebían una botella entera mientras rezaban el rosario completo, con todos los misterios. Y luego veían a Dios, claro.

Machaquito también me sonaba de un pasodoble, aunque no sé si era el mismo, porque en el pasodoble le quitaban el diminutivo, quizá por ajustarse a la música, paseando por la Puerta el Sol, Bomba, Machaco, Vicente Pastor... y el Algabeño. Ahora observo que a Bombita también le quitan el diminutivo. La poesía es una aritmética celeste y rígida. El abuelo Cayo y la abuela Eloísa, claro, se habían quedado en casa rezando el rosario y bebiendo Machaquito, que lo mezclaban con agua y salía una cosa dulzona y riquísima, una leche alcohólica embriagadora.

—Los toros son una fiesta pagana y os vais a condenar todos —decía la abuela Eloísa—. En los toros asoma el rabo del demonio.

Nunca supe si se refería al rabo del toro o al rabo del torero, aunque yo a los toreros no les veía rabo. Las tías, mamás, primas, amigas, todo el grupo de aquellas pájaras, como ellas gustaban de llamarse a veces a sí mismas, ocupaban el balconcillo alto. Picasso sacaba apuntes de la fiesta para luego hacer cuadros, y también le hizo un dibujo a tía Algadefina, de mantilla blanca, entre trigueña y morita, y se lo regaló. Sasé

Caravaggio hacía como que le interesaba mucho lo que pasaba en el ruedo. Con los prismáticos de tía Algadefina, yo iba acercando las caras de todos los que ella me decía, un político que fumaba, Romanones, Chueca, Romero de Torres, Chapí, Pastora Imperio, Raquel Meller, Canalejas, una marquesa, otra, un escritor, otro, y todos estaban en contrabarrera, muy cerca del toro, como los reyes se ponen los primeros en misa. Decidí que aquél era el mundo de los mayores en el que había que triunfar como fuera, y yo iba a triunfar con mi pluma. Tía Algadefina, con sus prismáticos en los toros, decidió quizá mi vocación literaria (que en gran parte es vocación de triunfo), y ahora, al escribir estas memorias noveladas o novela de mi primera vida, cuando todo eso lo he vivido y lo he superado, me cansa y aburre, pero comprendo que primero hay que triunfar para luego descubrir la calma de la posteridad, la paz de lo conseguido y olvidado. Como dijera Goethe, no se puede envejecer sin un poco de amor o un poco de gloria. Esto yo lo comprendí en seguida, y lo que me estaba preparando, de adolescente, era un envejecimiento tranquilo, triunfador, olvidadizo, satisfecho, desmemoriado, un grandioso aburrimento de hombre logrado. Lo que no me gustaba nada era lo que le hacían al toro, pues yo amaba a los animales. Por otra parte, el toro me parecía mucho más guapo que el torero y, sobre todo, no veía yo esa famosa integración entre la bestia y el hombre vestido de bailarina, de que tanto hablan los revisteros y los teóricos de la fiesta. El toro me parecía un pobre hombre con cuernos al que habían metido allí de mala gana y que no tenía nada que ver con la ceremonia circular y mundana de Madrid.

La crueldad con el bicho me pareció una canallada, hasta que me eché a llorar. Tía Algadefina, que lo veía venir, había procurado distraerme, tan sabia, con el espectáculo de los prismáticos, o sea los grandes de España.

En cuanto al perfilismo esbelto de los toreros, quizá fuese un espectáculo para las mujeres, pero a mí no me decía nada ni le veía el mérito. Tía Algadefina me llevó al pasillo circular, fuera del palco o balconcillo, y me estuvo consolando con besos y horchatas. Luego volvimos adentro.

—¿Quieres que nos vayamos a casa, Francesillo?

—No, déjalo. ¿Este Machaquito es el mismo del anís que beben los abuelos?

—El mismo.

—Pues vamos a pedir un poco.

Y en seguida saltó de mano en mano una botella de Machaquito. Yo no le veía ninguna relación con aquel figurín que estaba en el ruedo, acuchillando a un toro guapo y noble. El anís sabía a la intimidad dulce, penumbrosa y rezadora de los abuelos. El anís Machaquito en rama sabía a paz, a buenaventuranza, a cielo seguro, a gloria *in excelsi Dei*. Picasso bebía directamente de la botella, que era suya. Luego nos la firmó, como recuerdo, y en casa está. Picasso saldría de allí con un bloc completo de hermosos y valientes apuntes taurinos. Me gustaban más sus dibujos que la fiesta. Siempre me ha gustado más la representación estética de las cosas que las cosas mismas. Las de Caravaggio ponían en la luna de sombra de la plaza el jardín de sus pamelas, el mundanismo de sus afeites, el lujo de sus collares. María Luisa ponía la llamarada roja y naranja de su melena. Los periodistas les hacían fotos al magnesio. Para eso habían ido. Para salir luego en las revistas ilustradas. A tía Algadefina la vería yo luego en una revista demasiado cerca de Picasso, y esto me dolió un poco.

Aquel mundo sepia y variado de las revistas siempre me había interesado (lo leía mucho en las enfermedades) porque me parecía que era la manigua humana a conquistar, la selva de sombreros de copa y pamelas y sombrillas donde hacerme un escritor famoso. A otros amigos de mi edad les atraía conquistar el Amazonas o subir al Everest o dar la vuelta al mundo, porque habían leído demasiado a Julio Verne. A mí Julio Verne me aburría profundamente, me parecía un profesor de química disfrazado de novelista. Así como ellos querían conquistar el Amazonas, yo sólo quería conquistar

Madrid, que estaba mucho más cerca y me interesaba mucho más. La vuelta a casa, después de los toros, fue en los tálburis de la familia, que cascabeleaban entre artesanos y picadores, entre golfos y mujeres hermosísimas. Pero hubo un pase previo e inevitable por el patio de caballos, donde vi caballos y toros descerrajados, desventrados, desgualdrados, con la flor amarilla de sus intestinos y el vino alegre y muerto de su sangre inocente, bajo la mirada pura y enorme, limpiísima, que conservaban más allá de la vida. Pensé en los animales vivos de mi casa y volví a llorar un poco.

Hubo un alto inesperado en un mesón de Manuel Becerra, con vino, frituras y destripes, como si nos estuviéramos comiendo a los toros y caballos recién sacrificados. Pero tenía hambre y comí y bebí, comprendiendo que había que probar de aquella sangre de toro madrileña que era el vino para saber lo que era Madrid, mi Madrid. La gente pasaba, lenta y triste, quizá culpable. Había como una culpabilidad general, diluida en las caras y el sol último, tras el sacrificio ritual e injusto. Los coches de caballos y los automóviles volvían al centro de Madrid, como hacia otra fiesta, hacia una fiesta nocturna, alegres, y comprendí que siempre son más culpables los que van a pie.

Anocheecía. Bajo la mirada distante y buena de mamá, yo me adormecía en el regazo dulce, delgado y perfumado de tía Algadefina, más que nada por quitarle el sitio a don Pablo Picasso, del que había dicho el francés Braque en una revista, y yo lo había leído, que «Picasso es el Judas del cubismo». Se lo dije a tía Algadefina antes de dormirme:

—No sé cómo aguantas a ese pintor gitano. Los franceses han dicho que es el Judas del cubismo.

Quizá la frase era al revés (lo había dicho Picasso de Braque), pero yo la utilicé así, porque ya estaba aprendiendo a manipular los textos. O sea, a ser escritor.

La corrida del domingo se debatió mucho en el cocido del jueves. Además que había pleno. Don Miguel de Unamuno dijo que los toros eran la misa negra del casticismo nacional, y que ese casticismo no era el suyo. Las mamás y las tías, a través de las de Caravaggio, habían invitado a Machaquito al almuerzo, y allí estaba el torero, que, vestido de paisano, con un terno café, me pareció un señorito de pueblo o un mozo endomingado, con cara de muerto, como todos los toreros, pocas palabras y poco alimento. Luego me fui dando cuenta de que María Luisa, con su melena roja y naranja, con su escote vertiginoso, estaba tratando de enamorar al diestro. El gitano Picasso replicaba a Unamuno:

—Mire usted, don Miguel, yo no sé el torero, pero a mí pintar el toro me parece la única forma de pintar España.

—¿No irá usted a decirme eso tan gracioso de la piel de toro, joven?

El bisabuelo don Martín Martínez apostaba por sus tiempos.

—Yo vi a Carancha recibir un día, y eso...

El abuelo Cayo bendijo la comida y la abuela Eloísa sólo andaba atenta a que los invitados estuviesen bien atendidos. Las mamás y las tías se decían que Machaquito, así visto en persona, de paisano, no era para tanto. Las de Caravaggio le hacían facecias y monerías al diestro. Sasé Caravaggio, viendo al gitano Picasso muy pendiente de tía Algadefina, comía con desgana y sólo probó el relleno, porque el relleno de la Ino superaba todas las pasiones del alma.

Machaquito comía y callaba hermético, misterioso y paleta. Los otros sólo hablaban de toros. Él toreaba, que era lo difícil. Yo, al ver a la tía y al gitano tan a lo suyo, decidí enamorarme locamente de Sasé Caravaggio, la musa cubista abandonada (Picasso iría abandonando cosas toda la vida, huyendo de ellas). Pero sólo me enamoré un poco, casi nada. María Eugenia seguía siendo una virgen viciosa y silenciosa y María Luisa le metía el escote por los ojos al torero. Don José María de Cossío, un joven gordo y bizco, con sonrisa verde y homosexual, me explicó que en su fichero tenía

hasta nueve Machaqueos, casi todos de Córdoba, y que había habido otros más importantes que éste. Pero yo temía que Cossío volviera a ponerme sus manos de rana en mis muslos desnudos, por el pantalón corto que aún me hacía llevar la abuela Eloísa.

A los postres se tomó anís Machaquito, con el café, y aquello fue un éxito, pero el Machaquito que venía retratado en las botellas era más antiguo que éste, me explicaba el señor Cossío, volviendo a sobarme los muslos. De aquella comida salió un romance de amor y celos entre Machaquito y María Luisa, la pelirroja, que se había propuesto conquistar al torero. Se fue tras él por las plazas de pueblo, por las plazas atroces y cuadradas que pintaba Zuloaga, por las plazas de carros, y le besaba la sangre de la herida, cuando le cogía el toro, y rezaba a todas las Vírgenes mientras él estaba en la plaza. Fue un amor muy hermoso y en casa se habló mucho de ello, por rumores de rumores, y de que María Luisa había arruinado su virtud.

—Los toros son otra manera de ser de la manera de ser de España, don Miguel —decía Cossío.

—Los toros son una vergüenza nacional y una mariconada de machos. Las plazas de toros sólo sirven para echar mítines.

—Usted es el espada mitinero de todas las plazas de España, don Miguel —se reconciliaba Cossío.

—Y cuando no haya plazas de toros, hablaré en las plazuelas, como Sócrates en Atenas —cerró don Miguel.

Pero un día Machaquito se cortó la coleta, se retiró a Córdoba, con mujer e hijos, y se dedicaba a estar en el Casino de los señores bebiendo su propio anís. En España, la única manera que tiene un albañil o un bracero de llegar a señor es el toro o el bandolerismo. María Luisa volvió a Madrid hecha una mujer madura. Había perdido su juventud por plazas de pueblo hermosas, irregulares y crueles, como la de Chinchón, siguiendo al héroe. Tenía mechones de canas y cara de vicio. Tardó algún tiempo en reponerse, como ya contaré. Aquella había sido la pasión de su vida y yo aprendí que no conviene nada tener la pasión de una vida. Ni a los hombres ni a las mujeres. Y menos detrás de un torero, como le pasaba al señor Cossío.

—Tía Algadefina, que el señor Cossío me soba los muslos y me quiere besar con su boca verde.

—Por esta casa no vuelve a pisar, hijo, te lo prometo.

Durante semanas, durante meses, durante años, asistí a la recuperación de María Luisa. La familia de María Luisa era de Gil-Robles, de Pradera y de Herrera Oria, de modo que habían decidido meterla monja. Ella les prometió que se iba a regenerar mejor en casa, con la familia. Y la familia, a fin de cuentas, prefería una decente presentable a una puta vieja. El cuñado de María Luisa, que estaba enamorado de ella y era el que llevaba la casa y el periódico (un periódico de los obispos), quiso echarla para siempre, pero al final le agradeció en secreto que se quedase.

Y María Luisa, día a día, poco a poco, con misteriosa paciencia de gheisa, se iba retiñendo el pelo, maquillando la boca, levantando las tetas, ampliando los escotes, añadiendo plumas de pavo real a sus sombreros, hasta que fue la misma de siempre. Yo seguía despacio esta transformación y desde entonces aprendí que una mujer puede resurgir siempre de sí misma, que las mujeres no mueren definitivamente, como los hombres, sino que tienen plurales vidas de gato, de las gatazas rubias y putas que son.

El renacimiento de María Luisa, lento y delicado, me recordaba la construcción de una catedral gótica, que se hacía durante siglos, sin prisa. La mujer tiene otro sentido del tiempo y otros recursos para luchar contra él. La mujer es mágica y lo mejor es limitarse a disfrutarla y no tratar de entenderla. Así, tía Algadefina, que tenía temporadas de trigueña y temporadas de morita, temporadas de moribunda y

temporadas de cabecita loca. Tía Algadefina y María Luisa renacieron de la muerte también como señoritas toreras (entonces había muchas) cogidas en la dulce y amarga entrepierna por el toro.

COMO ERA LA GRAND GUERRE, una cosa que no había llegado a España, pese a los esfuerzos de Romanones, se hizo huelga general, que yo no sabía lo que era. Los zepelines andaban por el cielo, como unos submarinos de las nubes, y los obreros se reunían en las plazas y tabernas para protestar por algo. Yo no comprendía bien de qué se podía protestar sentados en una taberna, jugando al chamelo. Claro que también había manifestaciones, con unas banderas muy bonitas, que yo no había visto nunca, donde se pedía pan, trabajo, justicia, igualdad y todo eso. Las fábricas estaban paradas y mamá tuvo que explicarme que esto era peor para los fabricantes que para los obreros, o sea los trabajadores. Quienes más perdían eran los dueños, puesto que en época normal también eran los que más ganaban. Pero quien mejor nos explicó todo este jaleo fue el joven Picasso:

—Ustedes disculpen mis ausencias, pero ando de huelga con los trabajadores y los anarquistas, porque yo soy anarquista, o quizá comunista, no sé. Aprovechando que nadie trabaja, nosotros vamos a trabajar.

Su idea era llevarnos a todos al Jarama, de merienda y baño, como los domingos (sólo que ahora era un larguísimo domingo sin misa, de varios días), y allí hacer un retrato de las tías, parientes, amigas, etc., una cosa colectiva, mientras ellas se mojaban un poco el culo.

A todas les pareció muy bien la idea, porque además el señorito Pablo, el gitano Picasso, tenía mucho gancho con las mujeres (el gancho del triunfador, que ellas lo ven venir); una tarde estábamos allí, entre los ocres de la tierra, florecida de colores inéditos, de margaritas verdes y cosas así, mientras un zepelín pasaba lento y divertido por los aires, como el gran juguete, qué alto va, y todo el grupo de las pájaras se metían en el agua terrosa, perezosa, lenta y caldorra del Jarama.

Aquellas señoritas tenían bañadores varios, a rayas, de luto total, a cuadros, con lacitos por medio muslo, sin lacitos, morados, azules, con tirantes, sin tirantes, y en este plan. Tía Algadefina me seguía pareciendo la más guapa de todas. Sasé Caravaggio tenía cierta grandeza cubista en su obesidad adolescente, dentro de un bañador ajedrezado y con lazos. Todas chillaban, reían, se salpicaban más que se bañaban, y yo me iba comiendo las sucesivas meriendas del grupo (no sabía nadar), una tras otra, con agua fresca o con vino negro: tortilla de patata, albóndigas picantes, tortilla francesa, carne fría, filetes empanados, fruta fresca y pasteles caseros de la abuela Eloísa, que los hacía muy dulces, o pasteles afrancesados y elegantes de La Mallorquina, que compraban las de Caravaggio. En el cielo purísimo ondeaba la bandera inmensa de la revolución o la huelga, atravesada, rasgada dulcemente, como una nube, por el vuelo lento, seguro y divertido de un zepelín.

Picasso, que tampoco se bañaba, y yo creo que ni se lavaba nunca, por el olor a gitano, mayormente, instaló su caballete en la orilla, y yo, sentado en el suelo, le veía repartir colores color carne y trazos negros sobre un gran lienzo apaisado. Las señoritas no se parecían nada, pero el cuadro iba teniendo algo nuevo, grandioso, original, brutal, libre y duro, y los botes de pintura olían muy bien.

—¿Te gusta el cuadro, chico?

—Me gusta mucho, señor.

Nunca le hubiera dicho que ellas no se parecían nada, porque entonces se hubiera reído de mí. Las pintaba desnudas, prescindiendo de los bañadores, pero como eran un conjunto de llamas rosa, tampoco se distinguían muy bien las formas y daba igual.

—¿Y cómo se va a llamar el cuadro?

—Las señoritas de Aviñón.

—¿Y eso qué es?

—Nada, se me ha ocurrido. A que suena bien.

Y como *Las señoritas de Aviñón* quedó la cosa para siempre, hasta universalizarse, aunque la verdad es que Picasso hizo y rehizo muchas versiones del cuadro (se lo

llevaría a Barcelona, como el retrato de Sasé), y lo que luego vimos en las revistas ya era otra cosa distinta. Pero a la pandilla de mis tías se la conocería durante mucho tiempo, en Madrid, por las señoritas de Aviñón.

—Que ese gitano malagueño las ha pintado desnudas.

—Que es una vergüenza.

—Que es una desvergüenza.

—Que no hay derecho.

Picasso, efectivamente, se fue a Barcelona y luego a París. Tía Algadefina no volvió a saber nada de él, salvo lo que salía en las revistas, con lo que se puso peor de la tisis y recordaba siempre lo bien que lo habíamos pasado con él el día del cometa Halley.

El bisabuelo don Martín Martínez, como era agrario y no tenía fábricas, estaba de acuerdo con la huelga general y decía, con Romanones, que teníamos que haber entrado en la Grand Guerre:

—No basta con venderles mulas pardas a los franceses. En una causa como ésta, que es la causa de Europa, España tiene que estar presente.

El bisabuelo don Martín Martínez era europeísta.

—¿Usted cree, don Martín?

—Lo ha dicho Romanones, que es el último liberal que queda en España.

A nosotros los chicos nos gustaba mucho eso de Grand Guerre, porque era una guerra que se decía en francés, y por los grabados y fotos de los periódicos. Lo leíamos como una aventura, como la guerra de las Galias, como algo hermoso remoto y quizá hasta real.

—¿Y si se le pone a usted en huelga un bracero, don Martín? —le decía Unamuno al bisabuelo, en el cocido de los jueves.

—A mí no se me pone en huelga ni Dios, don Miguel.

—Usted no es un liberal.

—¿Que yo no soy un liberal?

—Usted es un señor de horca y cuchillo.

Una guerra que se hacía con zepelines nos parecía a los chicos una guerra muy bonita. Hasta algunos la hacían en globo. Era una guerra de Julio Verne, y aunque a mí ese señor no me gusta nada (me parece un profesor de física disfrazado de novelista), me gustaba su guerra con insectos venenosos y zepelines.

—Ustedes los del 98, como dice Azorín, es que son gente muy rara, don Miguel.

—Yo no soy del 98 ni de nada. Yo soy Unamuno. ¿Y usted?

—Yo soy francófilo.

—Baroja es germanófilo.

—Baroja siempre ha sido de derechas.

—Eugenio d'Ors, que lo leo todos los días en catalán, también es francófilo —decía Unamuno.

—Aquí estamos haciendo una guerra mundial en los cafés.

A Madrid llegaban algunos huidos de la guerra, por una razón o por otra. Así llegó un francés rubio y alto, que se llamaba don Jérôme, y en seguida se compró una capa española y se hizo amigo de Romero de Torres. Era un hispanista francés que había decidido refugiarse aquí.

—¿Y qué es un hispanista, mamá?

—Calla, niño, que mareas.

Romero de Torres tenía amistad, mayormente, con María Eugenia, que era un poco «romeraca», como llamaban en Córdoba a las modelos del pintor o las que aspiraban a tales. María Eugenia, con su pelo negro en bandos, su cara de virgen andaluza y su secreto muy secreto (a lo mejor no había ningún secreto), había posado alguna vez para el cordobés, vestida, y don Jérôme, el hispanista, se enamoró en seguida de ella porque le recordaba la pintura de su amigo. Los corresponsales madrileños en la Grand

Guerre, en seguida contaron que don Jérôme, el famoso hispanista, se había refugiado en España, dejando en París mujer e hijos.

Esto fue un golpe para María Eugenia.

—¿Vas a seguir saliendo con un casado?

—¿Y con un casado francés?

—Tendrás niños que salgan hablando francés.

María Eugenia, que era muy callada, callaba y asentía. Pero siguió saliendo con don Jérôme, que llevaba la capa española con esbeltez y distinción, vivía en el Palace, recién inaugurado, e invitaba a María Eugenia a merendar en Lhardy, allí de pie, en la planta baja, donde se reunía lo mejor de Madrid a comentar la marcha de la guerra y la última moda de París, porque París, a pesar de todo, seguía generando moda. La callada María Eugenia había encontrado al fin el amor de su vida. Sólo tía Algadefina estaba de su parte y a veces salían los tres y hablaban de literatura francesa en Fornos.

Don Jérôme estuvo alguna vez en el cocido de los jueves, que tía Algadefina invitaba a la pareja, ante el escándalo de los abuelos, y don Martín le preguntaba muchas cosas de la guerra, yo soy francófilo de toda la vida, ¿sabe usted? Hablaban largamente de la guerra (puede que don Jérôme, además de hispanista, fuese un poco espía), y las de Caravaggio, que le habían hecho tantos asquitos, practicaban con él su francés de Liceo.

Hasta que un día, en el Palace, a don Jérôme le visitaron dos alemanes de la Embajada, uno de militar y otro de paisano. Don Jérôme estaba tomando el té con María Eugenia y algunas otras amigas del grupo. Después de identificarse e identificarle, los alemanes dijeron:

—¿Usted a título de qué está en España?

—A título de hispanista y porque me da la gana. Ahí están mis libros.

—¿Ha desertado, ha huido de su país, de la guerra?

—Eso creo que no tengo por qué explicárselo a ustedes.

—¿No nos invita a sentarnos?

—Siéntense.

Pero don Jérôme no les presentó a nadie.

—Hay otras cosas que quizá sí podría explicarnos.

—No creo.

—Usted está aquí enviado por el gobierno francés para recabar ayuda material de España.

—Les advierto que no me dedico a compravender mulas.

—España es un país neutral y usted no puede romper esa neutralidad.

—Pero ¿qué es lo que estoy rompiendo yo?

—España ayuda a Francia clandestinamente.

—Eso no es cosa mía.

—Pero sí nuestra.

El Palace estaba mareante de circularidad, lujo e intriga.

—¿Y por qué vienen a verme?

—Para concertar una cita con usted.

—No tengo nada que contarles.

—Le estamos vigilando desde que llegó a Madrid. Usted canaliza mucha de la ayuda española a Francia.

—Pues hablen con el gobierno español.

—De momento preferimos hablar con usted.

—Yo no. Prefiero que sigan espiándome.

—Le advierto que será más incómodo para usted.

—Veremos.

Los alemanes se fueron, no sin inclinar la cabeza ante las señoras que no les habían sido presentadas. Todo el grupo femenino se mustió como un ramo de flores, incluso como flores de trapo, pero con un nuevo té resurgieron al comentario, el inventario y la glosa de aquella formidable aventura. Aquello era como las películas mudas, pero hablado. Había un amor en peligro y una historia de espionaje. Las de Caravaggio se sintieron absolutamente *mondaines*. Don Jérôme les respondía a todo con evasivas y María Eugenia, que le tenía cogidas las manos a su amor, guardaba un silencio lúcido, misterioso, fiel, pensativo, triste. Ya no era una romeraca, sino, sencillamente, una mujer enamorada y bellísima.

El bisabuelo don Martín Martínez había tenido muchos amores de viudo, o algunos, y hasta era muy amigo de doña Emilia Pardo Bazán, que hasta era condesa o así, y tenía un pazo en Galicia, que era como tener una finca en Castilla o una masía en Cataluña o un cortijo en Andalucía, sólo que con más lluvia.

Si doña Emilia estuvo alguna vez en el cocido de los jueves, debiera ser yo muy pequeño, porque la recuerdo esmerilada, o sea que no la recuerdo, pero sé que tenía pecas de trucha, las pecas de la madurez, en las manos y el escote. El haber tenido a doña Emilia en casa era, más o menos, como haber tenido a la reina.

—¿Y eso del naturalismo qué es, doña Emilia?

—Muy sencillo. Ver en lo que es, como decía Stendhal, y contar las cosas como son, sin romanticismos.

—¿Y las ideas? —preguntaba Unamuno.

—Las ideas no son cosa del novelista. Una novela de tesis es una mala novela.

—Pues mis novelas son una pura tesis, doña Emilia.

—Allá usted.

—¿Y eso de la novela de tesis qué es? —preguntaba el bisabuelo, con su ignorancia de caballista.

—Consiste en escribir una novela para demostrar algo.

—Pero mejor se escribe un tratado filosófico, con esos fines.

—La novela aporta la incontestable verdad de la vida —decía la *inevitable* doña Emilia.

Y digo la *inevitable* porque estaba siempre en todas partes, de Reina Madre de las letras, y muchos novelistas la llamaban así.

Que había tenido amores con Galdós y con Blasco Ibáñez, o sea que se había adelantado a su tiempo. Un día que el bisabuelo me llevó al Ateneo o al Casino, no recuerdo, comentaban en la tertulia sus amores con la escritora jamona e ilustre:

—Pero cómo puede usted perder el tiempo, don Martín, con una aristócrata vieja, fea y gorda.

—Cuando se quita la dentadura postiza me hace muy buenas mamadas, aunque ustedes no lo crean.

No entendí la frase, pero me dio bastante asco. Como otro día, en el Ateneo, que le oí a Blasco Ibáñez que se le estaba poniendo el bigote amarillo de comerle el coño a una cómica famosa. No entendía yo bien cómo los mayores eran tan guarros, aunque yo mismo, cuando me apretaban las ganas, en vez de hacerme una gayola o gallarda, me beneficiaba a la cabra *Penélope*, en su secarral con cardos, casi africano de calor, hasta que una vez me cogió la Ubalda y me dijo que aquello era peligroso porque «las cabras les tienen pegadas muchas enfermedades a los hombres».

—Pero la *Penélope* está sana.

—No vuelvas a hacerlo o se lo digo a tu madre.

La verdad es que yo iba siendo un niño raro, enamorado de mi tía y amante de la cabra. En cambio, por la gata *Electra*, de ojos inmensos y azules, de un azul siamés, no sentía más que ternura. Doña Emilia Pardo Bazán, aristócrata y todo, intelectual y todo, no era tan guapa como la cabra ni como la gata, sino que era directamente fea,

como casi todas las mujeres que se dedican a escribir. La literatura, como la minería o el toreo, es una cosa de hombres. Las señoritas toreras salen machorras. Y las escritoras también.

No sé lo que duraron los amores de don Martín Martínez, aquel hombre intemporal y garañón, con la Pardo Bazán (sospecho que le alternaba con Galdós y Blasco), pero a veces iban a pasear en calesa al paseo de coches del Retiro, llevando ellas las riendas con guante blanco, y con el cochero de non, y un día me llevaron con ellos, y Madrid era allí un minué de jaquitas, saludos, chisteras, los Maura, los Tamames, los Veragua, y hasta los príncipes e infantas de España alternaban en el paseo de coches. Madrid era un junio raso que declinaba su azul hacia las melancolías del poniente. Olía a aristocracia, a mierda de caballo y a flores grandes como coles. Ay qué placer es bailar el fox-trot si hay un galán que nos habla de amor, y aunque cien años llegase a vivir nunca olvidaría las tardes del Ritz. El francés don Jérôme y María Eugenia iban muchas tardes a bailar al Ritz, y una vez se les acercó el militar alemán de la Embajada y le dijo a María Eugenia, ignorándole a él:

—¿Me concede este baile, señorita?

—Discúlpeme, estoy fatigada y tengo calor.

—¿Fatigada?

—*Fatigué.*

—Ah, ja.

La situación era un poco tensa. María Eugenia lucía, sobre el escote moreno y amplio, un collar de perlas gordas, de tamaño purísimo y gran vistosidad.

—¿Esas perlas, supongo, provienen de las mulas vendidas a los franceses? —dijo el alemán con una reverencia.

Don Jérôme se puso en pie, se acercó al militar, que se había erguido mucho, y le cruzó la cara con el guante.

Las gentes más próximas advirtieron que pasaba algo, pero tuvieron el buen gusto de no enterarse. El alemán tenía el pelo muy rizado y pajizo, nariz de boxeador frustrado, los ojos un poco juntos y la boca fea, como hecha para el insulto. La verdad es que tampoco era un tipo ario puro.

—Mañana recibirá usted mis padrinos —dijo.

Con el ojo izquierdo hacía visajes y enarcaba la ceja, como manejando un monóculo que no había, y que quizá había olvidado. Saludó cuadrándose militarmente y se fue. Como no era muy alto, en seguida desapareció entre la gente. En el Ritz había muchas *cocottes* francesas, mucho más elegantes que las aristócratas españolas, vendiendo amor y cocaína a la clase bien madrileña. Era la Grand Guerre o su resaca, que llegaba hasta nosotros como una espuma de oro. Las putas españolas, tan burras, se tomaban ellas mismas la cocaína. No hacían negocio y arruinaban su belleza.

—¿Vas a batirte con ese salvaje? —preguntaba María Eugenia.

—Le he retado a duelo. Y no es un salvaje. Es un militar alemán.

—No puedo permitir que arriesgues tu vida...

—No puedo permitir que el enemigo secular de Francia te insulte delante de mí. Ni el enemigo ni nadie.

—Pero puede matarte.

—Yo sé disparar.

—No lo hagas, amor.

—Salvaré tu honor y de paso me quitaré un espía de encima. Sólo ha venido a provocar.

—Lo que prueba que quieren matarte. La muerte en duelo no le compromete a nada.

—A mí tampoco.

Ay qué placer es bailar el fox-trot si hay un galán que nos habla de amor, y aunque cien años llegase a vivir yo no olvidaría las tardes del Ritz. Don Jérôme recibió en el

Palace a los testigos o padrinos del alemán. Dos tipos de la Embajada, uno de ellos el que había acompañado al militar, herr Haar, en la primera visita. El duelo se convino en el Retiro, a pistola, como era de suponer, para tres días más tarde, a las seis de la mañana. Los padrinos de don Jérôme fueron Julio Romero de Torres y otro artista. Las pistolas, pavonadas y románticas, iguales que la que había usado Larra para matarse. Un amigo de Romero de Torres las había sacado del arsenal de lo que sería el futuro Museo Romántico. El bisabuelo don Martín Martínez paseaba en coche de caballos por el paseo de coches, con la Pardo Bazán, y se les cruzaba un príncipe de España, un Habsburgo o un Trastámara, rubio, linfático y aburrido, en el estribo del coche. Doña Emilia iba algunas veces al cocido de los jueves y decía que ella había matado a Zorrilla, o sea el romanticismo.

—Yo he matado a Zorrilla, yo he matado el romanticismo y he derruido sus alcázares. Hay que estar en la vida, en la calle, en el pueblo, en la realidad, como hace Zola en París.

—¿Por qué están ustedes siempre pendientes de algún modelo de París?

—preguntaba Unamuno.

—Yo no estoy pendiente de nada, sino de lo que siento y vivo.

—Pero esa moda del obrerismo viene de Francia, y usted es duquesa o marquesa

—ironizaba don Miguel.

—Comprendo que mi título se le haya olvidado, don Miguel, porque en España hay muchos, pero yo no olvido que usted es rector de Salamanca.

—Y tan escritor como usted, señora, aunque quizá no tan a la moda.

—Yo no estoy en la moda, sino en la actualidad, que es distinto.

—Sí, ya veo que viste unos figurines de París muy de actualidad.

—Juega usted a insolente sin necesitarlo, don Miguel. A usted le sobra el talento para otras cosas.

—Pues usted aproveche el suyo, por si acaso.

—¿Es que no le gusta lo que escribo?

—Me sobran las descripciones.

—La novela es descripción.

—Las mías no. Yo voy al grano.

—¿Y cuál es el grano, don Miguel?

Y aquí don Miguel se quedaba un poco tieso, dudaba un momento, cosa rara en él, y al final se despedía y se iba. Había ganado el talento hembra, con o sin dentadura postiza. Seguía el romance del bisabuelo con doña Emilia. Galdós y Blasco Ibáñez raramente portaron por casa. Luego contaré sus visitas, si me acuerdo. Yo, a escondidas de la Ubalda, seguía fornicando bíblicamente con la cabra *Penélope*, que era guapa y fiel, pero me tenía la picha escocida. Don Jérôme se dejaba ver menos aquellos días previos al duelo. María Eugenia tomaba consejo, como todas, de tía Algadefina, que estaba con la tesis sentimental, bajo el magnolio, leyendo siempre los ensayos amarillos de Montaigne.

—No te sientas responsable, María Eugenia. Don Jérôme no se bate sólo por ti, sino también por Francia, y porque él está en peligro y porque es un romántico y un hispanista, y cree que el duelo de honor es muy español, cuando es una cosa que no se lleva desde Calderón.

—No puedo consentir que se mate por Calderón.

—Si mata él al alemán se ha quitado al espía de encima.

—En la Embajada se conspira contra él.

Tía Algadefina tosió un poco, abrió y cerró el libro francés, hizo un silencio y en el silencio se oyó el balar de la cabra *Penélope*, el maullar de la gata *Electra*, el rebuznar de algún burro, los gritos del servicio en la cocina, las canciones de Magdalena mientras limpiaba el polvo, las oraciones de los abuelos Cayo y Eloísa, don Martín

hablando con su caballo *Lucero* y la prima Maena y otras primas de tertulia continua con las demás pájaras. La prima Micaela, que era de provincias y pasaba largas temporadas en Madrid, leía en voz alta todas las cartas que recibía de sus novios terruñeros. Lo que ella quería era casarse en Madrid para quedarse en la Corte. De modo que fue un silencio lleno de ruidos y palabras.

—Mira, María Eugenia, como enferma que soy, valoro la vida y la muerte más que tú. Te aconsejo que vivas tu aventura, como yo viví las de Rubén y Picasso, y luego Dios dirá.

María Eugenia, que era tan hermosa, no había vuelto a ponerse el gran collar de perlas familiar que originara el duelo. Yo la encontraba más guapa y más desnuda sin collar.

El bisabuelo don Martín Martínez, que seguía siendo muy gallo espolón, trajo un día a casa, a tomar el cocido de los jueves, a Carolina Otero, la Bella Otero en París. Era una aldeana gallega y mozorra que hablaba el francés con acento galaico y el español con acento francés. Seguía pareciéndose, más que nada, a las criadas de la casa, sólo que con muchos anillos.

—Éste me lo regaló el príncipe de Bulgaria, éste me lo envió el zar de Rusia, éste...

¿Tuvo el bisabuelo don Martín Martínez amores con la Bella Otero?

—Y que aquí el señorío don Martín ha sido muy bueníño con esta pobre paisana y sabe que le tengo fidelidad. Ustedes es que son ya muy señoritas para mí, y otro tanto de finas. Yo sólo trato con príncipes y altezas, que son mucho más ordinarios y perdidíños, dónde fuera a parar.

Don Miguel de Unamuno la miraba perplejo, atónito, ni siquiera divertido, porque no tenía sentido del humor (y eso se nota en sus libros), como podría mirar a la Macarena u otra virgen sevillana. Un mundo que estaba fuera de su mundo.

—Esa mujer no debe ser más que una palanca sexual, algo así como la cadena del retrete.

—Tampoco es eso, don Miguel —se asegundaba el bisabuelo.

La prima Maena y la prima Micaela, hermanas, dijeron que la Bella Otero no era más que una pobre criada coruñesa que había hecho gracia en París.

La prima Maena era mujer muy bella (en realidad prima/tía mía, aunque ella prefería lo de prima, que le quitaba años). La prima Maena tenía el pelo en bandos, a lo Cléo de Mérode, que era lo de la época, como María Eugenia, pero no se parecían nada. La prima Maena tenía una cabeza de hermosísimo pájaro, aquilina y lenta, como vería yo luego a Oriana Guermantes en Proust. La prima Maena tenía un cuerpo exacto para los clasicistas, con las arrobos repartidas al gusto griego (los griegos, luego de dictar estas normas, se beneficiaban a las adolescentes efébicas), pero todo ello un poco excesivo para mí, que no gustaba de la mujer yegual, por muy clásica que fuese. La tía Maena tenía amores con herr Armand, representante de unas grandes fábricas alemanas, y esto parecía muy mal en el Madrid aliadófilo, de modo que la tía Maena y su herr Armand no podían ir según a qué sitios, como Fornos, por ejemplo, donde se reunía la intelectualidad francófila y el dandismo inglés. La prima Maena sufría con esta discriminación, pero amaba a herr Armand, que era mucho mayor que ella, con el pelo blanco y el perfil recortado y enérgico. La verdad es que los que no fuimos a la guerra, como diría luego Fernández Flórez, lo pasamos muy mal en la guerra o con la guerra. Las de Caravaggio detestaban a la Bella Otero, por falta de clase, como dijeron, y aunque aliadófilas, defendían los amores de la prima Maena con el alemán, por novelesco. Doña Emilia Pardo Bazán habló un poco, en los jueves del cocido, con su paisana Carolina Otero, y no se ensañó con ella porque sabía que era amiga, cuando menos amiga, de don Martín.

—Pero no se diferencia en nada de mis criadas de Meirás.

Hasta que saltó don Miguel de Unamuno y Jugo:

—Pues usted, doña Emilia, es algo así como la Bella Otero de las bellas letras, sólo

que más vieja y menos hermosa.

Por aquel día no hubo más tertulia, naturalmente. A don Miguel le parecía que la condesa era una afrancesada que perdía el tiempo anotando nimiedades, y a doña Emilia le parecía que Unamuno era un hombre inseguro que no sabía vivir con Dios ni sin Dios.

—Lo que quiere don Miguel no es encontrar a Dios, sino sustituir a Dios.

—Eso no lo entiendo, doña Emilia.

—Pues está bien claro. Unamuno ha vestido a Dios de chapiri en pico, gafitas redondas, jersey negro y cerrado, traje negro y botas horribles, y lo que espera es encontrar un Dios que se parezca a Unamuno. Además, que su castidad llena de hijos me huele mal.

Doña Emilia, una duquesa, o lo que fuese, dada a hombres, encontraba insoportable al macho conyugal, fiel y casto.

—Encima se apellida Jugo, que debe ser una cosa judía.

—Jugo es una aldea vasca —intervino el bisabuelo.

Lo cual que la Bella Otero no cayó bien a nadie. A mí me pareció guapa, pero con aire de criada. Era como si la Ubalda hubiese salido guapa. Picasso se había ido a París con sus cuadros y su pinta de paragüero gitano, o quizá sólo a Barcelona. Sasé y María Algadefina estaban tristes, cada una por su lado.

Sasé era el nacimiento del cubismo en Picasso y tía Algadefina era una época anterior, la de las mujeres delgadas, líricas y hasta un poco verdes.

—Es usted un mormón, don Miguel —decía la Pardo Bazán.

—Y usted una marquesa asalmonada.

—Espero que me aclare esa metáfora, aunque las metáforas no son lo suyo, rector.

—Efectivamente, no era más que una metáfora. Usted perdone.

—Yo le perdono a un hombre los insultos. Lo que no le perdono son las inseguridades como hombre.

Quedó en el aire una insinuación sexual.

—Me refiero a sus inseguridades metafísicas, naturalmente, don Miguel.

Y seguía el cocido. Don Miguel comía muchos garbanzos para ser un buen místico y doña Emilia, que apenas probaba una pizca de relleno, se abanicaba mucho el sofoco de la disputa, el sofoco del cocido o el sofoco de la menopausia. El duelo tuvo lugar a las seis de la mañana, hora prevista, en el Retiro, cuando todavía no había guardas jurados que pudiesen prohibirlo. Los altos testigos de la tragedia fueron los pavos reales, en la más alta rama del sauce, que es el pavo real de los árboles, y los cisnes modernistas que a tía Algadefina le recordaban punzantemente a Rubén. Llegaron tílburis, carrozas, landós, y todo era como una *matinée* versallesca un poco a deshora. El Retiro tenía algo inesperado de Fontainebleau y tía Algadefina se cogía de mi brazo, porque yo, con las emociones, había pegado el estirón de la pubertad.

La prima Maena, del brazo de su herr Armand, tuvo que alinearse con los germanófilos y la gente de la Embajada alemana. La prima Micaela, su hermana menor, tenía los ojos de un siamés intenso en la hora prima, e iba del brazo de un joven alto y aguileño que luego sabríamos quién era. Las de Caravaggio pusieron su tumulto de pamelas y boquitas pintadas entre la gente. Mamá y los mayores de la familia estaban discretos en un aparte. Don Martín Martínez andaba recorriendo a caballo sus tierras y ni se enteró. María Luisa lucía, quizá olvidada de Machaquito, la eterna llama roja y naranja de su pelo, y María Eugenia apareció en calesa, muy cogida a don Jérôme, pegada a él, enamorada y fúnebre, más guapa que nunca, más intensamente ella que nunca.

Herr Haar llegó en un automóvil alemán, nuevo y brillante, negro, un automóvil que tenía algo de insecto y algo de tanque de la Grand Guerre. Estábamos en una explanada amplia y arenosa del Retiro, aislados por los grandes árboles, bajo un cielo neutro de junio, con el aire quieto, el sol ya muy seguro de sí mismo y un perfume de

desayuno en la hierba que desdecía el dramatismo del conato. Vi cómo el alemán recibía en bandeja las dos pistolas románticas y sonrió ante la antigüedad de las armas, sin ningún sentido poético del tiempo, pensando sin duda que en Alemania se hacían ya cosas mucho mejores. Pero eligió una de las dos pistolas, le dio su aprobación. Los padrinos iban mucho más elegantes y enlevitados que los duelistas. Los duelistas me decepcionaron un poco. El alemán parecía un sargento y don Jérôme era como si acabase de levantarse de la cama, con prisa y sin arreglar. Un camastrón que quizá iba a morir. Estábamos lejos y yo veía aquello como una cosa de teatro. Hicieron todo el protocolo de contar los pasos, escuchar a los padrinos o testigos y ponerse luego espalda contra espalda.

—El duelo es a muerte —me dijo tía Algadefina.

Una oscura angina me subió por el pecho.

—¿Y por qué no a primera sangre?

—Eso es con la espada, y ya no se lleva la espada.

Frente a frente, muy lejos uno de otro, estaban ya apuntando y tuvieron que parar porque un rebaño de ocas se paseaba entre ellos. Hubo risas nerviosas entre la gente. Todo volvía a empezar. Me pareció que ahora iba más de prisa. Los pavos reales daban su feo grito agónico en las altas ramas y los cisnes se deslizaban por una lámina de luz, indiferentes al espectáculo. El cisne es un animal al que los poetas, a fuerza de cantarle, le han puesto un poco tonto y vanidoso. El que más culpa tenía de eso era Rubén. Don Jérôme estaba muerto en el suelo. Habían sonado unas voces militares y dos estampidos confundidos en uno, en seguida subsumidos por el verde silencio de la mañana. María Eugenia cayó sobre él como una nave tocada en la línea de flotación. El silencio que sigue a una muerte así sólo está removido por cierta actividad burocrática. Yo apenas conocía a don Jérôme, pero María Eugenia era uno de mis amores secretos y lloré por su corazón estallado. El Retiro, tras las detonaciones, se abrió inmenso al nuevo día, como una sola y violenta y obstinada rosa.

DON MIGUEL PRIMO DE RIVERA, que era viudo, cuartelero y cachondo, había traído la dictadura de acuerdo con el rey, aquel señor del chaletito de la Guindalera. Don Miguel Primo era compañero de tresillo del bisabuelo don Martín, en el Casino de Madrid, de modo que don Martín le invitó al cocido de los jueves, y en seguida el militar, donjuanizante, se fijó en la belleza dibujada e irónica de tía Algadefina. A los cocidos de los jueves acudía Galdós, quizá se ha contado ya aquí, y sólo hablaba de dinero, nunca de literatura, y de que cada Episodio Nacional le dejaba una perrona.

Metían los Episodios por debajo de la puerta, como los folletines de Eugenio Sue. A mí Galdós nunca me ha parecido más que un folletinista. Un día, paseando Baroja con Galdós, llegaron hasta las rondas, y Galdós dijo, asustado:

—Volvamos, volvamos, Baroja, que esto es ya el campo.

Y éste era el cronista de Madrid. Galdós y doña Emilia estaban bastante de acuerdo, aparte las cuestiones de inglé, en el naturalismo, el realismo y todo eso, sólo que él pretendía darle lecciones a la dama, cuando lo cierto es que la duquesa, o lo que fuese, escribía mucho mejor que él.

Por el cocido de los jueves pasaron todos los que luego se llamarían el 98, así como algunos modernistas, todos repitiendo a Rubén hasta en el «Admirable», que era su manera de no decir nada. Quizá me vayan saliendo algunos al hilo de la memoria (novela que juega a no serlo, que trata de abolir «la odiosa premeditación de la novela», Bretón, y que adopta la fórmula de memorias apócrifas, y precisamente por eso, muy naturalmente, se va machiembrando como novela, sin forzosidades de autor astuto). Don Miguel Primo de Rivera era jaquetón, ni guapo ni feo, militarote, libre de ese luto ridículo de los viudos y constelado de medallas, sonrisas, triunfos y amigos. Tía Algadefina decidió que se podía tener un tonto con aquel señor que mandaba en España, entre otras cosas porque era una manera de devolverle el golpe al rey, si es que ella alguna vez había sido amiga o novia del rey, que ni lo sabía ni se sabe ni lo sé yo.

—Señorita, es usted una flor madrileña digna de los jardines de Andalucía.

—Para general le encuentro un poco redicho, don Miguel.

—Jaquetona la moza, ¿eh?

—Y además usa usted unas palabras horribles, feas y viejas.

—¿Quiere trabajar en mi secretaría particular?

—No.

—Parece usted leída y podría ayudarme a redactar mis notas públicas sobre lo que va pasando en España.

—Soy bisnieta de don Martín Martínez, mi abuelo es liberal, y no voy a ponerme al servicio de ningún dictador.

—Pero accederá usted a salir conmigo a las verbenas de su amado Madrid. Estamos en verano.

—Iré por las verbenas, no por usted.

El bisabuelo don Martín llevaba las amistades ilustres a casa para que nos persuadiésemos de su importancia social, y le daba lo mismo un liberal que un dictador. En esto comprendía yo, más o menos, que el bisabuelo era un frívolo, y años más tarde vi que salía a él, lo cual me consternó, pero me gustó. Hay que venir de algo, de alguien. Eso de «no datar», como dijo una vez Baroja en el cocido, «los vascos es que no datamos», a mí me parecía como ser hospiciano, y que la mala leche y la mala prosa de Baroja quizá venían de que él no databa, aunque un día llegó al cocido con el árbol genealógico que le habían hecho unos profesionales de ese timo heráldico, muy ufano. Baroja era un señoruco, y yo, por los cocidos de los jueves, iba diferenciando a los grandes españoles e hidalgos y señorucos: eran hidalgos mi bisabuelo don Martín Martínez, Unamuno, Rubén (puede haber una hidalguía india), e incluso don Miguel Primo. Eran señorucos Galdós, Baroja y otros tipos así.

—¿Y Picasso era hidalgo o señoruco, sobrino?

—Picasso era un gitano paraguero y genial.

Hidalgo era Valle-Inclán y señoruco Azorín. Hidalgo era el rey, además de rey, y señoruco Cánovas. Don Miguel Primo de Rivera sacó algunas noches a la verbena a la tía Algadefina, concretamente a las del Retiro, y un periodista que había entonces, joven, presuntuoso y con perfil de cuchillo, César González Ruano, denunció en la prensa a la nueva novia del dictador. Incluso se presentó en casa para hacerle una entrevista a tía Algadefina, pero ella se negó y dijo que le había subido la fiebre.

En las verbenas castizas del Rastro, de Lavapiés, de la Cava, el dueño de España y mi tía bailaban el chotis. En el Retiro tiraban al blanco, que había casetas. Tía Algadefina siempre ganaba la botella de anís, pensando en llevársela a los abuelos.

—Tira usted muy bien al blanco, señorita.

—Todo es cuestión de pulso, don Miguel.

—Estoy por alistarla a usted en lo de Alhucemas.

—Sólo que yo estoy de parte de los moros, general.

—Qué graciosa y qué ingeniosa es usted.

—No le digo más que la verdad. Los españoles sobramos allí. África para los africanos.

—¿Y el Imperio?

—El Imperio es una mierda.

—Eso no se le puede decir al hombre que rige los destinos de España.

—Pues no vuelva usted a invitarme. Aparte de que los intelectuales se lo dicen todos los días en los periódicos.

—Unamuno, claro, ya le he visto por su casa.

—Yo pienso por mi cuenta, no por cuenta de Unamuno.

Don Miguel parecía cada noche más enamorado de aquella joven tísica y díscola, con poca vida y mucha luz. Don Miguel fue bueno con la familia, fue familiar, simpático, dictador y jerezano, equivocado y alegre. Procuraba acudir siempre al cocido de los jueves. Y Unamuno se lo decía:

—General, usted acabará exiliándome de España.

—Hombre, por Dios, una gloria nacional.

Y Valle-Inclán se lo decía, sin el ceceo que nunca tuvo y que le han inventado los malos biógrafos, todos los biógrafos son malos:

—Usted acabará denunciándome, don Miguel.

—Por favor, un hombre con su prosa.

—Ustedes los militares se pasan la prosa por los cojones, con perdón de las señoras.

La Pardo Bazán, en el salón de té de nuestra casa, era una vieja asalmonada y dormida. Unamuno era un místico locoide que seguía hablando y hablando para nadie. Valle era un místico de otras cosas, alumbrado sólo por su lámpara maravillosa y por la pipa de kif. Baroja era un señoruco que se tiraba de la boina para taparse los ojos y dormir un poco. Galdós era un maestro de obras socialista que se leía a sí mismo en un Episodio Nacional que había encontrado en la biblioteca doméstica.

—Ahí los tenéis —decía el abuelo don Martín—, la gran intelectualidad de España, el desastre del 98, hartos de cocido y de vino, dormilones.

Don Miguel Primo alternaba el vinito blanco con el café y escuchaba a tía Algadefina al piano.

—¿Por qué siempre toca usted Chopin, señorita?

—¿Qué es lo que le gusta a usted, general?

—Wagner.

—Como a todos los militares.

—¿Y eso es malo?

—Es peligroso.

—¿Peligroso?

—Wagner me da más música. Chopin me da mejor música.

—Maravillosa la frase.

—No es mía.

—¿De quién?

—De un escritor francés.

—Pues oigamos a Chopin.

Don Miguel andaba como muy enamorado de tía Algadefina, de modo que ésta le pidió al bisabuelo que le invitase menos a casa, por quitarse un pelmazo de encima. La dictadura era una cosa arbitraria, elemental y sin futuro. Algo así como poner un guardia de la porra al frente de los destinos de España. Tía Algadefina se cansó pronto del galanteo macho de don Miguel.

—Es buena persona, pero se ha creído Bismarck y no es Bismarck.

—¿El cirujano de hierro?

—Eso. Éste es un cirujano de *papier maché*.

—O sea que el rey lo quitará pronto.

—A lo mejor tienen que irse los dos juntos.

Tía Algadefina hacía reposo, mamá le tomaba la fiebre, don Martín cabalgaba por Madrid, los abuelos se bebían el anís de las verbenas, las de Caravaggio no comprendían que Algadefina no quisiera casarse con el dictador, las tías, abuelas, primas, amigas, etc., o sea todo el clan de aquellas pájaras, envolvían el luto de María Eugenia, la viuda de un espía francés muerto en duelo, yo follaba con la cabra *Penélope*, la Ino, la Ubalda y la Magdalena cantaban por las mañanas y rezaban por las tardes, prima Maena y prima Micaela se paseaban por la Castellana con sus hombres, el alemán Armand y un adolescente anónimo, respectivamente.

Tía Algadefina, bajo el magnolio del patio, en la tumbona, leía su libro amarillo y francés. Yo me sentaba a veces a su lado, en el suelo. Ella seguía leyendo y yo seguía callando. Pero una corriente silenciosa, de energía y silencio, pasaba entre nosotros.

—¿Has hecho los deberes, Francesillo?

—Necesito que me ayudes.

—¿Es que no sabes?

—Es que me gusta que me ayudes.

—Pues tráelos y te ayudo.

—No, déjalo, mejor estamos así, callados. Tú tienes que reposar.

Y un silencio profundo, cuneiforme de sonidos, llenaba la mañana: el cantar de las criadas, el balar de la cabra, la coz de los caballos, el maullido de los gatos, la oración de los abuelos, la conversación de las tías y primas, en los altos miradores.

—Tía Algadefina.

—Qué.

—No, nada.

—Dime, Francesillo.

—Nada.

El general Francisco Franco, Franquito, era el más joven de Europa y el héroe de África, pero no estuvo nunca por casa. Venía poco a Madrid y no hacía vida social. Al bisabuelo don Martín no acababa de gustarle la campaña de África y no creía en el porvenir colonial ni imperial de España.

—Ese Franquito está matando moros y españoles para nada, aquello está perdido. Lo que busca es el ascenso personal, las cruces.

Francisco Franco, Franquito, era un señor que se había hecho famoso y glorioso luchando por una causa perdida. Al primo Martín Martínez se lo llevó al frente (habían hecho juntos la carrera), a ganar gloria y hacer correr el escalafón. El primo Martín Martínez era ahijado, favorito y homónimo del bisabuelo, y había crecido tirando a alto, como parece costumbre en la familia, de modo que nada más llegar a África los moros

le dieron de muerte, mientras Franquito, mucho más bajo, quedaba tapado y protegido por los otros. Al bisabuelo le tenían pedidas todas las pájaras de la familia que trajese un jueves a tomar cocido a don Ramón María del Valle-Inclán, que, por amigo de Rubén y escritor modernista, era el que más les gustaba. Don Ramón ganaba de lejos y perdía de cerca. No ceceaba en absoluto, contra lo que escribían los periodistas, queriendo caracterizarle.

—Esto no es una invitación —dijo—, señoras y señores, purísimas damas, sino una obra de caridad, porque yo no como sino muy de tarde en tarde.

—¿Quiere usted decir que no come cocido?

—Quiero decir que no como absolutamente nada, porque yo soy un artista puro, y los artistas puros no comemos.

—La leyenda dice que usted siempre ha ocultado su hambre y que prefiere ayunar a dejarse invitar.

—Luego si hay leyenda, ya he cubierto mi objetivo, y ahora puedo desmentirle y compartir este cocido con ustedes. Nunca fuera don Quijote de damas tan bien servido, etc.

Sasé Caravaggio miraba en éxtasis, como una santa gordita, al autor de las *Sonatas*. Delmirina, junto a su novio subalterno, peón consumero que fuera del abuelo Cayo, y al que ahora nombramos Pelayo (quizá antes recibiera aquí otro nombre: los pobres y los parias tienen varios, como los reyes, y todos les sientan), se sabía las poesías de don Ramón y dijo algunas entre relleno y relleno, con su voz de mecanógrafa sentimental. Para tía Algadefina, Valle era una vuelta estilizada y misteriosa de Rubén. Las más jóvenes, como la prima Maena y la prima Micaela, preferían, sin saberlo, a Dorio de Gádex y otros imitadores de Rubén, todos malos.

—Es usted un gran artista, don Ramón —decía el bisabuelo.

—Todo lo contrario. Sólo soy el revés de un gran artista, que aspira a pasar al otro lado del tapiz.

—Qué bonito.

Con esto se ganó a todas las damas del almuerzo. Pero don Miguel de Unamuno permanecía callado.

—Lamento que desperdicie usted su talento, Valle —dijo al fin.

—Soy el escritor de España que más lo aprovecha. Más que usted, don Miguel.

—La literatura sólo es una herramienta para remover y promover los hombres y las ideas.

—Yo los promuevo a la belleza, rector.

—La belleza no es más que una bagatela, como usted mismo ha dicho.

—Mi frase es plagiada, como casi todo lo mío, pero nada tan sublime como la bagatela.

—¿Confiesa usted sus plagios?

—Don Julio Casares me los está descubriendo todos.

—Es usted un inmoral, Valle.

—Gracias a Dios. Pero el plagio no es sino una variante de la genialidad. Hace falta mucho talento para plagiar bien. Plagiar es crear de otra forma.

—Escandaloso y decadente. Es usted una *cocotte*, Valle.

—Qué más quisiera yo. El gran plagiario es usted, don Miguel, que plagia a Cristo, lo único intocable. Y por añadidura plagia a Kierkegaard, a los místicos y a fray Luis, sólo que mal.

—Sólo hace usted frases, Valle.

—La verdad se acuña en frases.

—Tiene usted talento y me gustaría que lo aplicase a algo más espiritual.

—Soy más católico tradicional que usted.

—Su catolicismo es esteticista.

—Como el suyo, don Miguel. Sólo hacemos estética cuando escribimos. La única

salvación es estar callados.

—Pero yo tengo muchas verdades que difundir.

—Pues yo me divierto más difundiendo mentiras.

—Ese cinismo está pasado, querido Valle, y sólo sirve para deslumbrar un poco a estas señoras.

—El cinismo no pasará nunca, porque viene de los griegos y de los perros, o sea de can, y yo soy un perro callejero de la Puerta del Sol.

—Sus maestros, Barbey, D'Annunzio, Villiers y todo eso, ya no se llevan en Europa.

—Mis maestros me deben más que yo a ellos. ¿Y Rubén?

—A Rubén se le veía la pluma de indio por detrás.

—Eso, aparte de ser poco cristiano, tiene una respuesta, don Miguel: a usted se le ve la coronilla de mormón y de cuáquero en cuanto se quita el sombrero.

El auditorio ardía en delicias con este diálogo de los dos genios. Los abuelos Cayo y Eloísa estaban por el cristianismo de Unamuno. Las tres o cuatro generaciones de mujeres que reunía la casa estaban por el dandismo de Valle. Luego, en el *fumoir* del café, don Ramón y don Miguel se sentaron aparte, y el gallego encandilaba al vasco con sus historias místicas y líricas de milagros celtas. Los botines de piqué de don Ramón, blancos y purísimos, gustaron mucho a las damas, así como sus cigarrillos egipcios y su pipa de kif, que compartió con ellas. Se había ganado al auditorio. Unamuno le daba vueltas a su boina vasca en las manos, como deseando irse, y se fue. María Eugenia, tras la muerte de don Jérôme, había decidido meterse monja, pero bernarda, o sea de clausura, y todos asistimos un domingo por la tarde a la ceremonia, en las afueras. A la bellísima María Eugenia le cortaron los cabellos pecadores al cero, la tendieron en el suelo, bocarriba y bocabajo, le echaron muchos latines, los canónigos, y luego andaba con un velo negro por la cara. El convento era como un Arca de Noé de las mujeres. Yo estaba entre mamá y tía Algadefina. El órgano traía tempestades y mareas a un mundo de rejjas. Todo ocurría entre el hierro forjado y el hierro colado. Bajaban del cielo unas voces pálidas y todos lloramos un poco. Las candelas ponían temblor en el tedio de los santos, en la eternidad de las capillas. La prima Maena y la prima Micaela decían que era medieval y gótico eso de meterse entre rejjas por la muerte de un novio. A mí me gustó la ceremonia, pero me imaginaba las carnes grandiosas, morenas, beligerantes y apasionadas de María Eugenia, bajo la estameña. «Eso tendrá que estallar por alguna parte, digo yo», pensé. María Luisa, pelirroja y patética, se acercó y nos lo dijo:

—Antes me meto puta en el Palace, con perdón del niño, que rehén de esas brujas de monjas.

Efectivamente, María Luisa acabaría de puta en el Palace y en sitios mucho menos dignos, adonde yo me la encontré luego (arrojada de casa por el marido de su hermana, aquel periodista católico que la amaba), como se contará en esta novela memorial de un tiempo y unas gentes. María Eugenia tenía una pequeña dote y eso lo donó todo al convento. La ceremonia había sido hermosa y aburrida. La Iglesia, esa araña negra e inmensa, se me llevaba a uno de los fetiches de mi infancia voladora. Claro que la cosa no para ahí y ya se sabrá. La prima Maena estaba preocupada por herr Armand, su amor, que cada día se encontraba nuevos enemigos en aquella España oportunista y pesetera que se iba haciendo aliadófila.

Volvimos de las bernardas en los tálburis, faetones y calesas de la casa y las amistades, salvo prima Maena y herr Armand, que circulaban en uno de aquellos automóviles alemanes, entre libélula y tanque, que tanto asombraban a los madrileños. Estábamos citados todos en Fornos para celebrar paganamente la entrada en religión de María Eugenia. Esperábamos, en el fondo, quien más, quien menos, encontrar allí a Valle-Inclán, pero su sombra de aureola gris, cabello plata, gafas perversas, barba solemne y botines blancos, como dos cisnes que caminasen a su lado, sólo pasó un

momento, estilizadísima, por los espejos irreales de Fornos. Quizá don Ramón saludó a las damas con una inclinación de cabeza, antes de desaparecer.

Prima Maena y herr Armand estaban muy asustados.

—La España, oh, cambia mucho —explicó él—, antes eran germanófilos y mi trabajo industrial era fácil aquí, sólo traemos a la España técnica y progreso, no ninguna guerra, pero la contienda la va perdiendo Alemania y ahora nosotros los alemanes sufrimos la persecución de una España diferente.

—¿Como qué?

—El espionaje industrial. Mis empleados españoles trabajan para los aliados y me siento rodeado de enemigos. La España no es neutral, qué farsa, sino oportunista, con perdón, y ahora quiere robar nuestros proyectos y vendérselos al francés.

—Seleccione usted al personal, trabaje sólo con alemanes.

—Imposible. La España neutral impone españoles.

Y había una ironía seca en las palabras de herr Armand. Los rostros del 98, que empezaban a ser famosos, poblaban los espejos de Fornos.

—Temo por mi vida —dijo el alemán.

—¿Por su vida?

—La España se ha vuelto hostil.

Prima Maena le quería más en la desgracia, como a veces pasa con las mujeres, partidarias acérrimas del triunfador. Prima Maena es que tenía buena clase, buena madera, buen estilo, la genealogía de don Martín y todos los Martínez. Los espías, una noche, entraron en su despacho a robarle planos y fórmulas recibidos de Alemania. Los espías eran viles españoles a sueldo. Pero herr Armand, aquella noche, se había quedado a oscuras en el despacho, temiendo lo que iba a suceder. En cuanto se hizo la luz, le asaron a tiros. No tuvo tiempo de usar su prestigiosa pistola alemana.

El más enterado se fue directo a los cajones de madera y sacó lo que importaba. Desaparecieron. Un alemán muerto no era nada en la España aliadófila, como un francés muerto, don Jérôme, no había sido nada en la España germanófila. Lo conflictivo fue el entierro de herr Armand en la católica España de Madrid. Herr Armand era alemán, luterano, erasmista, calvinista, reformista, y a la fin no hubo otro remedio que llevarle al cementerio civil. Prima Maena lloraba lágrimas de Verónica en el regazo comprensivo de tía Algadefina. El cementerio civil me gustó mucho, como una reunión secreta y masónica de españoles y extranjeros bajo la lluvia clemente de Madrid. Los muertos conspiraban.

Primo de Rivera, novio que fuera de tía Algadefina, tenía a sus ministros de uniforme, pero luego aquello escandalizaba mucho y les puso de paisano y metió civiles como Calvo Sotelo, que era la derecha civilizada, el fascismo civil y la palabra culta. Falla, con pajarita y zapatillas de huertano, hace su música en Granada, consiguiendo elevar la anécdota a categoría, como por entonces decía en Barcelona Eugenio d'Ors, o sea el localismo españolista a universalismo y universalidad. Ortega saca su *Revista de Occidente*. El ecumenismo de Ortega reúne al 98 con el 27, poetas jóvenes y europeístas a los que no se entiende. Únicamente García Lorca, que luego haré memoria si pasó alguna vez por casa. Franco se casa con Carmen Polo. Los reyes son padrinos por delegación. La boda la sacaron todas las revistas. Unamuno, nuestro comensal, se iba convirtiendo en el enemigo público número uno de la dictadura. A él le daba igual. Muere Lenin y le sucede Stalin. Hitler escribe en la cárcel *Mi lucha*, que pasaría de Landsberg a la universalidad sangrienta. Millán Astray siempre fue por la vida perdiendo cosas: un ojo, un brazo, quizá una pierna, quizá un testículo. Los socialistas no renuncian a hacer posibilismo dentro de un sistema cerradamente dictatorial. Largo Caballero y Julián Besteiro iban de románticos, y quizá el socialismo sólo era una cosa romántica, decimonónica. El siglo xx pedía la revolución total o nada. El socialismo se iba disipando en sus posibilismos. Claro que nada de esto lo

veía yo entonces, sino que lo veo ahora, a la clara luz de una luz anciana.

El entierro de herr Armand, en el cementerio civil, era como una respuesta al entierro católico del francés don Jérôme. Pero los protagonistas éramos los mismos. Alemanes curtidos de la Embajada, franceses palaciegos de la Embajada, el coro familiar y las amistades, más don Julio Romero de Torres, tan galán, en un caso, y el embajador alemán, tan impresionante y tieso, en otro. En estos entierros vi yo plásticamente, que es la mejor manera de entender las cosas, toda la tectónica de la Grand Guerre. Dos pueblos que se diferenciaban tanto en la manera de enterrar a un hombre (incluso en la manera de matarlo), tenían que diferenciarse hasta la muerte y llegar a la guerra. La lluvia de junio, tormentosa, violenta, incluso alegre, caía sobre el cuerpo insepulto y esbelto de herr Armand; los alemanes aguantaban el agua como sin enterarse y el grupo familiar, enriquecido siempre por las Caravaggio, abría paraguas negros de cura, grandes y siniestros. Don Martín Martínez seguía cabalgando por sus propiedades, que eran las nuestras. Los abuelos Cayo y Eloísa acudían a todos estos entierros, muy puestos de salmantino luto, porque les gustaban los cementerios, y ellos rezaban en católico por el muerto protestante. Mamá sonreía, intemporal. Tía Algadefina tocaba al piano lo último de Falla, hasta que le daba la tos. Delmirina y su novio, el subalterno Pelayo, hacían manos por el jardín. Las de Caravaggio estaban encantadas de que pasasen tantas cosas y Sasé Caravaggio estaba novia de Paulino de Nola, un filósofo jorobeta que pontificaba en los cafés de Madrid y sólo de tarde en tarde sacaba un artículo en los periódicos, donde arreglaba España, pero como nadie le leía, España quedaba sin arreglar.

—¿Y cómo es que sales con el chepudito, Sasé?

—Me ilustra mucho.

—Y eso qué tiene que ver con el amor.

—Por el amor se llega al conocimiento.

—Claro, y por el conocimiento se llega al amor, pero Paulino de Nola es un chepudito.

Así las cosas, María Eugenia había entrado en religión, como ya se contara aquí, y lo que venga, María Luisa andaba como perdida y a prima Maena, tras el asesinato de herr Armand, le dio por el juego, lo que me llevó alguna vez al Casino de Madrid, en Alcalá, y me gustaron mucho las columnatas, los revoques, los salones, las filigranas, las escaleras sólo prendidas a otras escaleras, pero luego entramos a una sala verde, con luz baja y verde, y allí es donde se jugaba: al naípe, al billar, a la ruleta, al punto y banca. El Casino de Madrid estaba miniado de viejos multimillonarios que, ya cadáveres, seguían acudiendo al Casino a discutir de Castelar, a leer periódicos viejos y a tomar café. En verano, cuando el buen tiempo, les sacaban sus butacones de casa grande a la calle de Alcalá y los cadáveres exquisitos y millonarios piroleaban a las menestralas hermosas que pasaban por la acera. El Casino era una sacramental más alegre que todas las de Madrid, donde los muertos, podridos en su propia riqueza, apostaban millones en la ruleta y les daba igual ganar o perder, pues ya estaban muertos. Sólo el girar de la ruleta, el ir y venir del dinero, les daba un poco de vida. Es cierto, aunque los pobres no quieran reconocerlo, que con dinero puede comprarse incluso la inmortalidad.

Los ricos del Casino de Madrid leían la prensa de sus tiempos, tomaban rosolés, reposaban en la penumbra cálida del invierno o soltaban los vermes a la luz violenta del verano. Los muertos del Casino hablaban de las cotizaciones de Bolsa del día, en Madrid, y eran unos falsos vivos de alpaca y rayadillo, de canotier y botines, que me fascinaron desde que prima Maena me llevó allí de la mano.

—Te pueden salir muchos novios, prima —le decía tía Algadefina—. Eres hermosa y joven.

—Jamás traicionaré a herr Armand. Mi pasión, ahora, es el juego.

—¿Para quién quieres ganar dinero?

—Para nadie. Sólo quiero ganar o perder. Aunque me deje ahí mi fortuna, quiero morir sobre el tapete verde.

La pasión del juego iba unida en prima Maena a la pasión de la bebida, y ella me inició, ya que no en el juego, que nunca pasé de la brisca, en el oro abrasado del whisky, que aligera el corazón y enciende la cabeza. Entonces comprendí por qué los aristocráticos muertos del Casino de Madrid bebían whisky, un vaso tras otro. Porque el whisky, que quizá les había matado, les mantenía vivos más allá de la muerte, les reconciliaba con la vida en un fuego interior, lúcido y bondadoso, que perdona el tiempo e ilumina a la humanidad. Mientras prima Maena perdía su fortuna familiar, palomares de Valladolid y lúpulos de León, verde de la pantalla verde, yo bebía whisky, en silencio, con los muertos parlanchines del Casino de Madrid, calle Alcalá, y de ellos aprendí muchas cosas, por ejemplo a hacer esta novela.

Alguna vez veía yo una cara conocida por el Casino, incluso al bisabuelo don Martín Martínez, del que me ocultaba, pero en nadie veía la pasión suicida de prima Maena. El Casino de Alcalá era un sitio aljamiado de muertos felices, una escritura cuneiforme con signos humanos, que yo leía despacio. De madrugada, prima Maena me devolvía a casa en un simón, en cualquier coche alquilón, y yo la veía tensa, crispada de pérdida o ganancia, por la pasión del juego, que había sustituido en ella la pasión amorosa, al quedarse sin el alemán. Pero la vida me fue más propicia y grata desde que descubrí el Casino de Madrid, pues comprendí que, habiendo dinero, uno no se muere, sino que lo llevan al Casino y allí sigue alternando y todo el mundo se hace el loco, como si no hubieran visto su esquila en el *ABC*.

Por lo demás, los gobiernos de Primo de Rivera se sucedían, ante el descontento del gentío. Don Alfonso XIII, el viejo amor de tía Algadefina, se perdía tras un farallón de militares. Tía Algadefina, más repuesta, había dejado el libro amarillo y francés por el piano, y como he dicho tocaba a Falla, el andaluz en alpargatas que era medio paleta, medio genial. Don Martín Martínez me llevaba a cabalgar con él por nuestras posesiones, los abuelos desaparecían entre el rosario y el Machaquito, y Sasé Caravaggio, de las Caravaggio de toda la vida, salía con un chepudito filósofo y sucio, que tenía unas tierras por Getafe o así, nada. Yo adiviné en seguida que Sasé le iba a hacer mucho daño al chepudito, como lo hacen siempre las mujeres que no aman de verdad, pero esperaba mi momento de ennoviar con la pequeña de las Caravaggio.

Don Pablo Iglesias, un tipógrafo de media capita, como usaban los artesanos, es un tipógrafo que arma la de Dios es Cristo entre el *proletariat* y el lumpen, convocando a las masas a la revolución. Los domingos por la mañana habla en el Retiro, y hasta acude a oírle don Antonio Machado, el ilustre y fino poeta. Cuando muere Pablo Iglesias, en su tumba del cementerio civil, cementerio donde nosotros habíamos enterrado a tanta gente, siempre hay rosas rojas y frescas. La guitarra adolescente de Regino Sainz de la Maza ilustra las sobremesas de mi casa con su arpeggio fino. Victoria Kent es la primera mujer jurídica de España y arma la de Dios en la judicatura. Quiere decirse que la derecha había perdido a las mujeres, lo cual es tanto como perder la España profunda, el matriarcado esencial que es nuestro país. La República llegaría antes o después. La Monarquía misma es una forma secreta de matriarcado implícito. Abd el-Krim da mucha guerra en África. Es un moro fino y perfilero, de mirar esquinado, que quiere acabar con nosotros. Pétain es tradicionalmente un traidor a Francia. Las tías, las madres, las amigas, todo el grupo de las pájaras, me llevaban a ver *El acorazado Potemkin*, película soviética que mostraba cómo el arte y la propaganda podían machihembrarse en una obra. Hoy no volvería a ver esa película ni a costa de mi vida. Qué coñazo. El charlestón era el ritual secreto y tan visible de una sociedad que se estaba sacudiendo de encima muchas cosas, entre otras la dictadura. Pero el charlestón acabó con las tardes del Ritz, que eran zorras, troteras y sentimentales, y nunca se lo perdoné. Yo seguía beneficiándome a la cabra *Penélope*,

con todas sus enfermedades bíblicas, y eso me parecía mejor que ser niño pajillero. La gata *Electra* se quedaba preñada cada tres meses y los gatitos se los dábamos a Paco el jardinero y al servicio en general, para que los cuidasen en sus casas (seguramente los ahogaban dentro de una caja de zapatos con agujeritos para que respirasen).

Me confesé en el desvelo de una noche, que los desvelos son siempre lúcidos, que estaba enamorado de tía Algadefina y que mi impaciencia no cesaría sino poseyendo a la señorita, vicaria de la madre, según Freud, que entonces estaba de moda. Pero la empresa se me aparecía lejana y casi imposible. Tía Micaela (y no cuento aquí la historia del servicio y de los pobres, porque los pobres no tienen historia, aunque a lo mejor después) se había abarragado con un sobrino lejano, Luis Gonzaga, mucho más joven que ella, adolescente, empleado de Banca y campeón de ajedrez en los torneos por barrios de Madrid. Luis Gonzaga era alto, aquilino, bello, delgado, tímido y practicable. Tía Micaela llevaba sus amores en secreto, dado el parentesco y la juventud del sobrino. Hasta que una noche me pregunté, en mis soliloquios, en voz alta:

—¿Es que ninguna mujer de esta puta familia va a emparejar legalmente con un hombre de bien?

Me preocupaba, como al bisabuelo don Martín Martínez, que la estirpe llegase a disiparse en un floreo de especies caprichosas o endogámicas y morganáticas, como las especies reales.

Luis Gonzaga acudía a la Banca todas las mañanas, llevaba sus libros contables con limpieza y puntualidad, y no le habían puesto en el mostrador, en comunicación con los clientes, porque, pese a su buena lámina, era tímido y no tenía nada que decir. Sobre todo, no sabía decir eso que otros menos dotados decían con tanta soltura:

—Don José, con este fuerte talón que usted ingresa, ¿no le interesaría aperturar una cuenta corriente?

A Luis Gonzaga, como a mí, se le atragantaba eso de «aperturar», mala derivación viciosa de apertura, y sólo por esta compatibilidad gramatical ya le sentí amigo.

Luis Gonzaga llegaba todas las mañanas el primero a la oficina, cuando las mujeres de la limpieza aún estaban haciendo su faena, y hasta le decían requiebros a tan esbelto y aquilino joven. Pero él desoía las palabras del pueblo y volvía a limpiarlo todo, cristal de la mesa, lomo de los libros contables, cazo de la lámpara, como si aquellas mujeres no hubieran hecho nada. Luis Gonzaga se había hecho campeón de ajedrez en los Luises de los jesuitas, de donde era educando, con una salve de por medio, a mitad de la partida, y de ahí pasara a campeón regional de Madrid. Prima Micaela se había inventado una pasión loca por el ajedrez, y recibía lecciones de su sobrino, pero en cuanto éste le comía una dama, prima Micaela le decía:

—Esta dama te la vas a comer en la cama.

Y se lo beneficiaba.

Luis Gonzaga trabajaba doce horas diarias en sus libros de contabilidad, salvo una pausa de diez minutos que hacía para comer un bocadillo de mortadela y otra pausa, hacia las dos, para comer otro bocadillo de mortadela. El trabajo en la Banca era tan extenuante como el que hacían los niños y las mujeres en las minas inglesas, pero Luis Gonzaga no tenía sentido social y creía en la verdad jesuítica de que la victoria es del más obstinado, y que, en España, el que resiste gana. Ganar suponía, en aquella cadena bancaria, auge glorioso del capitalismo, hacer más horas, tener más responsabilidades, jugarse el dinero de la empresa, lo cual era siempre arriesgado, y disfrutar a cambio, el trato de don y un sueldo irrisoriamente mayor. Ponían la rúbrica en los tratos más peligrosos, como unos virreyes, cuando lo cierto es que con cada rúbrica se jugaban la vida. Luis Gonzaga, en fin, tenía su liberación en el ajedrez y en su tía Micaela, que le había iniciado en la alcoba antes de tiempo, pero lo justo para

salvar su timidez y para conocer su precio con las mujeres. Sólo que Luis Gonzaga era tímido, católico y sentimental. Por las tardes, después del bocadillo, y por las noches, Luis Gonzaga seguía trabajando en los impagados de la Banca, hasta que, por consejo del confesor de los Luises, decidió ponerle las cosas claras a prima Micaela:

—Tú me quieres, yo te quiero. Sólo nos separa una generación. Pero he leído a Ortega y eso de las generaciones es un convencionalismo. Cásate conmigo, Micaela.

—¿Para qué?

—Para que nuestro amor sea santo.

—Yo es que no creo en los santos.

—Hazlo por mí.

—Ni por ti ni por mi padre. Yo no me someto al yugo conyugal por nadie.

La verdad es que eso del «yugo conyugal» había estado muy bien y acojonó un poco a Luis Gonzaga.

—Digo que te quiero, Micaela.

—Eso ya lo sabía. Pero no es razón suficiente para casarme contigo.

—Dime otras.

—Soy una mujer libre y no quiero atarme a nadie.

—Entonces lo nuestro ha sido una vil aventura.

—Lo nuestro es un mal eterno, Luis Gonzaga.

—Pues casémonos.

—No estoy dispuesta a acatar los preceptos de los Luises, o de los jesuitas.

—Entonces lo nuestro ha terminado.

—Bueno, yo te avisaré a tiempo.

Luis Gonzaga, al día siguiente, lleno de culpabilidad y duda (se había confesado con el padre José Antonio, gran confesor jesuíta), seguía dudando, entre asiento y asiento, de su relación con la tía/prima Micaela. La contabilidad, pulcramente llevada, era una relajación, un respiro; Luis Gonzaga creía más en los números que en las almas.

EL CHARLESTÓN viene a trastornar toda una época, acaba con el vals, la redova y el paso de zorra. El charlestón descoyunta a las mujeres (que siempre lo bailan mejor que los hombres) en un descoyuntamiento alegre, absurdo y un poco circense. El charlestón está pensado para el cuerpo de la mujer, de esquelatura más flexible y graciosa que la del hombre, con lo que ellas lo imponen en el mundo y en Madrid, porque además el charlestón tiene una cosa negroide que le aporta morbo, moda delictiva, y hasta produce una novela, *El negro que tenía el alma blanca*, de don Alberto Insúa, tan barata de precio como de prosa. Otro Franco, Ramón, comandante y piloto, realiza la hazaña aérea del *Plus Ultra* Palos/Buenos Aires, contra la voluntad y las órdenes de Primo de Rivera. Primo de Rivera, el general, el dictador, venía menos por casa, por las pocas esperanzas que le había dado tía Algadefina, pero la hembra tiraba tanto de él, y más si era remisa, que de vez en cuando le teníamos en el cocido de los jueves.

Don José Calvo Sotelo pronto sería el líder de la derecha nacional. Don José Calvo Sotelo, de cabeza noble y un poco excesiva, de fajín, corbatín y otras elegancias, era el jefe del fascismo pacífico, mientras iba surgiendo un hijo del dictador, José Antonio, que era el jefe del fascismo violento, a la manera de las Europas.

El señor Maura, moderado y diabético, dubitativo y liberal, fue un represor durante la Semana Trágica de Barcelona, y un reformista frustrado por el propio rey. El señor Maura iba de bigote blanco y barba recortada, con una mano napoleónica, la derecha, metida bajo la solapa, como Napoleón, aunque lo de Napoleón era una úlcera gástrica y lo de Maura sólo era esteticismo y posturismo de fotografía. Don Martín Martínez no tenía simpatías por Calvo Sotelo ni por Maura. Él, como liberal, estaba más a la izquierda. Don Martín se entendía mejor con Unamuno en sus paseatas por el campo (gran paseador, Unamuno) y en el cocido de los jueves. Doña Emilia, como mujer liberal, estaba en contra de la dictadura «masculinista» (decía ella) de Primo de Rivera. Corría el rumor de que Unamuno iba a ser desterrado por Primo, tras una serie de notas mutuas e insultivas, y el bisabuelo don Martín tuvo la aguda ocurrencia de reunir a los deuteragonistas en un cocido.

—Ya sé que me va usted a desterrar, don Miguel.

—A Fuerteventura, don Miguel.

—Logrará usted vencer, don Miguel, pero no convencer, don Miguel.

—Su actitud frente a España es intolerable, don Miguel.

—Su secuestro de España es intolerable, don Miguel.

—Yo no secuestro España, sino que la administro.

Tía Algadefina cada día tocaba mejor; había asimilado la briosa manera de Falla.

—La administra usted a favor de los de siempre o sea los ricos, don Miguel.

—Se han hecho obras públicas, se ha parado la guerra de África, se ha hecho justicia, se ha pacificado España. ¿Qué más quieren ustedes los intelectuales, don Miguel?

—Su paz es la paz de los sepulcros blanqueados, don Miguel.

—Nunca les faltarán a ustedes frases para todo y para nada, don Miguel.

—Una frase no es una frase si no acuña una verdad, don Miguel.

—Dejémoslo, don Miguel.

—No quiero dejarlo, don Miguel. El que lo deja es usted mandándome a Fuerteventura.

—No me queda más remedio y usted disculpe, don Miguel.

—¿Y por qué?

—Por la salud de España.

—¿Soy una epidemia, don Miguel?

—Es usted un intelectual disolvente, como todos los intelectuales, sólo que el de mayor influencia.

—¿Y no cree usted que puedo ser disolvente en Fuerteventura y disolver Fuerteventura, que también es España?

—Sus bromas no me afectan, don Miguel.

—Es usted un militarote burro, un genio cuartelero, una luz de los patios de armas, don Miguel.

—Todo eso lo va a repensar usted en Fuerteventura, don Miguel.

Toda esta conversación tenía como fondo el piano y la música de Falla, que tía Algadefina, con su inapetencia de tísica y su retiro del general, se había ido a tocar.

El auditorio y los comensales guardaban silencio. El dictador había venido de uniforme y sus espuelas marcaban una masculinidad brillante cuando se trasladó del comedor al *fumoir*. Tía Algadefina fumaba cigarrillos egipcios que le hacían en el Palace.

—Mi exilio no va a sanear España, general.

—Algo ayudará, don Miguel.

—Los pueblos no se sanean por el castigo, sino por el saber, dictador.

—Me gusta que me llame dictador. Napoleón también lo era.

—Pero usted no es Napoleón.

—Ni usted es Goethe.

La despedida de Unamuno, en la estación de Atocha, fue algo muy diferente de la despedida de Rubén. En la despedida de Unamuno hubo como un luto general de estudiantes, revolucionarios, republicanos, fuerzas del progreso, incluso obreros de marazulmahón. Había un silencio de duelo y una lámina de antaño. Unamuno se fue al exilio como se fueran Blanco White o Moratín, aunque luego, desde el exilio, fue tan activo o más que en Madrid o Salamanca. Las de Caravaggio estuvieron en bloque, con Sasé y su nuevo novio, el chepudito Paulino de Nola o algo así, que era un pensador muy unamuniano, y agradeció mucho que Sasé le presentase al maestro. Todas las pájaras de la familia se pusieron sus mejores galas, pero sólo mamá y tía Algadefina sabían lo que representaba aquel hombre: es la flor de la gran España, es el progreso que no se atreve a decir su nombre.

Don Miguel parecía el menos afectado. Reía, sonreía, saludaba con la mano. El general Primo le había desterrado a él, y no a Ortega u otro. Su Yo se roboraba. El intelectual, por muy noble que sea, sólo trabaja en beneficio del Yo. Don Miguel no recibió ramos de flores ni besos femeninos, como Rubén. La mujer ama y entiende el erotismo del hombre. En un cuáquero casto y seco, aunque glorioso, no hay mensajes eróticos que comuniquen con la mujer. Tía Algadefina le amaba como deuteragonista de su incómodo pretendiente, el general, pero del mismo modo que amaba al bisabuelo don Martín. En Atocha, los trenes gritaban, los mozos corrían, los hierros chirriaban, había manantiales turbios de agua caliente y una especie de entierro laico, como los del cementerio civil. Humeaban la paz y la guerra. Unamuno era el único tranquilo y sonriente, ya digo.

Así partió el tren de Atocha llevándose al hombre más grande de España, por designio de un general borrachero. ¿Y cómo iba a arreglarse así la España? Tras la ausencia de Unamuno, un vacío mucho más notable que el vacío que deja un tren, los jóvenes enlutados se dispersaron, las de Caravaggio enjugaron su llanto y se retocaron los labios, Paulito de Nola, o lo que fuera, le dijo a Sasé que tenía contratada una crónica del acto (para un periodiquito sin lectores), y, cuando llegamos a casa, tía Algadefina tocaba a Falla con furia, con genio, con violencia, con desesperación, con ira, con grandeza, quizá como homenaje al exiliado, hasta que le dio la tos y la acostamos.

Primero Raquel Meller y luego Concha Piquer perfumaron toda una época. La Meller era un gorrioncillo de las Ramblas catalanas, algo así como la Edith Piaf española. Conchita Piquer iba de mantilla blanca y barroca, ah el barroquismo de lo blanco, muy en real hembra y con todo el poder, mujer de mirada corazonal, que miraba desde el corazón, quiere decirse, y de mucho abaniqueo. El mocito granadí Federico García Lorca andaba por Madrid echando versos y tocando el piano. Era la revelación de la temporada. Le trajeron a casa las de Caravaggio, que le habían conocido en otra

velada. Estuvo callado y cenceño en el cocido. Tenía aún mucho de provinciano andaluz y además andaba sin despegar los muslos. A las mujeres de la casa les gustó poco y sólo tía Algadefina se dio cuenta de que aquel señorito paleta tenía mucho duende dentro.

—¿Y de dónde dice usted que es?

—Granadí, como es debido, señora.

A los abuelos Cayo y Eloísa les gustó mucho el chico desde que recitara sus poemas religiosos, que tenía hasta villancicos.

—Ya era hora de que trajeseis a casa una persona decente.

Pero Lorca decía el *Romancero gitano* con verba y pasión.

—Recito así mis versos para «defenderlos».

—Ah.

—¿Eso quiere decir que leídos no resultan tan bueno?

—Mejores.

Tenía el don de la réplica. Iba de calcetines a cuadros y pantalón bombacho. El bombacho, aparte estar de moda, disimulaba un poco la fea disposición de sus muslos.

—Y también voy a hacer teatro y a tocar el piano, y hacer títeres y, si es preciso, hasta cantar misa.

Reía sus propias gracias y fumaba sacudiéndose la ceniza hacia atrás, por encima del hombro. Era genial e ignoraba los ceniceros.

—¿Será verdad lo que dicen de que es un poco afeminado?

—Afeminado no se es un poco o mucho. Se es total o nada —explicaba tía Algadefina.

—Pues qué pena de mozo.

—Pero va a triunfar igual. Tiene mucho talento.

—¿Y fue verdad lo de la casada infiel? —preguntaba una de las Caravaggio, arratonada de morbo.

—Verdad y mentira. Pero estuve auxiliado en el trance por mis tres arcángeles: san Gabriel, san Daniel y san Rafael.

—¿Eso es en serio?

—Ellos me hicieron el trabajo, como aquí en Madrid a san Isidro.

Y reía su genialidad. El día en que Margarita Xirgu estrenaba una obra de Lorca en Madrid (a eso había venido él), no le encontraron por parte alguna, y se le buscó con desesperación, hasta que Cipriano Rivas Cheriff, íntimo suyo y quizá cofrade, lo halló, él sabría por qué, en un bar de marineros de Antón Martín, borracho y feliz entre aquellos chicharros vascos.

Federico García Lorca tocó al piano, inspirado, *Los mozos de Monleón*, a cuatro manos con tía Algadefina. Luego firmó en el álbum de las Caravaggio, con su firma elaborada, de efe muy alta, ge muy hacia abajo y ele también muy alta. Era ya otra generación y su ingenio daba menos juego que el de Unamuno o Valle-Inclán. Luis Gonzaga se levanta temprano todas las mañanas, hacia las ocho, para afeitarse pulcramente con la navaja barbera que fue de su padre. Una navaja grande, atroz, vieja, campesina, como de rapar barbas a los labrantines que se afeitan una vez por semana, o sea el sábado, antes de remudar. Luis Gonzaga apenas tiene barba, quiere decirse que es barbilampiño, o casi, y por eso precisamente se afeita mucho, a ver si con el estímulo crecen los pelos. Luis Gonzaga no soporta bien las bromas de Micaela, su amante, amiga, tía, prima, lo que sea, sobre su falta de barba, y espera que con los años le crezca más. Luis Gonzaga, esta mañana, al terminar el afeitado, limpia la navaja minuciosamente, como siempre, pero no la deja en el anaquel, sino que la porta consigo, en un bolsillo interior de la chaqueta, donde le abulta un poco, porque el arma es enorme. ¿Arma? Bueno, llamémosla así.

Luis Gonzaga hace su trabajo minucioso en el Banco, con letra clara y números limpios, cuidando los libros como si fueran códices y convirtiendo cada asiento contable

en una obra de arte. Sale del Banco a la hora puntual, ni más ni menos, y se dirige al Casino de Madrid, donde se viene librando un importante campeonato de ajedrez, y donde Luis Gonzaga es figura.

Cuando Luis Gonzaga está en plena partida, y va ganando, se presenta Micaela a buscarle, como habían convenido, y le dice por señas que le espera en el bar. La presencia de Micaela siempre trastorna un poco al joven, de modo que tiene que repensar la jugada para no mover un alfil en falso. Al cabo de una hora gana la partida (a un jovencito alopécico, lento y muy brillante) y se perfila como campeón regional, ya veremos.

—Micaela, si gano el campeonato regional te casas conmigo.

—Que yo no me caso, Luis Gonzaga. Te amo, pero soy una mujer moderna y libre que baila el charlestón.

—Yo esta situación ya no la aguanto más. O nos casamos o no sé. ¿Sabes que un novio de Sasé Caravaggio se suicidó en la pensión porque Sasé le dejó por un pintor gitano?

Micaela bebe un whisky y Luis Gonzaga bebe agua medicinal.

—Sí, lo sé de sobra. Estuve en ello. Pero tú no te vas a suicidar.

—¿Me falta valor?

—Te falta barba.

El muchacho se crispa con la temida alusión de su amante, que le lleva unos años.

—Mira.

Saca la navaja y se la enseña. Micaela pega un respingo de susto y luego se mete medio whisky.

—¿Y adónde vas tú con eso?

—Era de mi padre. Y de mi abuelo. Es lo que uso para afeitarme todos los días.

—¿Y con eso te vas a suicidar? El de la Caravaggio, por lo menos, no dejó sangre.

Luis Gonzaga había vuelto a guardarse la navaja y bebía agua medicinal.

—Un hombre que bebe agua medicinal no se suicida, Luisito. Sólo has traído la herramienta para asustarme.

Pero Luisito Gonzaga tenía una expresión reconcentrada, ceñuda, cenceña. Ella le preguntó, asustada:

—¿En qué piensas, amor? Deja ya el suicidio.

—Pensaba en la última jugada que le hice a ése. Podía haberle ganado por jaque mate.

—De todos modos le has ganado.

Y Micaela respira aliviada. Este niño no tiene más que dos pasiones: el ajedrez y follar conmigo, que es que le tengo encoñado. Este mierda qué leches se va a matar.

—Micaela.

—Qué.

—Si gano el torneo regional nos fugamos.

—¿Adónde, loco?

—Adonde tú quieras.

Micaela lo piensa despacio. Una fuga de ida y vuelta. Éste no es capaz de jugarse el destino en el Banco. Bueno, puede ser una aventura bonita. Y corta.

Luis Gonzaga, con aplicación y oraciones, ganó el torneo regional y Micaela y él se largaron, sin decir nada a nadie, ni apenas equipaje, por la estación del Norte. Micaela tuvo un sobresalto cuando en la maleta de su amor vio, entre los calzoncillos y los calcetines, una navaja, la atroz y dúplice navaja de afeitarse. Sólo que la cosa ya no tenía remedio, porque estaban en una fonda, en Palencia.

—¿Pero adónde vas tú con eso, mi niño?

—Yo es que me afeito todos los días, aunque tú no lo creas.

«Claro, perdona, no había caído. Ya sabes que no tengo intimidad con hombres.»

Micaela se dispuso a disfrutar tranquila de los encantos de Palencia, si es que tenía alguno la ciudad, e incluso se deleitaba ya por adelantado con el escándalo de Madrid, a la vuelta, con lo teatreras que eran las de Caravaggio, niña Micaela se ha fugado con un adolescente, niña Micaela se ha fugado con un adolescente, o les casamos en seguida o Micaela está prejuiciada. Algo así. De todos modos, Luis Gonzaga, después de rezar tres avemarías, aquella noche, degolló a Micaela rebanándole su largo y hermoso cuello vibrátil con la navaja del padre y del abuelo, con la recia y grandiosa herramienta campesina de rapar barbas de una semana. Se puso todo perdido de sangre y fue un escandalazo. Micaela estaba en picardías de dormir, muy parisién y muy presentable. Aún tenía los estrellados ojos abiertos y un guardia municipal se los cerró. A Luis Gonzaga le metieron en la cárcel para siempre, o sea hasta que saliese la sentencia de muerte, y en la cárcel enseñó a jugar al ajedrez a todos los presos y descubrió que el amor de los hombres era más seguro y menos exigente que el de las mujeres, de la familia o no de la familia. Todos esperábamos con impaciencia la ejecución de Luis Gonzaga, como una boda o un bautizo que no había que perderse. ¿Garrote vil, fusilamiento, silla eléctrica? Pero en España no había silla eléctrica, qué bobada, eso era de haberlo visto en las películas. Lo más bonito era la horca, decían las de Caravaggio.

El bisabuelo don Martín Martínez lo dijo una mañana:

—El jueves, que no venga nadie de fuera al cocido; tenemos que hablar en familia.

Esto no era la primera vez que se producía, de modo que unas pensaron que don Martín nos iba a hacer una vez más el balance de las cosechas y otras que quería poner su última palabra sobre los últimos sucesos de la familia, como la muerte por degollación de prima Micaela, y la conducta a seguir. De modo que el jueves se abrió la sesión, el abuelo Cayo bendijo la mesa, empezamos con el cocido y don Martín lo anunció:

—Querida familia, estamos en la ruina.

Hubo un duro silencio que luego se resolvería en comentarios mezclados, ruidosos, incomprensibles, para volver al silencio expectante, como un mar que se calla y de nuevo grita:

—Os voy a decir lo que nunca os he dicho, porque tampoco importaba. Durante toda la Grand Guerre he estado vendiendo mulas pardas a los franceses. Hemos hecho una fortuna.

—¿A los franceses masonazos? —intervino abuela Eloísa, que era muy politiquera.

—Ni todos los franceses son masones ni todas las mulas son pardas.

—Estamos en pecado mortal y todo tu dinero es estiércol del diablo, papá Martín.

—Ya quisiera yo dinero, aunque fuese del diablo.

—¿Y adónde ha ido el de las mulas?

—Que lo diga sobrina Maena.

Sobrina Maena, con su pelo en bandos y su hermosísima raya al medio, bajó la cabeza de Cléo de Mérode sobre el plato de sopa.

—Que lo cuente el bisabuelo, mejor que yo.

—Sabéis que sobrina Maena, desde que le mataron a herr Armand, se ha refugiado en el juego, en la ruleta del Casino. Mejor me parece eso, y más casto, que andar deshonrando el nombre de la familia con aventuras locas, como otras, para acabar desollada, y no necesito citar a sobrina Micaela. Así las cosas, yo le iba dando a sobrina Maena todo el dinero que perdía a la ruleta del Casino de Madrid (también yo he perdido mucho), y a la banca y puntos. No me dolía ese dinero porque quiero a sobrina Maena como os quiero a todos y a todas, y mayormente porque los francos franceses iban entrando en casa y las mulas seguían saliendo por la frontera. Ahora, la Grand Guerre se acaba (esperemos que sea la última de la Historia), y echando cuentas, no me cuadran el debe y el haber. Sobrina Maena ha perdido y yo he gastado

mucho más de lo que los franchutes han pagado, mayormente teniendo en cuenta que el franco francés de la guerra no va a valer nada en la posguerra.

El bisabuelo don Martín Martínez, no se sabía por qué, hablaba de pie, con el purito en una mano y el pulgar de la otra engatillado en la sisa del chaleco. Por supuesto, no probó el cocido. Sólo chupaba de vez en cuando un tinto de Cigales.

—Eso nos pasa por traficar con los masones, papá —se aseguraba abuela Eloísa.

—Calla, hija, coño, y déjame seguir.

Ante el «coño» del bisabuelo, algunos se persignaron.

—Hay más de lo que digo. Por tierras de León, donde tanto tenemos, se me insubordinan los braceros. Hablan de ir a la huelga si no les subo las peonadas. ¿Recordáis lo que me dijo aquí un jueves don Miguel, hoy en el exilio, a propósito de las huelgas industriales? «Un día, don Martín, se le levantará un bracero. Usted es un señor de horca y cuchillo.» Sabéis, hijas e hijos, nietos, sobrinos, sobrinas, primas, familia toda, que yo no soy un señor de horca y cuchillo, pero estamos en junio y corremos peligro de que este año no nos hagan la recolección los braceros y peones leoneses. De allí vengo un par de días.

Se profundizó el silencio de la familia. Mamá me cogió una mano y tía Algadefina la otra, como para confirmarme que allí no pasaría nada.

—Ahora, familia, podemos comer tranquilos, en paz y en gracia de Dios. Si la pobreza nos acosa, sabremos resistirla cristianamente. Pero aquí me tenéis a mí, bisabuelo a los cincuenta años, para seguir defendiendo la justicia y la tierra de los Martínez, hasta la muerte.

Se reanudó la comida con el parloteo y el comistrajeo habitual en aquel matriarcado. Luego, en el *fumoir*, don Martín me llamó inesperadamente aparte y me dijo:

—Francesillo, como hijo de mi nieta más inteligente y sabia, quisiera iniciarte en esto y llevarte conmigo al Casino, a la tertulia, para que aprendas algo. Vístete de hombre, que nos vamos.

Me alegró y me asustó la confianza del bisabuelo. Me vestí de hombre y mamá me dio un toque de sobriedad y tía Algadefina un toque de frivolidad con un perfume parisino.

—Que se lleva con él a Francesillo a la tertulia del Casino.

Don Ramón María del Valle-Inclán no iba tanto a la tertulia del Ateneo como han dicho sus biógrafos, sino que frecuentaba mucho la tertulia del Casino, después de comer, tertulia señorial, tradicional, elegante y a media voz, que enaltecía las salidas del escritor. Intervino en seguida el bisabuelo:

—Queridos señores: la Grand Guerre toca a su fin, los negocios de la España con la Francia se terminan. No van a entrar más francos en España. España se empobrece. Por otra parte, el liberalismo francés favorece las huelgas y los levantamientos artesanos. Nuestra economía pelagra, y la de cada uno de nosotros también.

En seguida saltó nuestro amigo Valle-Inclán:

—Siempre le dije a usted, don Martín, que era un señor feudal. Yo me alegro de que gane Francia frente a ese teutón ruidoso llamado Wagner...

—Esto no es una cuestión de ópera, don Ramón.

—Todo en la vida es una cuestión de ópera, don Martín. La vida no ha superado nunca el melodrama de la ópera. La palabra «melodrama» sólo quiere decir drama con música. En la vida no hay música, pero hay melodrama.

—¿Y nuestros negocios con Francia?

—Prefiero que pare la guerra a que sigan los negocios.

—¿Usted no era francófilo, don Ramón?

—Pero nunca he tenido mulas pardas que venderles a los franceses.

—Le perdono la alusión.

—Está perdonada.

—Las peonadas de León se me levantan en huelga. La revolución nos viene de

Francia, como siempre.

—La revolución viene con el siglo, don Martín, y le va a costar a usted mucho pararla.

—Pero yo soy un liberal...

—Un liberal de Casino. Yo soy un escritor que se muere de hambre por contar artísticamente la avilantez de Isabel II.

—Usted, don Ramón, siempre ha tenido una sinecura oficial.

—Lo justo para echar de comer al gato. ¿Es que usted no ama a los gatos?

El bisabuelo, don Martín Martínez, se había puesto en pie, como en casa. Los ilustres ancianos de monóculo y artrosis asentían a sus proclamas. Pero don Ramón María del Valle-Inclán, fumando su pipa de kif, le llevaba la contraria. Don Ramón, de vuelta de sus carlismos estéticos, estaba hecho un ácrata republicano y confuso a quien nadie entendía.

—Mi sobrina Maena y yo, juntos o por separado, hemos invertido en la ruleta de este Casino todo lo que nos parecía sobrante de los beneficios de la Grand Guerre, gran negocio para España. Pero la Grand Guerre se acaba, las masas se levantan en Barcelona, la dictadura de Primo se agota y yo, como tantas familias, me encuentro al borde de la quiebra.

Don Ramón cuida su melena larga. Don Ramón atusa su barba llena de flores de santidad. Don Ramón fuma su pipa de kif o sus cigarrillos egipcios del Palace, cigarrillos de *cocotte*, y le dice a don Martín:

—Si usted y su sobrina lo han tirado todo en la ruleta, allá ustedes. Eso no tienen por qué pagarlo los pobres de León. Si usted entendió la Grand Guerre como un negocio, como un tratante en mulas, peor para usted. Lo que se jugaba era el porvenir de la cultura y de Europa, que sigue resumiéndose en Francia. Las masas industriales se levantan en Barcelona con toda oportunidad, y si las masas campesinas se levantan en León, me da usted una buena noticia, don Martín. La dictadura de Primo, ese cabo de varas, efectivamente se agota. Dio todo un golpe de Estado sólo para llamarme a mí «extravagante». Bueno, ya ha cumplido, ahora que se vaya. Usted, don Martín, dice que se encuentra al borde de la quiebra. Yo, escritor genial y pauperizado, como he vivido siempre al borde de la quiebra, o en la quiebra misma, encuentro eso incluso confortable. Le aseguro que al borde de la quiebra también se está bien.

El bisabuelo me llevó luego al Retiro, me llenó de barquillos y hasta remamos un poco en el estanque, pero yo le veía preocupado y distante. Por el paseo de los novios pasaron Sasé Caravaggio y su novio Rupertito de Nola o como rayos se llamase, filósofo y chepita. Estuve un rato haciendo manitas con la gorda cubista, mientras el chepa fumaba en pipa a distancia. Le regalé a Sasé unos barquillos, unas obleas, unas flores. «Ésta se la quito al chepa», me dije. Paseamos por el paseo de coches en calesa propia, al bisabuelo le saludaba todo el mundo, y volvimos a casa optimistas, alegres, tranquilos, un poco borrachos de gaseosa.

Éramos pobres, la guerra nos había hecho ricos y pobres, según el bisabuelo, y vinieron las restricciones, que cada cual interpretaba a su manera. El propio don Martín Martínez vendió algunos caballos y jugó menos a la ruleta en el Casino de Madrid. Los abuelos Cayo y Eloísa, como vivían en la Tebaida, o eso creían, no renunciaron a nada, ya que su anís Machaquito era el chocolate del loro, y lo compraban con sus propios recursos, jubilación municipal del abuelo como consumidor, pequeña renta en vida que don Martín le dejaba a su hija mayor, o sea abuela Eloísa. Las tías, madres, primas, sobrinas, suprimieron algunas plumas de sus sombreros y una vuelta a su collar de perlas, y ya sólo iban al Ritz y al Palace cuando las invitaban, o sea como antes. Tía Algadefina se tendió en su hamaca, con el inseparable libro amarillo y francés, no a curarse la tisis, sino a curarse la pobreza. El *ABC* valía cinco céntimos en toda España, desde que apareció, el 1 de enero de 1903, y se anunciaba en un cartel expresionista que no acababan de entender sus lectores, en principio de

derechas. Y es que el *ABC* tenía propósitos más ambiciosos que servir a cuatro marquesas, callado talento periodístico, político y social de don Torcuato Luca de Tena. Prima Maena miraba por el *ABC* las bodas y fiestas sociales, a las que ya nunca iba. Los abuelos miraban por el *ABC* las esquelas, siempre con la alegría de encontrar algún conocido. Mamá leía en *ABC* los artículos de tercera página, o sea la literatura, y tía Algadefina no leía periódicos en absoluto: ella, con su Montaigne, vivía en lo eterno.

Doña María Guerrero triunfaba en los teatros de Madrid. Era la Sarah Bernhardt española. Carlos Gardel trajo a España el tango porteño y canalla. Prima Maena y las de Caravaggio lo bailaban en los grandes hoteles, como el lamento sentimental de una familia que se había quedado en la miseria (ellas no entendían de términos medios). María Luisa, roja y naranja, descotadísima, bailaba con cualquiera y cualquier cosa. El abandono de Machaquito no lo iba a superar nunca, y era una mujer camino de lo peor. Vázquez de Mella aleccionaba a las derechas, les daba una ideología que no tenían, y Vázquez Díaz principiaba a hacer cubismo figurativo en Madrid, para cuatro modernos y esnobs. Se descubre el bisonte de Altamira y por los veranos resulta de buen gusto ir a Santander a visitar la cueva y, de paso, darse unos baños desnudos, fríos, salobres y misteriosos en el Cantábrico, que es ya, casi, el mar del Norte. Un amigo de Lorca, el jovencito ambiguo y genial que había pasado por casa, hace una película con un aragonés, *El perro andaluz*, de la que lo único que recuerdo, a la salida, es la disección de una pupila humana por una navaja, porque la imagen la relacioné con la degollación de prima Micaela por Luis Gonzaga. ¿Le habría cortado también los ojos Luis Gonzaga, el congregante de los Luises, a prima Micaela, una vez muerta? No, porque los periódicos dijeron, como ya se ha contado aquí, que los tenía abiertos, estrellados y azul claro, hasta que se los cerró piadosamente un guardia municipal. Gracias a Dios. A Josefina Baker, como es negra, o sea que no tiene alma, se le permite bailar desnuda en Barcelona.

Perseguía yo por las revistas y los periódicos las fotos y los desnudos de Josefina Baker, y entonces descubrí que era racista. No me gustaban las negras. Las negras me olían a lo negro, y odié el pubis rizado, la permanente de su vello sexual. Soy ario de padre y prefería la desnudez blanca de las rubias, su pelo de trigo destefinado, su pubis de hilos rubios y musicales, su limpieza natural, que viene del principio de las etnias. Como todavía no se había inventado el fascismo, me libré de ser fascista, pero estuve a un paso. Si yo amaba en secreto a tía Algadefina era por su origen trigüeño, por su alma de oro fácil, con temporadas desconcertantes de caoba, por sus ojos de plata con fuego y por su piel lavada en los nobles lavaderos de la prehistoria. Josefina Baker, en fin, no me gustó nunca. El bisabuelo don Martín Martínez, ante la caída de la venta de mulas, el final de la Grand Guerre y la dictadura de Primo, se movía mucho por Madrid, buscando nuevas salidas para su capital agrario, imposibles salidas en una Europa que se perfilaba industrial. Entonces sí que empecé a quererle. Detrás de todas aquellas plumas y lujos de la familia estaba él, como un patriarca de la Biblia, pero sin decir nada nunca, salvo aquel cocido en que nos advertiera de ruina. Las cartas y postales de don Miguel de Unamuno llegaban de vez en cuando, desde Fuerteventura, con un oreo de mar y esperanza del hombre indestructible que quería enfrentarse a toda la España de los militares y los ingenieros. «Al agua con los ingenieros», había escrito en su *Vida de don Quijote*.

—Don Miguel volverá —dijo un día bisabuelo Martín en la mesa—, la libertad y la verdadera España volverán con él.

—¿Y entonces volveremos a vender mulas a los franceses, bisabuelo?

—No es eso, no es eso.

Lo que don Martín esperaba de Unamuno era una España republicana, liberal, moderna, sin cirujanos de hierro, aunque Primo sólo era un cirujano de estaño. Luego,

con los tiempos, con los siglos, veríamos que don Miguel apostaba por otro cirujano de hierro, mucho peor que Primo, pero eso ya queda fuera, me parece, de la verídica historia de esta novela.

—Los borbones están al caer, don Martín —decía Valle-Inclán en el cocido de los jueves—. Después de la experiencia militarista, a Alfonsito no le queda porvenir. Berenguer va a ser un error, y no hablemos de otros.

El bisabuelo prendía un caliqueño (bisabuelo a los 50: en mi familia se principia a follar muy joven).

—¿Anuncia usted una Segunda República, don Ramón?

—La anuncio y la pregono. La Europa democrática de los vencedores, de los aliados, no permite otra cosa.

—Pero usted era monárquico, don Ramón...

—Monárquico, no. Carlista. El carlismo es una anarquía de derechas y ahora he pasado a la anarquía de izquierdas. Por eso estoy escribiendo *El Ruedo Ibérico*.

No le entendíamos muy bien, pero en la casa quedaba el rastro de su verbo florido, de sus verdades fijas y estallantes, de su dandismo callejero y sus botines de piqué impecables, que acompañaban su paso, ya se ha dicho aquí, como dos cisnes modernistas.

Cristo Pérez, Sandeces, de los Pérez de la familia, primo de primos lejanos y cercanos, tenía las orejas grandes, fumaba puro y decía «dilapó» por dilapidó.

—Abuela Eloísa heredó un fortunón de su madre, pero lo dilapó con los frailes.

—Claro, es lo que pasa.

—En esta vida, si no andas con ojo, todo se dilapa.

Cristo Pérez, Sandeces (él admitía que le llamasen Sandeces), casó con Jacinta, una mujer humilde, sencilla, pequeña y dulce, que tenía una tienda de quincallería antigua por la calle de Postas o por ahí. Cristo Pérez, Sandeces, hizo grandes innovaciones en la industria de la quincallería, mejorando el negocio (cuyo sostén firme seguía siendo Jacinta), y, mayormente, yéndose a Barcelona dos o tres veces por año, para importar las últimas modas de París en quincallería. Lo que pasa es que la parroquia seguía prefiriendo lo antiguo. Cristo Pérez, en cuanto tuvo dos hijas con Jacinta, comprendió que a él quien le gustaba era la hermana de Jacinta, o sea la cuñada, Juana, una solterona de carnes prietas y carácter arriscado. De modo que Cristo Pérez, Sandeces, que iba siempre a las claras, se lo explicó a las dos, en la trastienda, después de cerrar, en un anochecer de Madrid que hoy llamaríamos galdosiano, y ambas aceptaron, Jacinta por resignación cristiana y Juana porque le convenía.

Y aquí tenemos planteado, en el viejo Madrid, un *ménage à trois* que funcionó toda la vida divinamente, sin palabras en francés ni nada. Nunca sospecharon ninguno que la cosa, en francés, se llamaba así. Jacinta era la esposa leal, la legítima, la presentable, pero a los viajes a Barcelona, a buscar mercadería de París, Cristo Pérez, Sandeces, se iba con la cuñada.

Cuando las dos niñas iban creciendo, hubo que explicarles que mamá Jacinta era imprescindible para la tienda, mano de santa para vender, y que tía Juana, en cambio, era de mucha utilidad en los viajes, pues hasta había estudiado un poco de francés, que venía a ser muy parecido al catalán. Las niñas lo entendieron con toda naturalidad y la cosa funcionó muchos años. Un día se presentó Cristo Pérez, Sandeces, en nuestra casa, a ver al bisabuelo don Martín Martínez, que no quería saber nada de tan remoto y sandio sobrino. Pero le recibió.

—Verá usted, don Martín, ya sabe que mi industria es próspera.

—¿Has venido a hablarme de quincallería, Sandeces?

Estaban en el *fumoir*. Don Martín fumaba los cigarrillos de *cocotte* que le regalaba Valle-Inclán, y Cristo Pérez, Sandeces, fumaba un purazo negro y malo, insoportable, que llenó la casa de olor a estación.

—En Madrid todo se sabe, bisabuelo, y sé que está usted en la ruina. Se acaba la guerra, se acaba la dictadura, se acaban las mulas, se acaban los negocios, y encima la cuestión social, que no se me oculta que los braceros se le han levantado por León.

—No comprendo dónde quieres ir a parar, Sandeces, pero te ruego que abrevies.

—Así me gusta. De hombre a hombre. Le ofrezco a usted, don Martín, un préstamo al veinticinco, más barato que cualquier Banca, por el tiempo que haga falta. La quincallería, la verdad, nos está dando dinero.

Don Martín pensó primero en echar a aquel imbécil a la calle a patadas, arrancándole el puro barato y los dientes, más la pelambreira que le salía de las orejas. Pero don Martín probó un chupito de su coñac francés, se lo pensó no dos veces, sino doscientas, en un minuto, y le dijo al remoto sobrino:

—Gracias, Sandeces. Te acepto cien mil reales ahora mismo, al veinticinco, sin fecha de cancelación, y sin que me des demasiado la lata ni aparezcas mucho por esta casa.

Cristo Pérez, Sandeces, se quedó frío, perplejo, asombrado, pasmado, y le firmó un cheque cruzado y un contrato abierto al bisabuelo, porque aquello era para él la culminación de su vida: hacerle un préstamo al viejo patriarca que siempre le había ignorado. Cuando Cristo Pérez, Sandeces, se fue de la casa sin que ninguna de las tías, primas, sobrinas, etc., se dignase aparecer ni saludarle, don Martín reunió a toda la familia y nos explicó:

—Cristo Pérez, Sandeces, un primo de los Pérez, de quien quizá ni os acordáis, y que es lancero, acaba de entregarme cien mil reales porque le parece que con eso me humilla y engrandece su persona ante mí. Estamos salvados, familia, salvados por un imbécil, pero en fin.

De modo que lo celebramos, bebimos todos champán francés y tía Algadefina tocó un rato el piano, cosas alegres, como *Orfeo en los infiernos*, de Offenbach. Pero don Martín no era partidario de deudas ni créditos, creía poco en la Banca, y quería sacarnos de la ruina mediante la ruleta, en la que alternaba mucho con prima Maena, su bella sobrina, la *viuda* de herr Armand, el alemán asesinado.

Yo iba algo por allí, por la ruleta del Casino, y vi cómo el bisabuelo perdía los cien mil reales de Cristo Pérez, Sandeces, y no decía nada en casa. Prima Maena también perdía lo suyo, y ambos lo remediaban con la bebida, sólo que al bisabuelo, que era un hombrón, no se le notaba nada cuando volvía a casa, y a prima Maena tenían que sacarla los ujieres, entre tres, hasta un coche de caballos. La vida es así. Don Martín era partidario de la ruleta, para salir de la ruina, y los abuelos Cayo y Eloísa eran partidarios de la oración. Reduplicaban sus rosarios pidiendo al cielo mercedes, las que se merecían por la piedad de la familia.

Prima Maena, comida por el juego, verde y vieja, sin la belleza griega que enamoró a herr Armand, anduvo por los casinos de Europa, cuando ya no tenía crédito ni entrada en el de Madrid, hasta que un día, con una pistolita de plata y juguete, que llevaba siempre en el bolso de malla del dinero y las fichas del juego, se pegó un tiro en la Puerta del Sol, de madrugada, y los bohemios y los sablistas y los poetas la velaron toda la noche, sin avisar a nadie.

—Y qué guapa que es la dama.

—Una gran señora.

—Venía del Casino.

—En el bolsero no tiene un real.

—La pistolita es de juguete.

El municipal se acercaba por allí.

—¿Está muerta?

—Está dormida, un respeto.

Y así la tuvieron toda la noche, bebiendo y cantando en torno de ella, en un funeral alegre y a la intemperie, elogiando el óvalo de su rostro y el poder de sus formas.

De madrugada, cuando todos se iban a dormir, el servicio público la recogió con el último tranvía. Nos la trajeron a casa y aquí hubo consternación, espejos, llanto y miedo. La velamos todo el día y vinieron las visitas. Don Martín, verde asimismo del tapete verde, apareció tarde, sombrío y hombrón. Yo lo miraba todo y veía que aquella familia, que era la mía, se venía abajo.

Cristo Pérez, Sandeces, apareció a la media tarde, cuando todos estábamos ya borrachos de muerte y mistela, para decirle a don Martín que él no le había prestado los cien mil reales para que se los jugase a la ruleta. Don Martín le cogió por la ropa con la mano izquierda, le abofeteó con la mano derecha, le arrastró escaleras abajo y le arrojó a la calle, entre los golfos y las putas.

—¡Pero me debe usted cien mil reales, don Martín! —gritaba Cristo Pérez, Sandeces, mientras se alejaba sacudiéndose la culera del pantalón.

DON TORCUATO LUCA DE TENA saca periódicos y revistas que todavía duran. Resulta ser el periodista con más visión de futuro y de España (y del periodismo en España) entre todos los que pululaban. El jazz negro y sexual reúne al hombre con la mujer en cópulaailable. Santiago Rusiñol pinta y escribe. Su Aranjuez ahí ha quedado. Viene de Barcelona, a temporadas, y cuando muere, me parece que aquí en Madrid, se da su cuerpo desnudo, tendido, como un álamo blanco y florecido. Dalí expone por primera vez en París. Intima con García Lorca en Cadaqués (su amistad venía de la Residencia de Estudiantes). Lorca se enamora del bello y aceitunado Dalí, y Dalí accede por amistad. Dalí, a más de un pintor genial, dueño del surrealismo, es uno de nuestros grandes prosistas de vanguardia, en catalán/castellano/francés. Pero Dalí no es homosexual y lo dejan nada más empezar.

—Dejémoslo, Federico, *vosté*, es que me hace daño.

Y ahí termina la historia.

Don Martín Martínez, perdidos a la ruleta los cien mil reales de Cristo Pérez, Sandeces, inicia toda clase de negocios, incluso una reforma agraria que beneficia a todos, braceros, colonos y amos, pero no funciona, no la entienden. Abuelo Cayo y abuela Eloísa siguen siendo partidarios de la oración (y del anís Machaquito) como remedio a la ruina familiar. Prima Maena fue enterrada como es debido en la catedral de la Almudena, aún sin terminar, pero que ya admitía enterramientos, según el precio. A mí la catedral me pareció espantable, anduve entre las ruinas inversas de lo inacabado y me prometí llevar flores de vez en cuando a prima Maena, por lo bella y pasional que había sido, aunque me repugnaba estéticamente el sitio. Prima Micaela había sido enterrada de manera más sencilla, tan sencilla que ni siquiera lo cuento aquí, en esta crónica de los grandes fastos de la familia. Mamá seguía con su literatura (mamá era literata) y conversaba con la Pardo Bazán, en el cocido de los jueves:

—A mí me gusta mucho lo que usted hace, doña Emilia, pero la nueva generación estamos con Rubén.

—Rubén no son más que palabras y la quemará a usted, jovencita.

—Es que yo creo en las palabras.

—Y yo. Pero la palabra al servicio de algo.

—¿Y por qué no la palabra por la palabra?

—Eso es esteticismo decadente, aristocratizante.

—Usted es aristócrata, doña Emilia.

—Si se va usted a poner insolente, joven, mejor que lo dejemos.

Mamá había escrito un poema modernista que se llamaba *Abrojos*, y nunca la vi tan brillante como aquel día (había probado el coñac francés del bisabuelo).

—Perdón por la insolencia, si la hay. Pero me estoy limitando a exponer mis puntos de vista.

—Que no son los míos.

—Usted odia el modernismo, doña Emilia.

—El modernismo me parece decoración.

—Rubén renueva la vieja literatura española.

—¿Yo soy vieja? Ya sé que Rubén estuvo novio de su hermana Algadefina.

Esta alusión sirvió para que tía Algadefina saltase como una tigresa elegante:

—Rubén trae la modernidad, la novedad, el mundo, el futuro, la salvación del castellano. Usted y Galdós son todavía siglo XIX, y lo peor de este siglo.

Doña Emilia se colocó los binóculos.

—¿Y quién es esta jovencita?

—Lo sabe usted de sobra, doña Emilia, y acaba de decirlo. Estuve novia de Rubén, pero, aparte eso, leo a los franceses, a Laforgue, y creo que ustedes, los naturalistas decimonónicos, no tienen nada que hacer.

Tras lo cual, doña Emilia tuvo una alferecía, los criados le trajeron sales y se terminó el

almuerzo y la tertulia. Doña Emilia, en sus ausencias mentales, se ponía más asalmonada y vieja de lo que era, aunque luego quedó tersa, tranquila, como los muertos, y revivió, como suelen hacerlo los muertos:

—Que me perdone esta familia si he dicho alguna impertinencia.

—Está usted perdonada, doña Emilia, e invitada al próximo cocido.

—Yo comprendo que el modernismo deslumbre a los jóvenes, como toda novedad, pero la edad les hará volver a la realidad cruda de la vida, como a mí.

—Sin duda.

Había leído yo en Larra *El castellano viejo*, y la burla que hace de la invitación a cocido, pero veía claro que los cocidos de nuestra casa eran mucho más intelectuales, sutiles y literarios que los de Larra.

Mamá publicaba poemas en los periódicos modernistas, y eso me decidió a mí a ser escritor. Jacobo Pérez, de los Pérez de la familia, era un hombre de ala baja, ojos dorados y nobles, feo y macho, ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, solterón cuarentón, devorado por su madre, tía Remedios, hermana de abuela Eloísa. Todos eran Pérez y todos eran hermanos, primos, consanguíneos. Jacobo Pérez tenía la voz hosca y cordial, hostil sobre un fondo dulce, entrañable, pacífico. Jacobo Pérez, una autoridad en provincias, había venido a Madrid a hacer unas grandes obras por cuenta de la dictadura de Primo. Jacobo Pérez no iba a misa, era inteligente, callado y jugador, pero tenía un sentido sagrado de su profesión.

—Algadefina, he aceptado este encargo por tres razones.

—La primera.

—Porque es un bien nacional. Un acierto del dictador, al que odio, aunque tú hayas salido con él.

—En provincias os enteráis de todo.

—No tiene importancia.

—La segunda.

—La segunda, porque en Madrid hay muy buenas corridas de toros y tú sabes que los toros son mi pasión. Aquí están Joselito y Belmonte.

—Y la tercera.

—La tercera, porque estoy enamorado de ti.

—Somos primos hermanos. Somos Pérez. Lo nuestro sería incesto.

—Ni tú ni yo creemos en el incesto.

—Yo te quiero, primo Jacobo. Yo te admiro como hombre y como primo, pero quiero permanecer soltera y libre para toda la vida. No me voy a casar contigo para luego traicionarte.

(Mentira lo de los toros: la gran pasión de Jacobo Pérez era el juego, la pasión destructiva de toda la familia, que acabaría con sus ganancias de ingeniero y con la fortuna de su madre, tía/abuela Remedios, la más rica del clan.)

Otra cosa que no le dijo tía Algadefina a primo Jacobo es que temía a la tía/abuela Remedios, avarienta, tiránica y confusa, que tenía vampirizado a su hijo y contaba el tesoro familiar en duros de plata, que luego enrollaba en papel de estaño, como salchichones.

—Algadefina, olvídate de todo, menos de mí.

—No me olvido de nada, salvo de ti.

—¿Por qué?

—Porque no me conviene. Qué diría el Papa. Dos primos hermanos.

—Estás jugando conmigo.

—Perdona. Es la manera más fácil de decirte que te quiero pero no te amo.

—¿Llegarías a amarme?

—Sí. Pero ya te he dicho que quiero ser libre y no rendir cuentas a ningún hombre. Además, me voy a morir en seguida.

—Lo tuyo no es nada.

—Lo mío es la tisis.

—Estás muy guapa.

—Gracias.

Tía Algadefina seguía en la tumbona, con el libro en el delgado regazo. Primo Jacobo se fue, noble, seco y duro, ¿quizá un poco cojeante?, pero prometió volver. Yo, en el jardín, trataba de tener relaciones con María, que tenía un perfil clásico y una hermosa trenza, pero ella seguía en hija de los vinculeros, en presa de los señoritos, y eso no le gustaba. La gata *Electra* se subía a las palmeras. Yo fornicaba con la cabra *Penélope*, que parecía incluso agradecida. Junio pasaba a julio con una indecisión de luces y sombras. El jardín estaba desbordante, se salía de sí mismo. Los jardineros lo regaban todo como apagando un incendio verde. Los guardas lo vigilaban todo como si la guerra civil que no había fuese a entrar en casa. Me acerqué a la tumbona de tía Algadefina.

—Primo Jacobo se te ha declarado.

—¿Y tú por qué lo sabes?

—Un hombre no habla tanto tiempo con una mujer si no es para eso.

—No me voy a casar con mi primo hermano.

Los celos me dolían en el pecho como el puñetazo de un amigo, como la caricia de un tigre, como el aviso de un león, como la cornada de un toro aún no nacido.

—En esta familia somos endogámicos, tía. Como en todas las grandes familias.

—¿Lo dices por él?

—Lo digo por mí.

Y bajé la mirada. Me cogió la cabeza con su mano izquierda, sutilísima, y la colocó contra su vientre plano, caliente, palpitante, joven, enfermo, puro. Así estuvimos mucho rato, callados y palpitantes. Culpables.

María Eugenia, en su clausura de las bernardas, en seguida hizo amores con la priora, que era una aristócrata borracha, temblorosa de alcoholes, guapa, madura, escueta, ingeniosa y mala. Tuvieron unos amores de celda que fueron un tormento y unas comidas de coño que fueron una orificería. María Eugenia, a quien le habían matado el amante los ominosos alemanes, o sea don Jérôme, descubrió el amor entre mujeres, mucho más satisfactorio, relajado e infecundo. Esto le hizo ir subiendo grados en la conventualidad y cada día estaba más alta y señora. Cómo será el pecado de la carne que en seguida se difunde y llega a todas partes. Sabíamos, o sea, que María Eugenia tenía amores con la priora, la madre Dolores, pero de esto no se hablaba en la familia.

María Eugenia, tan desgraciada, infortunada, abandonada en la vida, pese a su belleza prodigiosa de encajera de Vermeer, encontró la felicidad en el convento de las bernardas, y un poderío y consagración que casi la llevan a beata por la vía del lesbianismo. Luego se las llamaría, en el siglo, tortilleras y bollaconas, con lo cual no se ha hecho sino humillar la lírica y delicada condición del amor entre mujeres, que tanto propiciara Baudelaire.

Pero la priora madre Dolores murió de una sobredosis de licor de pera y entonces hicieron priora a una monja vieja que ignoraba el sexo. El nuevo amor de María Eugenia, en el convento, fue el capellán de las bernardas, don Marcelino, un castellano recio, grande y miope. Don Marcelino era progresista, quería quitar de las iglesias los santos adláteres, como en el protestantismo, pues decía que lo nuestro, con tantas Vírgenes y mártires, era un politeísmo.

Con don Marcelino el capellán, María Eugenia descubrió o redescubrió el placer acre del hombre, su sabor espeso y fecundante, su gracia dura y duradera. Yo iba comprendiendo, niño como era, que en los conventos de clausura había mucha más vida y pasión que en los lánguidos y aburridos cafés de la Gran Vía, siempre con las mismas putas y los mismos poetas. La humanidad, para que funcione, hay que

apretarla, concentrarla, y eso sólo lo han sabido hacer la religión y el fascismo, dos grandes secretos de la humanidad. A María Eugenia íbamos a visitarla algunos domingos, toda la familia, más la adherencia de las de Caravaggio y otras. María Eugenia, dada su alta signatura, tenía licencia para recibimos con la cara descubierta. Le llevábamos pastas, libros, atenciones y ella, madura y fascinante, nos sonreía como desde una vida más honda, que era la mística del sexo, o el sexo de la mística, y nuestras palabras de consuelo se quedaban pálidas, porque se la veía feliz. ¿Cómo podía haber y caber tanta vida entre cuatro paredes, aunque fuesen góticas? Que venía la República, nos dijo María Eugenia. Nada para conocer el último grito de la actualidad como los reductos aislados y fuera del mundo (en provincias siempre están más informados que en Madrid, como he podido comprobar, porque tienen más tiempo para informarse y leer periódicos).

—Que viene la República, con Azaña, y quiere disolver las congregaciones eclesiásticas.

—Eso no puede ser, María Eugenia.

—Claro que puede. Espero que me acojáis en vuestra casa con una estameña, para que no me violen los milicianos.

Pero se la veía temblorosa ante una violación consecutiva de milicianos.

En el mundo, Chaplin se hacía fotos convencionales con la Paulova. Lo ruso fue entrando en Europa como ballet, como cine, como arte, y detrás vendrían las verdades de Lenin y los tanques y las mentiras de Stalin. Unamuno volvió del destierro. Madrid era una romería para recibirle. Unamuno seguía siendo el mismo de antes, sólo que agravado por la pena sufrida, y decía cosas formidables. Ortega andaba un poco jodido porque Unamuno tenía más protagonismo que él en la vida española. El matriarcado en que yo nací y me crié no pudo asistir a la vuelta de Unamuno porque fue demasiado multitudinario y oficial, digamos, pero Madrid se llenó de ramos y banderas, de consignas y pancartas, de amor a don Miguel.

—Venceréis, pero no convenceréis.

Su consigna de siempre.

Don Miguel, al fin, al mes de su vuelta a España, estuvo en el cocido de los jueves y explicó sus cosas:

—España, en fin, precisa un cirujano de hierro, como ya dijeran Ganivet, mi amigo, Costa, Cellorigo, Mallada, Macías Picavea y demás. Esto no se arregla con una república afrancesada y burguesa, como la quiere Azaña, sino con un hombre fuerte y justo, que por supuesto no es Miguel Primo, un castizo de Jerez. No creo, para España, en la república afrancesada ni en la monarquía decadente. Creo, de momento, en un cirujano de hierro, tipo Bismarck, sí, que saque a España de la postración, que haga carreteras y pantanos, somos un país agrícola, y luego ya veremos.

—Pero usted está predicando una dictadura, don Miguel —le decía el bisabuelo.

—España necesita una dictadura como la necesita Rusia. Luego, cuando se haya matado el hambre, jugaremos a la democracia.

Don Miguel estaba enjuto, tostado, galán, africano, moro, castellano, bello, y todo el matriarcado de la casa se perecía por él.

—¿No es eso seguir el modelo bolchevique? —se asegundaba don Martín.

—Aquí tenemos a Cristo para superar el ateísmo.

—Rusia también es cristiana.

—Ya no. Y, en todo caso, Cristo no era un demócrata sino un revolucionario.

Así quedaron las cosas de confusas en mi casa. Estaba naciendo el siglo xx, después de la Grand Guerre, y nadie tenía las ideas claras sobre nada. En la familia principiábamos a darnos cuenta, y el primero el bisabuelo Martín, de que el liberalismo tradicional de la familia ya no significaba nada. La misma palabra «liberalismo» se había quedado obsoleta. El siglo imponía opciones más fuertes. Adunándose a la ruina

económica, la ruina ideológica o moral de la familia. Lo que venía era el socialismo, pero bisabuelo don Martín seguía llamándolo «la cuestión social», como una cosa accesoria. Don Miguel volvió a su cátedra en Salamanca con la aureola de mártir, que era lo que quería para aproximarse más a Dios (su ideal desconocido era sustituir a Cristo). Alfonso XIII jugó con varios generales, mayormente Berenguer, para suplir a Primo, que se había ido por impopularidad y cansancio: desde el exilio francés, le mandaba rosas y tarjetas a tía Algadefina, que era más bien republicana. Finalmente, vinieron las elecciones municipales y el rey se retiró elegantemente. En España siempre ha tenido más fuerza el cuerpo a cuerpo de unas elecciones municipales, donde uno vota por el vecino o contra el vecino, que unas elecciones generales y abstractas. Todos los liberalotes anticlericales, como bisabuelo don Martín, se encontraron con que era muy lucido ser republicano en una monarquía, contra lo establecido, para asustar en el casino, pero la República tal cual les daba miedo, y este miedo general y mediocre lo expresó Ortega con su «No es eso, no es eso». Cristo Pérez, Sandeces, murió de un infarto de pasteles, con lo que desapareció la deuda familiar de los cien mil reales. Cristo Pérez, Sandeces, se creía republicano, y lo celebró tanto que se murió. Bisabuelo don Martín nos lo dijo a la hora del cocido:

—Muerto Cristo Pérez, Sandeces, la deuda queda condonada, pues que no había papeles. Volvemos a ser ricos, familia.

Las tías incorporaron nuevas plumas a sus sombreros y las primas dos vueltas de perlas a su collar.

La venida de la República nos importaba menos a todos. Con la venida de la República, don Martín Martínez descubrió que él no era republicano, como les pasaría a muchos españoles, incluidos Unamuno y Ortega. Pero ya teníamos un pasar. Jacinta, la esposa de Cristo Pérez, Sandeces, murió al poco tiempo, del cáncer de la ausencia y el pecado, de modo que la cuñada adulterina quedó dueña de todo, y encima los hijos y nietos que no eran suyos la veneraban como a una santa que se había sacrificado por la familia.

Tía Algadefina y primo Jacobo iban alguna vez a la zarzuela o al cine, y querían llevarme con ellos, pero yo me negaba a ser una coartada para sus amores, que me parecían indecentes. Primo Jacobo era hombre de ala baja, cojera leve, elegante, y cigarrillo entre los labios. En realidad era el hombre que a mí me hubiera gustado ser, y esto es lo que no le perdonaba.

Me juré a mí mismo que si tía Algadefina y primo Jacobo se casaban (un matrimonio prohibido por la Iglesia: eran primos/hermanos), yo me suicidaría tirándome a la alberca con la boca y las orejas amordazadas, ante la estupefacción de la cabra *Penélope*, mi amor.

Pero tía Algadefina le daba largas al primo, ella no quería perder su libertad republicana, su amor libre que venía ya, y así estábamos todos, entre los nuevos tiempos y los viejos, sin saber por dónde tirar.

Me llevaron a ver alguna película de Shirley Temple con los abisinios y los moros, pero a mí aquella niña redicha no me decía nada, porque estaba profundamente enamorado de tía Algadefina. Yo admiraba a primo Jacobo, no conseguía odiarle, porque era el que yo quería ser.

Y hasta probé a andar cojo una temporada, imitando su imperceptible cojera artrósica, porque eso me hacía más interesante. Mamá quiso llevarme al médico, pero yo empecé a andar normal y todo seguido. Así iban las cosas por entonces. España, como dijo don Manuel, se acostó monárquica y se levantó republicana.

Delmirina, la mecanógrafa fea, y Pelayo, que había sido peón de pincho del abuelo Cayo, en el fielato, iban a los bailes de la Bombilla, y me llevaron una vez, a orillas del Manzanares, y allí vi a don Manuel Azaña, el señorito Manolo, grande y feo, impresionante y frío, bailando con las chalequeras. Quería ser gran autor teatral y

presidente de la República Española. Nada menos. Yo también bailé con alguna chalequera, especialmente una, Estrella, que tenía una cabeza bellísima y romana, pero se le reviraba un ojo, de modo que había que amarla de perfil.

Estrella era hermosísima y bizca.

Delmirina y Pelayo disfrutaban con el pueblo, se sentían superiores e integrados al mismo tiempo. Delmirina cojeaba un poco y cifraba todo su encanto de señorita en los botones, muchos botones grandes, de fantasía, inabrochables, decorativos, en todos sus modelos. Los años veinte/treinta fueron años de muchos botones. Delmirina y Pelayo casaron pronto, en una boda a la que sólo fuimos unos pocos de la familia y del clan, en una parroquia de barrio, que era la de ella, y comprendí que aquellas pájaras seguían discriminando, inconscientemente, a los pobres y a los feos. La burguesía progresista era aún más burguesía que otra cosa.

—Gracias, señorito Francesillo, por venir a lo nuestro.

—Faltaría más, Pelayo.

Pelayo era un jubilado que llevaba la jubilación en la cara, en el alma, en el cuerpo, en la biografía. Delmirina era una coja que llevaba la cojera en los ojos, en la sonrisa triste, en la bondad. Tanta cojera que, luego, mirándola despacio, no parecía tan coja, ni lo era.

Se fueron de viaje de novios a Palencia, como habían ido Luis Gonzaga y prima Micaela en su escapada mortal. ¿Qué extraño atractivo incógnito tenía Palencia para las parejas? Quizá eso, su inexistencia. Yo fui a aquella boda de pantalón bombacho, lo cual ya me hacía un hombre, por orden de mi madre, y no me volví a quitar el bombacho para nada. Había visto con bombachos a Federico García Lorca, como ya se ha contado aquí, y yo no esperaba ser menos que él. Al poco tiempo se supo que Pelayo le había robado a Delmirina todas las joyas del cofre familiar, que aportó a la boda, y había desaparecido para siempre, dándose quizá al bandidaje, el nomadismo y el pastoreo en Andalucía, que era la tierra propicia, o metiéndose legionario con Franco, que era una manera heroica de redimir los malos pasos.

A Delmirina no volvió a mandarle ni una postal. Delmirina tornó a su mecanografía, a sus botones y se integró nuevamente, aunque ya sin ilusión, en el grupo de las «pájaras». Mi pantalón bombacho, con chaqueta a juego, me había dado muchos arrestos, de modo que un día se lo dije a Sasé Caravaggio, en el cocido de los jueves:

—Sasé, quiero salir contigo y llevarte a todas partes.

Yo era un adolescente que leía mucho y me educaba en casa. Mamá me daba las matemáticas, la ciencia, todo eso que era necesario, pero ingrato, y tía Algadefina me daba los idiomas, la Literatura, la Historia. Yo fui niño de dos madres, como ya he contado en algún otro libro, y sobre todo hijo de un matriarcado. Por eso luego he querido siempre, comprendido y respetado a las mujeres.

—Pero yo salgo con Rupertito de Nola, Francesillo.

—A la mierda Rupertito de Nola.

—¿Y por qué no te me has declarado antes?

—Porque era pequeño.

Empecé a salir con Sasé Caravaggio, porque era inevitable, porque estaba en el clima, porque tenía que ocurrir, y porque el idilio de tía Algadefina con primo Jacobo me empujaba a ello. Una mujer sólo se cura con otra mujer, ya se sabe. No quería seguir yendo a ver a Shirley Temple mientras ellos se cogían las manos.

Con Sasé Caravaggio estuve en cines, teatros, bailes oscuros y cosas, y en todas partes le metí mano, disfruté aquellas abundancias cubistas, tan bien observadas por el gitano Picasso, que ya era famoso en París y en el mundo, aunque a nosotros no nos escribía nunca. Sasé Caravaggio era la apoteosis de la mujer, la multiplicación por mil de la Venus de Milo, como sólo pudiera concebirla Picasso, y encima con una carita de ángel de Murillo que la hacía desconcertante y follatriz.

Tuve mis amores penetrativos con Sasé Caravaggio, como antes los había tenido con la cabra *Penélope* y con alguna meretriz de Antón Martín, sólo que todo mucho más pleno, total, abundoso, abundante, rico y alegre. Sasé Caravaggio era tranquila como una vaca bien follada y alegre como una señorita casadera.

Ya iba habiendo muchas mujeres —y hasta cabras—, pensé, en mi vida, pero yo estaba enamorado de tía Algadefina, su amor me había hecho hombre y ella era la mujer de mi vida, de mi corta vida.

Lo mío era un amor incestuoso, sólo correspondido maternalmente por ella, pero aquella pasión estaba consumiendo mi adolescencia siniestra mientras follaba en los palcos del cine Bilbao con la dulce Sasé Caravaggio, fácil como un queso, como una tarta, como una mora, penetrable en todos los sentidos y direcciones, cosa que, según me dijo, nunca había hecho el filósofo chepudito Ruperto de Nola, o como rayos se llamase, porque era un ritualista y guardaba la penetración para el ritual del matrimonio. A través de los pechos y el coño de Sasé Caravaggio, siempre dispuesta, comprendí mucho mejor el arte de Picasso y su tendencia asesina a descuartizar a la mujer pintando, porque la mujer es la impaciencia eterna del hombre y sólo se queda uno a gusto cuando la mata. Los que no eran Picasso, las mataban de verdad. Picasso tenía el recurso de su dibujo genial y asesino.

Yo fui el Picasso sexual de Sasé Caravaggio, el desfondador cubista de sus formas y volúmenes excesivos, Rupertito de Nola no se suicidó ni nada, sino que se metió a místico. Así las cosas, Sasé Caravaggio me sació pronto, aunque ambas familias hablaban ya de matrimonio:

—Francesillo, ¿te vas a casar con Sasé Caravaggio? —me preguntaba tía Algadefina.

—No me voy a casar con nadie porque me basta contigo.

—Pero yo sólo soy tu tía.

—Eso y mucho más.

—No te arrebatas, Francesillo.

Pero le dio un ataque de tos que, aparte revelar su estado, me explicó sin palabras sus sentimientos.

1930. La Paulova baila en Madrid. A mí el ballet me aburre y la Paulova me parece aséptica e irreal como un figurín. Estoy empezando a leer a Proust y quiero sentir los éxtasis de Proust ante la Berma, pero no me sale. La Paulova era un cisne en los lagos fríos de San Petersburgo, era la pareja femenina de Nijinski, homosexual, era pura, perfecta y última. A uno, las cosas tan sublimes es que siempre le han dejado frío. Uno prefiere descubrir la sublimidad en lo cotidiano (por ahí iría mi literatura), de modo que tenía el cuerpo como rehén de Sasé y el alma como rehén de tía Algadefina, a quien, quitándole el «tía», le encontraba un erotismo cercano, fuerte, abusivo y hermoso. Berenguer sale jefe de la Casa Militar del Rey. Gabriel Miró publica artículos y cuentos de pura estética que me gustan mucho, aunque mi instinto ya me dice que hay que meterle carne cruda a la prosa, que Miró se pasa de bueno, que con los buenos sentimientos sólo se hacen malas novelas, entre otras cosas porque los buenos sentimientos son mentira. Pacto de San Sebastián: Lerroux, Azaña, Marcelino Domingo, Albornoz, Alcalá Zamora, Maura, Quiroga, Prieto, Sánchez Román. Iba a empezar el primer bienio republicano y yo folla que te folla. No voy a contar aquí la jornada tópica de la proclamación de la República, o a lo mejor sí, ya veremos. Lerroux es un macró del Paralelo, Azaña es un intelectual de la Bombi, Albornoz y Alcalá son católicos, y Maura; Prieto no es más que socialista, ¿qué coños de República se va a hacer aquí? Weyler lleva entre las condecoraciones de su inmensa gloria militar fideos de la sopa. Galán y García Hernández se sublevan en Jaca y son ejecutados a las cuatro de la tarde, como los últimos románticos de una milicia liberal y soñadora.

Galán tiene algo conspiratorio en el entrecejo y García Hernández es como un mozo de escuadra de la traición. Yo sentía, intuía, sabía que España estaba cambiando, pero no

tenía edad para opinar. Incluso Unamuno, seguramente, el amigo de los jueves, estaba equivocado: no sabían de qué magnitud era lo que venía. El pueblo levantado por primera vez en España, desde los comuneros. Se lo dije a Sasé, después de follar en un palco del cine Bilbao, mirando ya serenos la película:

—Sasé, amor, lo que viene en España es la revolución.

—No me asustes, Francesillo.

—Primero la República, y luego ya veremos.

—¿Pero tú no estarás metido en eso?

—No, pero me gustaría.

Sasé pensaba en su boda, en nuestra boda. Yo pensaba en España. Tía Algadefina, al anochecer, me recibió más sosegada. Fui a su regazo y confesé, tendida como estaba bajo un magnolio de sombra, perfumante:

—Algadefina —prescindí del «tía» brutalmente—, viene la República, viene la Revolución —lo dije todo con mayúsculas—, el mundo ha cambiado de sentido y yo te amo.

Las urracas lanzaban su feo grito en los árboles más altos, la cabra balaba antes de dormir, besé la mano de Algadefina, que olía al tabaco de primo Jacobo. Luego dejé mi cabeza loca en su regazo íntimo. Sus dedos pasaban entre mi pelo como una caricia, como un agua, como un cielo, como una brisa caliente y fresca. No sé, me dormí, no sé.

Tía Algadefina entró de mecanógrafa en la secretaría de don Manuel Azaña, que tenía cinco o seis secretarios y secretarias, cuando Azaña era ya, prácticamente, el dueño de la República. Lo del 14 de abril fue un tranvía amarillo y volcado, con las ruedas girantes, en mitad de la Puerta del Sol, con una multitud subida encima y las mujeres desgarrándose un pecho, con ese instinto de alegoría que tiene siempre la mujer en los grandes momentos de la Historia. Yo lo celebré con Estrella, bizca y chalequera, en la Bombi, anda y que te onduen con la permanén, y si no te gusta tómallo con seltz, o cuéntaselo a Victoria Kent. La Bombi estaba morada de republicanismo y morada de tumefacción y rubefacción del pueblo. Estrella estaba guapa con su perfil de Donatello, como un chico con coño, y acabamos concelebrando el advenimiento de la República en mitad del río, en una barca cargada de luceros de abril, haciendo el amor, o sea jodiendo, que fue mi manera de comulgar con el pueblo. Las inmensas clases medias, que aquí como en Francia constituyen el macizo de la nación, tenían en Azaña su voz y su esperanza. Azaña era feo, digno, noble, con traje a rayas, cruzado, con gafitas pequeñas y redondas, o sea quevedos (Quevedo, una de sus predilecciones), como deben ser los padres del pueblo que el pueblo ama: si los curas y frailes supieran la paliza que les van a dar... Pensé en María Eugenia en su convento de las bernardas, fornicando con don Marcelino, el capellán; tendríamos que alojarla en casa. La Segunda República es una tía buena en camión, una bandera con franja lila y un león de perfil, entre libros abiertos que no parecen interesarle demasiado.

El cardenal Segura pone a salvo mucho clero. Azaña no es vindicativo, pero el pueblo se le desmanda. Besteiro preside las Cortes. Es un hombre caballuno, elegante, socialista, bueno y dubitativo. Acabaría mal, como le pasa a esta clase de gente. Llevé a Estrella a su remoto barrio de las Delicias, entre churreros socialistas y marquesas de izquierdas que se besaban en la calle con los lampistas. Don Manuel Azaña salía de vez en cuando de su despacho, a charlar con las secretarias. Sin duda, le gustaba aquel harén de taquimecas ante las que podía lucir su ingenio y estatura, pero aprovechaba cualquier ocasión para hacer política.

—Han venido unos generales a pedirme más borlas.

—¿Y eso, don Manuel?

—Es que les había quitado algunas borlas a los generales.

—Usted siempre con sus cosas.

—Perdón. Es la reforma militar francesa, que yo estudié en París y trato de incorporar a España.

(Don Manuel se había traído de París una reforma militar muy sensata y algunas purgaciones o paquetillos que le regalaron las *cocottes* de Maxims.)

—¿Y qué les ha dicho usted a los generales?

—Les he devuelto las borlas y se han ido tan contentos.

Había risas alabanciosas entre el funcionariado. Alguna taquimeca se hacía las uñas. Tía Algadefina admiraba mucho a aquel hombre, lamentando que no tuviese cierta belleza, o al menos una fealdad más interesante: «Yo, ministro, aunque sea de Marina.»

Don Manuel se paseaba por la alfombra fernandina, galleaba entre la juventud. La estabilidad republicana era una cosa admirable. Con aquel hombre se podía ir a cualquier parte. Se reía hasta de los generales.

—Esta tarde me voy a ir con Lolita a Segovia. ¿Han visto ustedes las flores de Segovia en julio? Es la flor dura y delicadísima de Castilla, la flor de la adustez, no una flor fácil y sensualoide. Quiero cortar unas flores de Segovia para Lolita.

Yo curaba mi amor/desamor de tía Algadefina con el cuerpo joven y violento de Estrella, un dulcísimo papel de estraza que era su piel, la aureola humilde de su pelo, su perfil de David de Donatello, sus manos escamosas, con pinchacitos de aguja, su ojo errático y bellissimo, como una estrella nova sin padre científico, su cuello corto y suave, sus muslos firmes, blanquísimos, luchadores, sus pechos cortos y beligerantes. Hacíamos el amor al costado de los trenes de Delicias, un amor ahumado de humo negro, de cielo bajo, y nostálgico del cosmopolitismo de los Grandes Expresos Europeos, que iban hasta el mar.

La República era una cosa popular, churrera y bonancible, hasta que empezó a agriarse. Yo vivía la República confundida con mi juventud tricolor, sin saber muy bien lo que pasaba, pero feliz de que España fuese, al fin, el reino de las putas, los obreros, las marquesas rojas, los escritores maricones, como Pedrito de Répide u Hoyos y Vinent. La República era la patria natural de mis padres, y por tanto la mía, una patria callejera, organillera, feliz y en alpargatas, ya con los primeros fusiles ominosos asomando por las esquinas.

Tía Algadefina se había curado la tisis con la llegada de la República y, conocida como era en los círculos republicanos, la llamaron para secretaria particular, entre otras, de don Manuel.

—Un día tiene usted que venir al cocido de los jueves en mi casa, con don Martín el bisabuelo.

—Ah, don Martín Martínez, gran liberal: en hombres como él está el germen ignorado y glorioso de esta República. En los regeneracionistas.

Y Azaña vino a casa. Al matriarcado no le interesó demasiado, en principio, aquel señor feo y con verrugas, pero, luego, su conversación suasoria, amena, su humor, lo atroz de sus ideas, expuestas con casi dulzura, fascinaría a todo el grupo de las pájaras y al bisabuelo, más los abuelos Cayo y Eloísa, que veían en don Manuel un rojo muy educado.

—¿Es verdad que va usted a quemar los conventos, don Manuel?

—Como dice Bergamín, «los conventos sólo los quema Dios».

No le entendieron, claro. Presidente de la República, jefe del gobierno o ministro de algo, lo que fuese, teníamos en casa al hombre con más poder de España, el que paraba a los generales y los cardenales. Y lo había traído tía Algadefina.

—¿Por qué Unamuno, Ortega, Ayala y todos éstos no acaban de estar con la República, don Manuel? —le preguntaba bisabuelo Martín, ya en el *fumoir*, compartiendo purito antillano.

—Porque querían una República aristocratizante, empezando por Marañón, el

doctorcito, como dice Juan Ramón, y yo traigo la República de verdad.

—Pero a su izquierda, don Manuel...

—A mi izquierda, el Averno.

Tenía una elegancia obtenida de la adustez, como decía él que se obtenían las flores de Segovia. A su izquierda, el Averno. Pero el Averno, a izquierda y derecha, iba a devorarlo en poco tiempo. Las Caravaggio, las tías, primas, sobrinas de la casa, todas las mujeres que quedaban en aquel matriarcado que fue mi nido, rodeaban fascinadas al hombre feo y brillante. Tía Algadefina, en su papel de funcionaria, se mantenía en un segundo plano y no dijo nada. Bastante había hecho con llevarnos allí al mayor hombre de España. Con aquella visita culminaron los cocidos de los jueves y su siempre amena tertulia, como réplica al *El castellano viejo* de Larra. Don Martín era un castellano viejo, pero muy en lo nuevo.

—¿El clero, don Manuel?

—España es católica. ¿España no es católica, contra mi aseveración? Pues que se arreglen a su aire.

—¿El ejército...?

—Estoy aplicando la reforma militar francesa para evitar motines, pronunciamientos y asonadas.

Palabras arcaicas, como «asonada», quedaban muy bien en el discurso del viejo escritor republicano.

—La pena de muerte es...

—He escrito un artículo contra ella donde me parece que dejo las cosas claras, pero casi nadie lo ha leído.

—El amor libre me parece...

—Allá cada cual. Yo estoy casado legalmente con Lolita.

—¿La cuestión social?

—La izquierda tiene razón y hay que dársela.

—¿La derecha, en España...?

—Está en el gobierno.

—La guerra civil, don Manuel...

—Yo nunca sería el presidente de una guerra civil.

Y don Manuel se fue en su gran coche oficial, negro y brillante como un zapato ministerial, llevándose consigo a tía Algadefina, para seguir trabajando por la tarde. Don Alfonso XIII, en Roma, con una esclava de oro en la muñeca izquierda, pensaba en España. Entre el cotorreo del matriarcado, yo sentía que algo fuerte, grande, nuevo, había pasado por mi casa. Me hice azañista sentimental. Al fin y al cabo, tenía una novia chalequera, Estrella.

LA EJECUCIÓN DE LUIS GONZAGA, por haber degollado a prima Micaela con la navaja de afeitar de su abuelo, fue un espectáculo muy edificante, y se hizo a horca, como había pronosticado una de las Caravaggio:

—Lo más bonito, la horca.

La cosa fue en el patio de la prisión, aquí en Madrid, de madrugada, y sólo acudimos los interesados más algunos buñoleros madrugadores del barrio. Lástima que no lo pusieran más tarde, y anunciado, porque habría acudido mucha gente, que así se perdió una cosa hermosa.

En el patio de la cárcel, de piedra y arena, había un sol de julio, tempranero y alegre, que sin duda enviaba Dios. Los pajarillos cantaban en algún sitio. Había diversos grupos militares, geométricos, cada uno de un color, muy vistosos y lucientes en la luz del alba. Había las gentes que he dicho y un grupo remoto, negro, pequeño, agitado, que sin duda eran la familia de Luis Gonzaga, el infame degollador de doncella tan pura como prima Micaela, la de los ojos estrellados y el cuello palpitante.

Había, sobre todo, el armatoste de la horca, en la pared central, grande, carpintero, con algo de guillotina francesa artesana. La guillotina con sogas.

También existía el garrote vil, asimismo muy vistoso y ejemplar, pero que se llevaba menos desde los tiempos de Larra, quien lo vio ejercer contra un baratero en la plaza de la Cebada. Luego se impuso la horca, quizá por influencia del juez Lynch, norteamericano, y sus linchamientos. Digamos que la guillotina de Guillotin es demasiado rápida y le quita gracia al espectáculo, aunque siempre está el momento circense de la caída de la cabeza de María Antonieta en el cesto, y eso compensa al pueblo de todo sinsabor, impaciencia o aburrimiento. Digamos que el garrote vil, que es un sistema de tuercas y maderos, tuvo muy buenos artistas en España, siempre hombres, sencillos, modestos y anónimos. Al reo se le va atornillando la nuez hasta que salta. Es eficaz y formativo, pero poco vistoso para el personal. Digamos que está el fusilamiento por pelotón, como habían fusilado a Torrijos en la playa de Fuengirola, el baironiano Torrijos, con varios de los suyos y un coro de pueblo sublevado, sólo que el fusilamiento se reserva como una dignidad para casos más graves, para crímenes de Estado, como lo de Galán y García Hernández, y como debiera haber sido lo de la Sanjurjada, pero no fue, y eso ya se contará aquí, o quizá no, no sé. En lo de Galán y García Hernández cayera papá, o sea la sublevación de Jaca, y desde entonces mamá, viuda blanca, se dedicaría a mí con asiduidad que no suponía insistencia. En esto, tía Algadefina aportaba colaboración y comprensión. El bisabuelo sí, pero los abuelos Cayo y Eloísa jamás supieron que papá murió ejecutado por una asonada contra la derecha, la Corona y la religión. Eso hubiera sido terrible para ellos.

Finalmente, nos queda el linchamiento, tan americano, tan eficaz, tan práctico y tan barato, que tiene casi la ejemplaridad de la guillotina, y encima la baratura de una cuerda, aunque siempre haya que pagar a un hombre. Los americanos utilizan un árbol. Nosotros lo dignificamos con un tinglado tan espectacular como el de la guillotina francesa, que nos queda más cerca, y le da un aura de Revolución del pueblo y justicia del pueblo a cualquier delito, aunque sea con el pueblo.

Luis Gonzaga salió al patio y no sabíamos que era Luis Gonzaga, sino un desconocido seco, pájaro blanco y negro, que conducían varias gentes, desde curas hasta militares, a más de algún artesano. Mamá y tía Algadefina se habían negado a que yo acudiese a ver aquello, pero las pájaras del grupo tiraban de mí, y yo expliqué a mis dos madres que iba a ser escritor, como sabían, y un escritor necesita experiencias. Finalmente apareció Baroja, cuervo de todas las negruras, a explicar que él había visto tres ahorcamientos de joven y le habían bastado para siempre.

Gracias a la autoridad de Baroja, a quien yo odiaba por su mala literatura, acudí a la ejecución de Luis Gonzaga. Eso que tengo que agradecerle a don Pío.

Luis Gonzaga se dejó meter la argolla de esparto por la cabeza. A su lado había un

jesuíta de los Luises que le estaba salvando el alma antes de que se la llevase la cuerda. Todo fue rápido, inesperado, sencillo, y sólo se oyó en el patio militar, ya con sol abultado de julio, el grito en frío de la madre de Luis Gonzaga, víctima de la lujuria de prima Micaela y de su propia naturaleza débil y viciosa. Sasé Caravaggio se agarraba a mí con espanto, pero yo estaba dando por terminadas interiormente mis relaciones con la gorda cubista y picassiana, satisfecha la curiosidad sexual por sus ingencias. Nos llevaron a una buñolería de aquellos barrios bajos a desayunar churros con aguardiente, y todo me gustó mucho y me hizo ver la vida como un juego de buenos y malos donde te haces el amo de la soga o acaban pasándote por la soga. Me parece que luego, con los años, no me he desviado mucho de aquel esquema simplista.

La buñolería era un espectáculo de lecheros, verduleras, gente que volvía de la ejecución, y allí nos mezclamos los burgueses de luto elegante con los artesanos de blusón azul, mientras Micaela, la víctima del crimen, dejaba que le comiesen los ojos estrellados y los pechos de estatua los bichos subterráneos de la Sacramental de San Justo, donde también estaba Larra, y esto me lo sabía yo bien. María Luisa, roja y naranja, no vino de casa con nosotros, sino que se nos incorporó en la buñolería, blanca de madrugada, vieja de siglos, hermosa de sí.

—He sabido que hoy ajusticiaban a ese mierda de estrangulador de sobrina Micaela, y he querido estar, pero he llegado tarde, aunque he llegado.

María Luisa, descotada y desguazada de toda la noche, me miraba como si no me conociese.

Y no me conocía o reconocía. Yo miraba en silencio su pelo de escoba roja, sus pechos más desnudos que ofrecidos, su uniforme europeo de puta de la Gran Vía, y la amé más que nunca, con un deseo desesperado, oscuro, sacratísimo y canalla.

Observé que las otras mujeres de la familia procuraban ignorarla. Sólo bisabuelo don Martín la obsequió con un orujo y unos buñuelos. Era la mujer destruida por el amor de Machaquito. Invitarla a anís Machaquito hubiera sido una ironía cruel y tonta.

Madrid se habitaba de burras lecheras y traperos de Fuencarral. La ejecución de Luis Gonzaga fue la última en España, pues que Azaña, según nos anunciara en casa, me parece, había suprimido la pena de muerte.

Pasaban burros alquileres, burritos pobres de trapero y dulces burras de leche. Recordé el pingajo del cuerpo de Luis Gonzaga, recién ahorcado, bamboleándose un poco al aire, o por el peso, y no le odiaba por haber estrangulado a prima Micaela, la de los ojos siameses y estrellados, como mi gata *Electra*, sino por ser tan de derechas, tan buen funcionario, tan de los Luises, y por llamarse Luis Gonzaga, a más del ajedrez, que me parecía un juego aburridísimo para inválidos. Luis Gonzaga era un inválido espiritual que no había sabido darle lo suyo ni trajelar por su sitio a mujer de tanto empuje como prima Micaela, que es que no se la merecía.

Madrid era ocre, soleado y feliz en los barrios bajos. Volvimos en nuestros fiacres y yo miraba, hacia atrás, las cúpulas romanas y paredones sepia de Madrid, más la soledad de María Luisa, de quien nadie se despidió, salvo don Martín: «Yo te llevo adonde vayas, María Luisa.» Y, en su tálburi unipersonal, conduciendo él, la llevó a su pensión de Jacometrezo, que era donde Ganivet había cogido la sífilis con una negra.

Don Martín arrendó el caballo del tálburi o fiacre o lo que fuese, en un madero municipal, y subió con María Luisa a la pensión de la sífilis y el carnaval de Ganivet. Don Martín Martínez, el bisabuelo, sin quitarse los calzoncillos de felpa, y María Luisa, la más puta de todas las putas del grupo, fornicaron dulcemente, sabiamente, hondamente, en el lecho revuelto y frío de la pensión. Luego pidieron que les subieran otro desayuno con muchos cruasanes, cafés dobles, huevos revueltos y copitas de ojén.

María Luisa, en el sosiego *post coitum*, le contó su historia a don Martín:

—Yo, tras el abandono de Machaquito, quería refugiarme en casa, lejos del mundo y de los hombres, pero mi cuñado, el nacionalcatólico, aprovechando las enfermedades de mi hermana, me acosaba asquerosamente. Cuando vio que no había nada que hacer conmigo, empezó a inculparme a gritos de mala mujer, de pécora, y de estar dando mal ejemplo a los niños y viviendo a costa de la familia, concretamente a costa de su sueldo de director de un periódico decente, o sea católico, y que por cierto se vendía poco. Hasta que cogí mis cuatro cosas y me fui de casa, sin decir nada. Empecé alternando en el Ritz, pero luego descendí al Palace y ahora trabajo en Chicote. He pasado la noche con un ganadero salmantino y le dejé a tiempo al muy pesado para acudir a la ejecución de Luis Gonzaga, porque sabía que allí os encontraría a todos. Pero llegué tarde, como siempre. Aunque no importa, te he encontrado a ti.

Don Martín Martínez, que había llegado a bisabuelo a los cincuenta años (en mi familia se empieza a fornicar muy pronto, ya lo he dicho), todavía le echó otro caliqueño a María Luisa y, cuando ella estaba satisfecha y dormida (él iba por los 60 o 70, que el tiempo pasa), le dejó en la mesilla una pila de duros de plata y oro, hasta duros sevillanos de Romanones, o sea falsos, pero entonces muy cotizados.

Con la resaca de la Grand Guerre, apareció por casa Carolina Otero, antaño la Bella Otero, con su aspecto de criada guapa o de cupletista viciosa, mitad y mitad. La Bella Otero entró en la casa, o más bien se quedó, como una cosa más, entre la servidumbre y los señores. Carolina Otero (el sobrenombre parisino se lo habíamos apeado, sin protestas por su parte) lo mismo servía para fregar la vajilla que para recitar a Rosalía en las veladas finas, o para acostarse con el bisabuelo don Martín o conmigo mismo, como se contará si hay ocasión.

Carolina Otero, la Bella Otero, andaba por la casa con un camisón corto y transparente, el pelo en un *pomporé* de bucles deshechos, los pies descalzos y el óvalo de la cara en blanco y triste. Ahora pienso que quizá abusamos de ella. Don Martín Martínez fornicaba con ella cuando quería. Pienso que don Martín se estaba vengando, en aquel último despojo de la Grand Guerre, de la ruina que le había traído la paz. La Bella Otero era la última presea que le arrebatava a la Europa triunfante, que por otra parte era la suya.

Carolina Otero me fue fácil, y en seguida sustituyó en mi vida sentimental a Sasé Caravaggio y la cabra *Penélope*. Carolina me hacía mamadas y cosas que nadie me había hecho nunca, ni siquiera las putas manieristas de Santa Clara.

Decían que la Bella Otero, Carolina, mi amor, también se acostaba con algunas mujeres de la casa o algunas mujeres de la familia, nunca lo quise saber y me daba igual. Pero ella pasaba las habitaciones, los comedores, los espejos, los jardines, en silencio y con pelo de emperatriz francesa violada y violentada. Guillotinada.

Al atardecer, desde el fondo del jardín, llegaban algunas canciones suyas, en galaico, cantadas con sentimiento, paz y poca voz.

Primo Jacobo cada vez aportaba menos por la casa, dado el poco interés que tía Algadefina le demostraba, pero cuando muriera, en su lejana provincia, nos dejó un gran legado en casas de renta, papel de viudas y metales, lo cual salvó a la familia de mucha ruina. Sin duda lo hacía por tía Algadefina y su salud, pero se lo agradecemos y disfrutamos igual. Con estas cosas y otras aprendí que no hay manera de que las grandes familias se vayan a pique, sólo que no contaba yo con la revolución, como luego se verá. Ni Cristo Pérez, Sandeces, ni primo Jacobo, con su criterio, conseguirían salvarnos de la revolución que nos devastó a izquierda y derecha, como se verá o contará, si hay lugar.

Tras la República vino la revolución, los milicianos empezaron a quemar iglesias y sacar monjas de los conventos. Las iglesias las quemaba Dios, como dijo Bergamín, pero, Dios o el Diablo, lo cierto es que había que salvar a María Eugenia de la quema. Fuimos en un simón de la casa, una noche, con don Martín al pescante, el cochero a

su lado, inútil, mamá y tía Algadefina y yo en medio de las dos, al fondo del vehículo. Milicianos, anarquistas, particulares con fusil, paraban los coches. La República se iba transformando en Revolución antes de que los afrikaners pegasen su golpe. Don Martín les gritaba a todos:

—¡Soy republicano, soy de Azaña, soy liberal, soy ateo!

Y le dejaban pasar.

El convento estaba en llamas (llamas místicas de Dios, se veía) cuando llegamos a las bernardas y María Eugenia salió de paisano, otra vez la cabeza destocada, la Cléo de Mérode que siempre había sido, el pelo en bandos, el óvalo de la cara pintado por Vermeer.

Don Marcelino, el capellán, quiso sumarse a la mudanza, pero don Martín le rechazó con un golpe de bota.

—Anda ahí que se joda el capellán, que se las habrá fornicado a todas, y que arda en las llamas o le maten los milicianos.

María Eugenia, caída sobre nosotros, tenía una densidad de olores místicos y paganos, una frescura de claustros y una pesantez de su cuerpo maduro, lento y hermosísimo.

María Eugenia se acomodó en la casa discretamente, pero en la casa no había hombres, salvo yo, que era demasiado joven, el niño de mamá, y salvo don Martín, que era demasiado viejo. En cuanto al abuelo Cayo, naturalmente, no contaba. Ardían los conventos de Madrid y María Eugenia volvía a ser la de siempre, sólo que más hecha, con lentitud en la mirada, manos de priora, cuerpo cansado y sonrisa sabia.

—Hola, Francesillo, estás muy hombre.

—Hola, María Eugenia.

Por rendijas de puerta, por cerraduras sin llave, por rincones y miraderos inéditos, aceché y descubrí el amor de María Eugenia y Carolina Otero, dos grandiosos cuerpos desnudos, una Capilla Sixtina de Gomorra, qué abundancia de pechos, glúteos, muslos, caras. Aquello sí que le hubiera gustado a Picasso pintarlo.

Después de aquellas sesiones, yo me masturbaba, naturalmente, porque la cabra *Penélope* pertenecía a otro mundo erótico.

Pronto se supo en la casa que María Eugenia, la priora de las bernardas, fornicaba con la Bella Otero, musa de príncipes rusos en París. Pero nadie decía nada ni comentaba nada. Las de Caravaggio, tan cotorronas, ni se enteraron. Lo curioso es que Carolina Otero seguía viniendo a mi cuarto, algunas noches, y allí hacíamos el amor como siempre, con brío y enseñanza. Aprendí por entonces que la sexualidad de las mujeres es múltiple, como prueba su cuerpo, y que sólo son felices cuando lo ejecutan todo. El hombre no es más que una nota a pie de página en la pansexualidad de la mujer. Esto me enseñaría luego a quitarme importancia y a agradecer el cuerpo de cada mujer como una dádiva, como algo no merecido, como una cosa casual, cautivadora y transeúnte.

Tía Algadefina, en una temporada de castidad, tisis y melancolía, sacaba las cartas y los versos de Rubén, un paquete ya azulado y verdecido por el tiempo, que no siempre se comporta en amarillo, soltaba lazos lentamente, y leía, leía, verso o prosa, no tanto, quizá, por fidelidad al amante fabuloso como por recuperar el tiempo perdido. Ella y yo sabíamos de Rubén por las revistas y los periódicos. El recuerdo del amor es siempre mejor que el amor, pensé. Ahora era cuando tía Algadefina estaba disfrutando el idilio con aquel indio inspirado y trascendental. Tendida ella bajo el magnolio, en la hamaca, me leía algunos versos de Rubén:

¿A qué comparar la pura

arquitectura

de tu cuerpo? ¿A una sutil

torre de oro y de marfil?

Me enamoré de tía Algadefina a través de Rubén o me enamoré de Rubén a través de

tía Algadefina. Luis Gonzaga había sido enterrado en la fosa común de los miserables, aunque la familia lo reclamó. Era un punto negro en nuestra vida. Sasé Caravaggio, ante mis desamores, volvió con el chepudito místico, fumador de pipa, María Luisa follaba con cualquiera en la calle de Jacometrezzo, frecuentada por Villaespesa, Carolina Otero le comía el coño a María Eugenia, primo Jacobo agonizó en su provincia, dejándonos herederos, las viejas cartas de Rubén perfumaban a siglo XIX y yo me iba haciendo grande sin saberlo.

La Sanjurjada es el golpismo militar del general Sanjurjo contra la República y la democracia. Lo de siempre en España. Romper las urnas cuando no son favorables a la Iglesia. 1932. Fracasado el golpe, Sanjurjo huye, pero, ya en la raya de Portugal, se siente humillado por su propia huida y se entrega a la guardia civil. La República le condena a muerte y luego le indulta. Don Manuel Azaña, el jefe de despacho de tía Algadefina, lo que tiene en la cabeza es una reforma burguesa y social en profundidad, no una revolución. Pero los revolucionarios de izquierda/derecha le superan por todas partes y se produce lo de Casas Viejas, una matanza de obreros. La derecha le atribuye a Azaña una frase infame: «A los de Casas Viejas, cuatro tiros a la barriga.» Y tía Algadefina nos explicaba en casa:

—¡Es mentira, es mentira! Yo estaba allí, le oí dar órdenes por teléfono y nunca dijo eso. ¡Nunca!

Era la primera vez que veía a tía Algadefina arrebatada, y me dio casi miedo, porque vi salir de ella otra mujer que no era ella, que yo no conocía, y que quizá se me había ocultado deliberadamente. Azaña no había dicho lo de Casas Viejas, pero había cerrado cien periódicos. El Estado, vivido por dentro, vuelve fuerte o débil al hombre sensato: tanto el fuerte como el débil acaban abusando de su fortaleza o debilidad. Azaña tenía un programa europeo para un país africano. Ése fue su error.

La Argentinista triunfa en Nueva York. Se encarcela a March y la prisión de don Juan March la van a pagar con sangre los españoles. March le daría a Franco cheques en blanco, contra Londres, para el alzamiento del 36. La verdad es que March supo encontrar su militar, que por supuesto no era Sanjurjo, y Franco supo encontrar su banquero. Blas Infante principia el separatismo andaluz, una cosa un poco surrealista, cuando Andalucía ha sido siempre resumen, síntesis y emblema de España ante el mundo. Los nacionalismos están de moda como los «ismos» artísticos, que por entonces historiaba Gómez de la Sema, y pasarán como ellos. La Xirgu, hija predilecta de Barcelona, abusaba de los cojines y las túnicas, pero en los treinta fue la musa de la República.

Muere Amadeo Vives y deja a todas las criadas de España los cantables de *Doña Francisquita* para cuando limpian el polvo, así la Ino, la Ubalda y Magdalena, que cantaban primorosamente a Vives sin saber a quién cantaban.

El pueblo es que vive de intuiciones.

Maciá sale presidente de Cataluña. Don Martín Martínez, el bisabuelo, visita dos veces por semana, miércoles y viernes, a María Luisa, y hacen el amor en la cama fría y revuelta de Jacometrezzo, cuando la naciente Gran Vía va dejando de lado esta calle. Nadie lo sabía en casa, salvo yo, que seguía conservando, con pantalones bombachos, el sentido espionita de los niños.

El bisabuelo contribuía así a las pobres economías de María Luisa, echaba dos felicianos por semana, lo cual no está nada mal para un bisabuelo tarrete y permitía a su amante seguir trabajando en Chicote, que era lo último.

Sin duda, don Martín había visto toda la vida a María Luisa, la amiga de casa, desde la altura de su edad, como el ser más deseable, codiciable y folladero del mundo, y he aquí que ahora, en la supina decadencia de ambos y del mundo, María Luisa se le venía a las manos como el último amor de su vida. En casa hubiera sido un escándalo, de saberlo, pero cuánto agradecía yo a la vieja amiga, a la vieja puta, que alegrase los

setenta/ochenta de mi bisabuelo (el tiempo ha ido pasando por esta novela) con ese amor filial, tierno, comprensivo, dulce, que las grandes mujeres tienen para los hombres viejos, de quienes se sienten madres e hijas al mismo tiempo, que es lo que sentía María Luisa por don Martín, aunque no supiera explicarlo.

A María Luisa se le había apagado la llama del pelo y se le habían encanecido las mechaz naranja. Cuando empezó a reteñirse, para gustar a don Martín, el bisabuelo le dijo:

—Déjalo, María Luisa, yo no te veo como eres ahora, sino como eras entonces, cuando ibas por casa, como una niña precoz y procaz, como diría el redicho de mi biznieto Francesillo.

—O sea que estoy vieja, don Martín.

—No, mujer. También me gustas como eres ahora, y te quiero más, gastada de hombres y noches, pero no quiero que te disfraces para mí, que te conozco desde niña. He conocido muchos amores en mi vida, he participado en algunos, pero jamás vi nada tan hermoso como el amor de bisabuelo don Martín Martínez y María Luisa. Era un amor como debe ser el amor, para que tenga textura, contextura, espesor, para que sea un amor tupido y largo: o sea, un amor tupido de sexo, amistad, tiempo, soledades, deseos, distancias, edades, siglos, frustraciones y miedos.

Don Martín temía al miedo o a la impotencia. A la muerte. María Luisa temía a la calle y los hospitales de caridad para putas, como San Juan de Dios. Y estos dos miedos unían a la hermosa y desigual pareja, dos veces por semana, con la pasión más singular de todas las que cuentan en los cronicones familiares de que se alimenta esta verídica novela.

El amor, la pasión, no es sino miedo inverso.

Los amores jóvenes, como sólo son sexo, impaciencia de los músculos, no son nada. El amor de los viejos está lento de botánica sentimental, el amor de los viejos es la flora de Mutis, más las especies de Linneo. Todo cabe en el amor de los viejos. Don Martín era viejo, muy viejo, viejo de siglos, eterno, pero María Luisa sólo era madura, decadente, hermosa: lo suficiente para comprender a un cansado garañón, a un hombre entero que la había querido toda la vida a distancia, como a una hija de hijas.

Creo que en esta verídica novela no amanece amor tan hermoso como el de don Martín y María Luisa, la viuda apócrifa del torero Machaquito, el del anís. Pero ellos no se emborrachaban con Machaquito sino con whisky irlandés que le enviaban a don Martín sus socios ingleses en negocios y empresas de mina. Íbamos viviendo de la herencia de primo Jacobo, de los mil reales de Cristo Sandeces, el quincallero. De milagro.

Hasta que un miércoles o un viernes, vaya usted a saber (siempre los días nones se fornicaba mejor, los pares son más monótonos y repetitivos), don Martín arrendó el tílburí en Jacometrezo, subió a la pensión y se encontró a María Eugenia vestida de miliciana.

—Creo que la revolución lucha por nosotras, las putas y las marginadas, creo que el socialismo y el comunismo son la causa de los pobres y los parias, creo que debo matar y morir por la revolución.

Don Martín, que era hombre de paciencias, se quitó el levitón, se aflojó el chaleco (estaban en julio, en el julio de Madrid), se sentó en su sitio y se sirvió un whisky de los que él había aportado a la casa.

—Vamos a ver, María Luisa, ¿adónde vas así vestida, con ese mono caqui y ese fusil? (Porque María Luisa portaba, como si fuese un violín, un viejo fusil del 98, atado con alambres.)

—A combatir por la revolución.

—¿Qué revolución?

—No sé, ésa, la que anda por ahí, por la calle.

—Por la calle no anda ninguna revolución, María Luisa.
—Pues más a mi favor: tenemos que hacer que ande.
—Estamos en una República progresista y social.
—Estamos en una mierda. Y los militares amenazan. Hay que pedir armas al Estado. Que el Estado arme al pueblo.
—María Luisa, amor. Tú sólo te acuestas con gente decente, de Chicote. ¿Quién te ha metido esas ideas debajo del hermoso pelo de panocha?
—Gracias por lo de la panocha. Alternó con milicianos.
—Te has enamorado de un pollo anarquista.
—Bueno, he conocido a un chico.

Don Martín sintió sobre su viejo corazón de hierro todo el peso olvidado de los celos. Comprendió que aquello era el final. María Luisa, al final, había redescubierto el amor de la juventud, y por vía vaginal, como siempre ocurre en las mujeres, le había entrado la pasión revolucionaria y miliciana.

Don Martín se sirvió otro whisky seco y lo bebió entero, porque el corazón se le había parado. María Luisa, la niña pelirroja de su casa, la novia de Machaquito, la mujer maldita del matriarcado, la pelirroja bellísima, la puta de Chicote, su amor, su amante, su vida, había conocido a un miliciano de los que quemaban iglesias, jodiendo así la República, que la había fornicado bien y le había dado un fusil y un mono, y ahora repetía, como una ametralladora, las palabras que le dijera el otro en la cama:

—Bien, María Luisa. Lo nuestro se ha terminado. Estoy con la revolución, estoy con la guerra, estoy contigo, pero hay otro hombre, y joven, en tu vida. Perdóname por viejo. Supongo que ya no aceptas ni dinero. Te has vuelto libre. Adiós.

Don Martín se puso en pie, ni siquiera se abrochó el chaleco, apuró otro whisky, para calmar el corazón, se puso la levita y salió. María Luisa, abandonado el fusil, se le aferraba con desesperación, con pena, con dolor, con sangre y lágrimas, pero don Martín se deshizo de ella y bajó las escaleras difíciles y ruidosas de la pensión, subió al tílburí y condujo por aquel Madrid mitad republicano, mitad fascista, mitad civil, hasta casa. Lloró lágrimas duras, porque lo que terminaba con aquel amor no era su vida sentimental, sino su biografía.

Don Martín había leído al marqués de Bradomín, que tantas veces estuvo en casa, y él no se sentía ni sabía un marqués de Bradomín, pero nunca imaginara que la vida, para tan tarde, le reservase un golpe como aquél.

Sólo se había traído la botella consigo y bebía a morro, a través del Madrid de la Gran Vía, cambiante, luciente, revolucionario. Fue el caballo de tiro, *Cabrito*, quien le llevó a casa, más que él al caballo. El fiacre transportaba un cadáver con vida.

Adiós, María Luisa, adiós.

La revolución venía, sin duda, y le había avisado con varios aldabonazos, los braceros de León, los reales de primo Sandeces, el final de la guerra y de Primo, etcétera, pero no creía que su flor de otoño, su amor tardío y contenido por María Luisa, fuera a ser la espina aguda, sangrienta, final, que le devolviera a la realidad, ¿a la actualidad?

Cabrito, el buen caballo de tiro, cascabeleaba hacia casa.

La Ino le vino al bisabuelo con la quiebra y el lamento:

—Que me retiro de la casa, señor don Martín, que mi hombre, que está en la sierra, con los lobos y con los niños, me llama para la revolución.

—¿Qué revolución, Inocencia?

—Ay, que yo no lo sé, don Martín, señor señorito don Martín Martínez, pero dice mi hombre, en carta de hace quince días, llegada ahora, que me vaya con él a la revolución y que deje de una vez a los viejos burgueses.

—¿Soy yo un viejo burgués, Inocencia?

—Ay, que yo no lo sé, señorito, he tratado de hablar con la señora, abuela Eloísa, o sea, pero no está en lo suyo y no me entiende.

—Tampoco yo te entiendo.

—Aquí tiene la carta de mi hombre, don Martín.

Y le tendía un papel viejo, arrugado, doblado de muchos dobleces, manuscrito.

—No necesito leer las tonterías ni las injusticias que dice tu hombre.

Y don Martín rechazaba la carta.

La Ino era mujer de edad indefinible (la pobreza no tiene edad), de permanente permanente y negra, de rasgos un poco mongólicos y de una humildad llena de interiores traiciones, como toda humildad.

—Vete, Inocencia, vete junto a tu hombre y junto a los lobos y los niños a hacer la revolución, que ni siquiera sabes de qué se trata.

—Perdone el señor señorito.

—Que te den lo que se te deba y buena suerte. Un día te verás peleando contra quienes te hemos mantenido toda la vida, desde moza.

—No me diga eso el señor señorito, que se me asaltan las lágrimas.

Y la Ino se iba llorando por corredores.

Don Martín comprendió una cosa: que le abandonaba su amante, que le abandonaba el servicio de toda la vida, que aquello se venía abajo.

El *Romancero gitano* le ha dado a Lorca una popularidad fácil y no del todo deseada. Hay que tener en cuenta que Lorca pertenece a una generación de poetas difíciles, a la «inmensa minoría» de Juan Ramón. La CEDA de Gil-Robles sería un vivero fascista a la española. En el acto fundacional de Falange aparecen García Valdecasas, hombre alto y de fina lámina, Ruiz de Alda, más bien con mandíbula de boxeador, y José Antonio Primo de Rivera, con la carita triste, bella, poética, en la que no había nada que presagiase su atroz dialéctica de los puños y de las pistolas y de romper las urnas. La Ubalda se presentaría al día siguiente, con discurso tan parecido que don Martín comprendió en seguida que ambas fámulas habían ensayado juntas para decir lo mismo, lo que servía para una servía para la otra. Don Martín las despidió con dignidad y monedas.

Magdalena, en cambio, seguía cantando cosas de *Doña Francisquita* mientras limpiaba los cristales y nunca pidió nada, porque no estaba enterada de la Historia o (lo más probable) porque le daba igual y sabía que los ricos serían siempre los ricos.

La revolución de Asturias, ya en 1934, es un friso de guardias civiles, mujeres con delantal a rayas, mineros de boina y muertos luminosos. En aquella revolución se revelaron dos figuras: Dolores Ibárruri, Pasionaria (porque había escrito sus primeros artículos en semana de Pasión o Semana Santa, seudónimo católico, curiosamente), y Francisco Franco, Franquito, que fue naturalmente excesivo en la represión. Con esto se ganó la confianza de la República, a la que en seguida traicionaría.

La revolución de octubre, en Asturias, fue la única oportunidad seria, aunque breve y restringida, que tuvo la España revolucionaria.

Ledesma Ramos, un revolucionario de biografía equivocada, que resultó más fascinado por Mussolini que por Lenin. Pero acabaría diciendo que la revolución sólo podía hacerse con la camisa roja. Se peinaba apaisado, como Hitler, y tenía una cara de boxeador pensante. Muere el torero Mejías y da lugar a un grandioso poema de García Lorca y a un culto mítico, posterior, que tiene mucho de beatería.

Lerroux, emperador del Paralelo barcelonés, sólo vestía mono y comía bocadillo cuando estaba con los obreros, pero alternaba con Lluís Companys y otros. Lerroux tenía la cabeza de estatua, con las gafas, los bigotes y la majestad. Era un farsante. Porque la República y la revolución dieron sus farsantes como la Monarquía. El problema estaba en conocerlos. Esto es cosa de intuición o de observación, pero algo se va sacando. La gente cantaba aquello de un viejo de Pidoux amigo de Lerroux. De Cataluña venía otra revolución, pero menos cruenta que la asturiana, salvo los anarquistas, y llena de intelectuales y de putas de Pidoux. Companys declara a

Cataluña independiente. El abuelo no entiende nada.

El abuelo/bisabuelo, en fin, entiende que los tiempos cambian, con o sin revolución, que él ya tiene un siglo y que la Historia no se para. El abuelo no es un cínico y no pretende esperar a que tras la agitación vuelva la calma. El abuelo/bisabuelo siente pasar la Historia por su corazón, como un alambre de acero frío y doliente. Casi le duele más el abandono de la Ino y la Ubalda que el abandono de María Luisa.

María Luisa se ha ido por amor mal entendido, pero las criadas se van porque las llaman sus hombres y les escriben cartas ágrafas los lobos de la revolución y la braña. Su tiempo ha terminado y no es cierto que todo cambie un poco para que todo siga igual, sino que todo cambia del todo y sólo se salva un poco del pasado, pero él no tiene nada que salvar. El bisabuelo don Martín Martínez enferma y muere de tiempo, del tiempo, es un letraherido de la Historia.

—¿Llamamos a un cura, don Martín?

—El único cura que soporto es don Miguel de Unamuno.

—Pero Unamuno no es cura, don Martín.

—Es más cura y mejor que todos los que he conocido.

—Don Martín...

—No quiero clerigalla. Quiero a Unamuno. Unamuno vino desde Salamanca. Se pasó una noche sentado en el tren...

—Dime, Martín, qué pasa.

—Que me muero, Miguel.

—Eso ya lo veo. ¿Y qué más?

—Quiero confesarme contigo.

—Pero yo no soy cura, Martín.

(Utilizaban ya el tuteo de la muerte.)

—Tú mismo me has enseñado que cualquier hombre es imagen de Cristo.

El dormitorio del abuelo, que había sido matrimonial, era espacioso, barroco, confuso de santos y santones liberales, con una gran cama de complicada, oval, gótica y luciente cabecera.

—Bueno, bien, dime.

La verdad es que Unamuno, con su uniforme de falso *clergyman*, estaba más cura que nunca. Se quitó la boina y se sentó a la vera del moribundo, en la orilla barroca de su cama desecha.

—No tengo de qué confesarme, Miguel.

—¿Y para eso me has hecho venir, Martín?

—Algunos pecados de la carne. Nada.

—La carne te la perdono en nombre del Cristo. El demonio.

—El demonio del poder me ha tentado siempre. Tengo que decir, Miguel, como aquel personaje de Tolstói: «mucha tierra para un hombre».

—¿Has ambicionado demasiada tierra?

—Toda, pero toda para mi gente, para mi familia, para los míos.

La familia, el servicio (lo que quedaba), las amigas y los amigos, las de Caravaggio, asistían de muy lejos a aquel diálogo/confesión de don Miguel y don Martín.

—La tierra no es de los tuyos, Martín, sino de los hombres y las bestias.

—Condéname por ese pecado.

—¿No me has llamado para que te salve?

—Te he llamado para que me condenes. Lo mío sé que es el infierno, Miguel.

—Pero tú no creías en el infierno, Martín.

—Prefiero el infierno a la nada, Miguel.

Los santos y las putas de los cuadros asistían reverentes a aquella inédita confesión. Los criados y las marquesas lloraban porque no entendían nada, pero aquello era de mucho sufrimiento. El barroquismo de la gran alcoba se hacía manierista, falso y

hermoso con las luces inciertas de las velas (don Martín no quería luz eléctrica).

—El mundo, Martín.

—El mundo me ha tentado poco. Prefería cabalgar mis tierras a lucir en el Casino de Madrid. Pero la ruleta, si eso es el mundo, ha tirado mucho de mí.

—Claro que es el mundo, Martín.

—Condéname, Miguel.

—Jugaste por salvar a la familia y perdiste una sobrina en la madrugada de las derrotas. Ya has penado por eso, Martín.

—Los curas son más duros, Miguel.

—Pues haber llamado a un cura.

—Tú eres el cura natural de Cristo, Miguel.

—Yo te absuelvo, Martín.

Y don Martín murió santamente.

El entierro del bisabuelo don Martín Martínez fue una verdadera manifestación de duelo. Los nacionales, los agrarios, los liberales, los republicanos, los apostólicos, los doceañistas, los regeneracionistas, todos se unieron y reunieron en la despedida de aquel hombre que había trabajado siempre, como sin querer, en casa y en la calle (cocidos de los jueves) por la reconciliación de los españoles.

Hasta había algún caballerito de Azcoitia.

Yo sólo veía hombres de negro, chisteras, boinas, bombines, bastones, innecesarios paraguas, todo el espectro social, que se dice ahora, cuando escribo estas verídicas e imposibles y falsas memorias, pero que no se decía entonces. ¿Y cómo ha podido el abuelo juntar a los liberales de Casino y chistera con las boinas de Pablo Iglesias? Esto sólo lo consigue un gran hombre después de muerto.

(Escribo este libro sobre la planilla inicial de *Corazón*, de Da Amicis, aunque luego veo que me he ido alejando del modelo en fondo y forma.)

Seis caballos negros, con plumeraje de lo mismo, llenaba de honra y mierda la cabalgata. Delante iban los curas con su latón/latín y luego los monaguillos, portando cruces de plata falsa, con más apariencia que peso (yo había sido monaguillo o monacillo). Así es como Madrid despidió a don Martín Martínez, que iba al gran cementerio de Madrid a reposar blandamente sobre los cuerpos de prima Maena, mi propio padre (un soldado de Galán y García Hernández), más o menos algunos enterrados aparte que ahora no recuerdo, pero que se han contado aquí. Más todos los antepasados de que les hago gracia a ustedes, pues que esto no son unas memorias heráldicas, sino una novela familiar, pero sí debo citar a la esposa de don Martín Martínez, bisabuela Petronia, que casó con él a los catorce años y murió a los veintitantos, tras darle una larga serie de hijos morideros, mortandad epocal de la que se salvaron la abuela Eloísa y en consecuencia mi madre y tía Algadefina, más algunas sobrinas que ya han salido mucho (demasiado, quizá) en esta historia. El entierro iba por calles céntricas hasta que nos cruzamos una manifestación de los anarquistas, que iban transversales, y entonces hubo encuentros, desencuentros, palos, varas, garrotazos, paraguazos, una guerra civil que presagiaba la que estaba latente y visible en España. Don Manuel Azaña se pasó por casa para hacerse presente a la familia de tía Algadefina, pero no se quedó al entierro.

Aquel incidente civil, callejero, entre anarquistas de camisa roja y señores izquierdistas de chaqué, me hizo comprender que España era más complicada de lo que parecía, y fue mi primera visión, ya digo, de la inminente guerra civil. Al fin, el entierro siguió adelante. A falta del padre, don Martín había sido para mí padre y patriarca y, sin él pretenderlo, modelo humano de energía tranquila, profesor de tenacidad diaria, sin alardes, y de gracia y coquetería machos, a sus edades. Don Martín era todo lo contrario de un viejo verde. Pero todo el entierro se resume en mi encuentro con María Luisa, que iba al final de la cola, enlutada, nada miliciana, sin pintar.

—Francesillo, esto ha sido horrible.

—Tú abandonaste al abuelo cuando más te necesitaba.

—Yo me debo a la revolución.

—Y a tu novio.

—Me asombras, Francesillo. Por lo hombre que estás y por cómo conoces nuestra historia.

—Soy el memorialista de la familia.

—¿Y eso qué es?

—Nada, el que hace memoria.

Después del entierro, María Luisa me llevó a su vieja pensión ganivetiana de Jacometrezo. Yo había oído en el entierro muy ilustres palabras, ante la tumba, a propósito de la libertad, la liberalidad, la renovación y todo eso. Pero el cruce violento con los anarquistas me había hecho dudar de todo, de unos y otros. ¿Se salva a España de boina, se salva a España de levita?

—Ya que tuve el amor del bisabuelo, ahora quiero tener el amor del bisnieto.

María Luisa, desnuda, era mucho más bella que las putas que yo había frecuentado. Mucho más que la Galilea y la Peseta y la Camioneta. Y, sobre todo, aunque decadente, tenía para mí los prestigios de haber enhechizado mi infancia con su voz y su risa, de hacerme heredero, mayormente, de aquellos pechos dulces y cansados, de aquellos muslos ágiles y jóvenes, de aquella boca eternamente fresca que fueran patrimonio del abuelo.

—¿Y si viene el miliciano?

—¿Qué miliciano?

—Tu novio, coño.

—No te preocupes. Anda por ahí matando fascistas.

—¿Y qué es eso de fascistas?

—Pues ni siquiera los ricos, sino los que trabajan para los ricos.

Más que hacerle el amor, me lo hizo ella a mí. No pude lucir mis artes aprendidas con la Formalita y otras meretrices.

Quedé satisfecho, feliz, rendido, superado por todo aquel novelón de la amante de Machaquito y de mi bisabuelo. Ella se durmió abrazada a mí y yo pensaba en lo bonito que había sido el entierro, en las palabras grandes que habían dicho y en mi primera duda (quizá antigua) respecto de las grandes palabras.

María Luisa dormía dulcemente, como una pantera lactante, como una novia vieja, como una esposa feliz, como una mujer con la biografía cumplida y dura, que era lo suyo.

Yo quería despertarla porque temía que de un momento a otro llegase el miliciano, pero no me atreví.

Incluso pensé en quedar con María Luisa para otras veces, pero recordé a tía Algadefina y me pregunté con minucia y espanto si no la estaba traicionando.

¿Traicionando en qué, por qué? Ella no era para mí más que una segunda madre, aunque yo estuviese enamorado de ella, pero eso siempre pasa. Por supuesto, nunca le diría nada de María Luisa.

Menos mal que las mujeres no van nunca a los entierros (no iban entonces).

Así fue, más o menos, el entierro del bisabuelo don Martín Martínez, toda una metáfora de la venidera guerra civil, ahora lo comprendo, con capitalistas, socialistas, anarquistas, milicianos, putas y curas.

España es país de grandes entierros y sólo comprendí toda la grandeza del bisabuelo, aun sabiendo que era mucha, cuando le llevamos al cementerio del Este.

Digamos que vi las cosas palpables, inmediatas, gráficas, directas, y no sólo por sus palabras, sus tertulias o el cocido de los jueves. ¿Había asumido el bisabuelo ante mí la figura paterna, por la pronta desaparición de mi padre, con Galán y García

Hernández? Es posible.

Todos solemos saltarnos una generación, intelectualmente, y rechazar a los padres, sacralizando a los abuelos. Esto, más o menos, es lo que la vida me había impuesto a mí, y recordé aquella tarde en que don Martín me mandó vestirme de hombre y me llevó con él a la tertulia del finísimo y complejo Casino de Madrid, con Valle-Inclán, y luego al Retiro de Campoamor.

Lloré por el bisabuelo/padre mientras María Luisa dormía como una bestia bella, noble y sucia. Luego me fui vistiendo en silencio, en sigilo, en sombra, y me fui de la casa con culpable cautela, con amor y resquemor. Afuera, la Gran Vía trepidaba de tranvías y charlestón.

María Eugenia, la priora, seguía haciéndose bollos con Carolina Otero. Hasta que un día la gallega, la Bella Otero, lo dijo y lo cumplió:

—Perdonen los señoriños, con el permiso de los señoriños, pero yo me vuelvo a mi aldea gallega a morir en paz y en gracia de Dios.

La Bella Otero había pasado por la casa como una sombra carnal, como una carne mortal, pura resaca de la guerra europea, y ahora se volvía a morir a su aldeña gallega, con cuatro cuartos y cuatro sortijas. Ya mayor, Torrente Ballester me instó a escribir una biografía de la Bella Otero, consciente de mi relativa capacidad para galvanizar ambientes y épocas, que es lo que vengo haciendo en esta verídica novela, en estas falsas memorias, como en casi todo lo mío. No acepté el encargo del maestro porque me pareció que para hacer la biografía de la Bella Otero había que ser gallego y haber vivido la *belle époque*, dos cosas que a mí me faltaban. Carolina Otero se fue sola con su maleta de cartón, hacia el tren, porque su cuerpo ya no interesaba a nadie, en la casa (yo andaba, como se sabe, entre María Luisa y la cabra *Penélope*), y porque la priora María Eugenia se había cansado de ella. La vi partir, bajo una lluvia que anticipaba Galicia, a pie y con la maleta de soldado, como una criada despedida, no como la emperatriz sexual de Europa.

Mucho hubiera podido aprender yo de los saberes de inglé de la Bella Otero, pero la priora María Eugenia me la quitó antes de tiempo, y sospecho que la famosa Carolina estaba un poco enamorada, o un mucho, de la monja alférez (alférez en la cama, se entiende).

El amor entre mujeres siempre me ha interesado, desde que leyera a Baudelaire, así como el amor entre hombres me es indiferente.

El amor entre mujeres es una vuelta del sexo sobre sí mismo, que está en la naturaleza, en la botánica, en la ciencia, en la vida. María Eugenia, la priora, tan amada por mí desde la infancia, era inteligente y sabía hacer ese juego, seguir esos meandros, que no monstruizan el sexo, sino que lo completan y concluyen.

Aquella casa, ya tan solitaria, se fue quedando más ancha de nada sin la presencia obesa, caliente, cordial y disponible de Carolina Otero. Nunca supe qué pudo más en ella, en su huida, si el desamor de la priora María Eugenia o el tirón galaico, tan común a su raza.

Un día que venía yo de fornicar con María Luisa comprendí algo estupefaciente: que en María Luisa estaba fornicando una suplencia de tía Algadefina (como quizá en tía Algadefina estaba realizando una suplencia erótica de mamá).

Pero tía Algadefina se había curado la tisis, de momento, con la revolución, iba todos los días al despacho de Azaña, hacía política, hacía republicanismo, y ya no era para mí el regazo dulce de la infancia/adolescencia.

La guerra civil se respiraba en el aire y esto había inervado (que no enervado) a tía Algadefina, llevándola a una actividad política y burocrática, al costado de Azaña, que a mí me ponía celoso y a ella le sacaba los colorcitos de la fiebre, en las mejillas, al atardecer.

—Tía Algadefina no vive más que para Azaña y la República.

Y mamá, tranquila como lo eterno (y que sin duda comprendía mis celos), me dijo:
—Déjala. Las enfermedades sólo se curan con un entusiasmo y es preferible que muera en la lucha a que muera de la tisis, bajo el magnolio.

Sólo había ya en España azules y rojos, y parece que nosotros estábamos entre los rojos, porque también había rojos de derechas, rojos con posición y dinero: los que no íbamos a misa ni visitábamos al rey. En aquel Madrid entre joseantoniano y comunista, comamos peligro por todas partes.

Un día llegaban los falangistas a casa y lo registraban todo. Otro día llegaban los comunistas y registraban sobre lo registrado. Sin duda, el caso de nuestra familia, marcada por don Martín, entre el progresismo y la liberad, entre el regeneracionismo y el crimen, les desconcertaba a todos.

Al final nos dejaban en paz.

Tras la muerte del bisabuelo, los abuelos Cayo y Eloísa decidieron morir a su vez, para que les enterrasen encima.

Primero murió él, don Cayo, con compresas, disneas, amor y silencio, desnudo como un Cristo yacente de la parroquia, que yo atisbaba por los ventanillos. Luego murió ella, abuela Eloísa, con el Espíritu Santo, como una paloma del Retiro, posando sobre su cabeza de paridora virgen. Los entierros no fueron tan vistosos como los de don Martín, claro, pero en el de abuelo Cayo estuvieron todos los consumidores de Madrid, jóvenes y viejos, retirados y nuevos, alegres y tristes, históricos y recientes, porque abuelo Cayo, con su rosario y su kempis, había sido el gran liberalizador de los Consumos en España, y de los consumidores, un redentor del cuerpo al que se veneraba en silencio y cuya foto —cuello redondo, corbata de luto, barbita regeneracionista— estaba en todos los felatos de España.

María, la vinculera, seguía negándome sus favores. Yo tenía un poco desatendida a la cabra *Penélope*, por lo bien que iba todo con mis visitas a María Luisa: miércoles y viernes, como el bisabuelo. Antes de la guerra (ahora puedo decirlo), Madrid, mi Madrid, principiaba a ser zona roja, frente a la zona nacional que era casi todo el resto de España. Un día me lo dijo mi madre:

—Pronto nos iremos todos a zona nacional, por más tranquila.

—Pero papá está enterrado y muerto por Galán y García Hernández.

—Si así lo piensas, haz lo que quieras.

Y me quedé en Madrid, zona roja, que era mi pueblo y mi patria.

A Delmirina, que era tan buena, la cogieron unos milicianos y la quisieron fusilar.

—Tú eres una monja de paisano.

—Yo trabajo en La Unión y el Fénix y allí podéis preguntar.

—No metas trolas, monjorra. Tienes toda la pinta de monja de paisano.

Le iban a cortar el pelo al cero y a fusilarla cuando se adelantó el jefe de los milicianos:

—Yo soy Pelayo y ésta es mi mujer. Delmirina, amor, ¿me reconoces y me perdonas?

Se dieron un largo abrazo, no se habló más del pasado y fundaron un hogar con la cojera de ella y el progresismo sustancioso y criminal de él. Las de Caravaggio no se atrevían a salir de casa para nada, y esto me ayudó a distanciar mis relaciones con Sasé.

La gorda cubista ya no me interesaba nada.

Un día, a solas con mi pantalón bombacho, me planteé si yo era rojo o nacional, y comprendí que era rojo como el bisabuelo don Martín y como papá, o sea que Madrid era mi sitio. Yo era un rojo de Galán y García Hernández, pero esto lo entendía mal la gente. Tía Algadefina, un suponer, era roja de Azaña. Había muchas taifas entre el rojerío y esto es lo que, a la larga, nos llevaría a perder la guerra. Paco, el jardinero, nos denunció como fascistas y volvieron los registros. No recuerdo si la guerra había empezado ya o no, pero Madrid vivía en guerra civil. El guarda, Eladio, gordo y bizco, también nos denunció como fascistas, pero todos los papeles del abuelo, viejos y

elocuentes, decían todo lo contrario, de modo que los milicianos se iban sin decir nada y hasta pidiendo perdón, dejando tras de sí ese olor marrón y viscoso del hombre que viene a matar.

Porque el crimen, político o no, tiene un olor, y es el olor a hombre sucio, desesperado y sin dormir.

Los lunes, martes, jueves y sábados, fornicaba yo con la cabra *Penélope*, ya que María la vinculera no se dejaba. Los miércoles y viernes visitaba a María Luisa, que, aparte sus labores milicianas, seguía trabajando de puta en Chicote. Los domingos se los dedicaba a tía Algadefina, reponiéndose ella en su tumbona de todo el trabajo de la semana.

—¿Cómo van las cosas, tía?

Ella me cogió la cabeza con una mano lenta y suave.

—Ya sólo te veo una vez por semana, Francesillo. ¿En qué andas metido?

—Tú eres la que le dedicas demasiado tiempo a Azaña.

—¿Estás celoso de don Manuel?

—Sí.

—Tiene mucho trabajo y mucha responsabilidad, el pobre hombre.

Tía Algadefina acercó mi cabeza a la suya y me besó en la boca. Aquello fue como un milagro, como si me hubiese besado la Virgen, con lengua y todo. Luego ella tuvo tos y una hemoptisis. La huida de mamá hacia León, las tierras del bisabuelo, había hecho más libre a su hermana, lo comprendí entonces. La llevé hasta la cama para que reposase y allí hicimos el amor sencillamente, dulcísimamente, silenciosamente, y me sentí como el Dante en el Paraíso. Luego tía Algadefina se quedó dormida y respiraba con afán y esfuerzo, hasta que se serenó. El amor la había curado.

1935. Se casa don Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII y aspirante a la corona de España. José Díaz aparece como secretario general del PCE. Creíamos que el comunismo era una cosa extranjera, pero resulta que también sirve para España. El boxeador Paulino Uzcudun se proclama campeón mundial de todo. (Luego dicen que sirvió a Franco matando a hostias a los rojos: no me consta.) Dalí pinta su *Presentimiento de la guerra civil*. Dalí, el amor imposible y aceitunado del señorito Lorca, que había estado en casa y había tocado a Falla a cuatro manos, con Algadefina, Dalí, digo/decía, realiza aquí uno de los grandes cuadros del surrealismo mundial, al que hay que añadir su valor profético, vertiginosamente expresado en la obra.

La derecha reinante ni siquiera es la buena, que la hay, sino la clerical y mediocre de Gil-Robles, llena de sacristanes interiores que ni siquiera saben tocar una campana. Los afrikaners, Franco y compañía, amenazan la República. María Eugenia, tras la partida de Carolina Otero, se dedica al jardín, a la lectura, a llevar la casa como antes llevaba el convento, muertos los abuelos y enferma Algadefina (a quien le quito el «tía» desde que me convertí en su amante, aunque pronto se lo devolveré).

María Eugenia, monja emboscada, y Algadefina, azañista pública, tienen largas charlas políticas bajo el magnolio, en el jardín, en el patio o en cualquier parte. María Eugenia resulta que es de derechas, claro, y cree en un tal José Antonio, hijo del dictador Primo, el pretendiente de Algadefina. Incluso le conoce personalmente María Eugenia.

Unos dicen que tenía famosas novias, como Marichu de la Mora o Mercedes Fórmica. Otros que era maricón. No hay que creer a unos ni a otros. Su pasión era la política. Recibía dinero de Mussolini, a quien había ido a visitar, para mantener la Falange, que era una copia ingenua del fascismo mussoliniano. Así como Mussolini había tomado su lenguaje de D'Annunzio y Marinetti, José Antonio lo tomaba de Ortega, de d'Ors y la generación del 27.

«Tended vuestras miradas, como líneas sin peso y sin medida, hacia el ámbito puro donde cantan los números su canción exacta.» Suena a Jorge Guillén, el gran liberal

republicano. Ortega es una obsesión en él y Eugenio d'Ors una fascinación, como lo sigue siendo hoy para mí. Las palabras «misión», «jerarquía», «servicio», etcétera, que tanto funcionarían en la Falange, son todas de d'Ors, malversadas por Dionisio Ridruejo, Laín Entralgo y Fermín Yzurdiaga.

Por entonces comprendía yo, al margen de mis poemas guillenianos o juanramonianos, dedicados en secreto a tía Algadefina, que la única manera de ganar dinero con la literatura era el periodismo, y principié a hacer unos artículos mucho más revolucionarios de lo que yo era, sólo por cobrarlos y verme en letras de molde. Fui firma habitual y secundaria en periodiquitos de izquierdas.

Aunque ya habían languidecido los cocidos de los jueves, con tanta muerte y tanto muerto en la casa, José Antonio Primo de Rivera vino un día a comer, traído por María Eugenia, que tenía en la derecha unos prestigios de priora escondida de los rojos.

José Antonio era joven, educado, marqués, señorito, triste, un poco impersonal (su personalidad sólo asomaba en los mítines), guapo y neutro.

—Ya sé que usted es secretaria particular de don Manuel Azaña —le dijo a la tía.

—Bueno, trabajo en su secretaría.

—Esta república de sangre y lodo está anegando España.

—Porque ustedes no la dejan prosperar.

—¿A título de qué me incluyes en ese plural? —dijo José Antonio, pasando del usted al tú con buen sentido social.

—Vosotros, las derechas, violentas o no.

—¿Eso de las derechas va por mí?

—Por ti y por Mussolini.

—Mussolini está salvando Italia.

—Para llevarla a la guerra y al fascismo.

—Oigo a través de ti a don Manuel Azaña.

—Puedo pensar por mí misma, sin necesidad de Azaña.

—De modo que me consideras mussoliniano.

—Te considero fascista.

—¿Y eso es malo?

—Sí, porque sois violentos y vais a matar obreros a Cuatro Caminos, que es la ciudad sagrada del comunismo.

—¿Tú, una señorita bien de toda la vida, te crees comunista?

—Yo no, pero comprendo que lo sean los obreros de Cuatro Caminos.

—Estás envenenada por Azaña.

—Mejor que estar envenenada por ti, como esos pobres chicos que mueren todos los días.

—Son mis mártires y me justifican.

—Conmigo no hagas literatura.

—¿Qué quieres decir?

—Que estás en la política para salvar la memoria de tu padre, que por cierto quiso acostarse conmigo, y para salvar el capitalismo por vías más directas y violentas que las de tu padre.

—Algadefina...

—Ni Algadefina ni nada. Has agravado incluso el mandato paterno, que ya era breve y malo. ¿Sabes que tu padre me mandaba flores desde el exilio?

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que si no creí en él, menos voy a creer en ti.

—Tú crees en la revolución, claro, pero no sabes que nosotros, los falangistas, somos otra revolución, con Dios y la Patria encima.

—Vosotros sois la contrarrevolución del capitalismo, como en Italia y Alemania. Tú mismo lo has dicho al salvar a la aristocracia «por su magisterio de costumbres».

—Veo que me has leído a fondo.
—Conozco a mis enemigos.
—Algadefina.
—Qué.
—Qué gran falangista hay en ti.
—Estoy dispuesta a traicionar a mi clase por salvar la República. Creo en ella, desde Azaña hasta el amor libre.
(Aquí me sentí vagamente aludido: hasta el amor incestuoso, podría haber dicho.)
—Las democracias europeas están podridas, Algadefina, y qué bello nombre.
—Gracias. Los fascismos europeos están al servicio de Krupp, que es peor. Hacéis una guerra porque Krupp la necesita para fabricar y vender armas.
—Eso te lo ha dicho don Manuel Azaña.
—Y dale. Basta con leer los periódicos extranjeros. La gran guerra mundial, que vendrá antes o después, se la han dictado a Hitler los abogados de Krupp.
—¿Por qué no te olvidas de Europa y pensamos en España, en nuestra España?
—decía, suasorio, José Antonio.
El almuerzo era en el jardín. Julio calentaba con moderación. María Eugenia y yo nos pegábamos uno al otro, asombrados de aquel diálogo. Las urracas gritaban en el cielo su grito de victoria sobre las ciruelas.
—España tiene dos opciones. Consolidar su República o entregarse al fascismo católico de Gil-Robles o a tu fascismo pagano. Me da igual.
—Yo quiero una España vertical y armónica.
—A mí no me hagas frases, José Antonio. He leído tus discursos y eres un líder con pocas ideas y mucha lírica. Te sobran luceros y te faltan planes quinquenales.
—Eso es soviético.
—¿Y por qué no?
—Veo que estás a la moda.
—El fascismo también es una moda.
—Yo no soy fascista.
—Pero recibes dinero de Mussolini.
—Eso es un infundio.
—Pues si le sirves gratis, peor para ti.
—Nunca pensé encontrar en esta casa una persona tan radical.
—El radical eres tú, que vas de pistola.
—Mira, Algadefina, la revolución es como la bicicleta, que si te paras se cae.
—Eso no es más que una greguería de Ramón.
—Pero tú no eres la revolución, sino todo lo contrario, y espero que tu bicicleta se caiga pronto.
José Antonio Primo de Rivera era bello, impersonal, triste, correcto, dialéctico, aburrido y lírico. Sin duda tenía algún trauma interior (nadie lo ha sabido nunca) que pretendía evacuar mediante la violencia.
José Antonio Primo de Rivera iba de corbata, traje completo y como un luto incierto en toda su persona. Quizá por los jóvenes que morían en su nombre. Magdalena servía la mesa, en ausencia definitiva de la Ino y la Ubalda, que se habían ido por el camino más estrecho, pisando descalzas los guijarros y con los zapatos en la mano, para no estropearlos.
—Tengo a toda la burguesía española conmigo, Algadefina.
—Y tienes a toda la clase obrera contra ti.
—Espero imponer la España que no le dejaron continuar a mi padre.
Tía Algadefina comía apenas. Pasamos todos al *fumoir*, como en tiempos de don Martín, y todos fumamos puros antillanos de los que había dejado el bisabuelo.
A mí, entre las tías, las amigas, las putas y las mujeres en general, me habían hecho

un hombre, pero los puritos antillanos del bisabuelo también contribuyeron mucho, aunque pronto me pasé al whisky, hábito más propicio a la escritura y la invención.

—Mira, José Antonio —decía Algadefina, medio tendida en un sofá, reposando un poco la comida, fumando y bebiendo—, eres un guapo mozo, tienes un poco de Amadís de Gaula y un poco del doncel de Sigüenza, como dicen las revistas cursis que tú mismo pagas, y por todo eso me caes bien y te voy a hacer una advertencia histórica.

Había tensión y abejeros de julio en el *fumoir* con ventiladores, como grandes moscardones locos y metálicos del verano.

—Mira, José Antonio, escucha, bello doncel, pequeño Amadís: tu enemigo no es don Manuel, tu enemigo no es la República burguesa; tu enemigo es el ejército, son los generales de África, que están preparando el asalto al Estado. Ellos lo harán rápido y bien, o quizá lento y cruel, pero vosotros, los románticos de derechas, los falangistas, no vais a pintar nada.

—Algadefina... —José Antonio tenía un whisky en la mano.

—Piensa en Mola y en Franco. Piensa en Varela y Queipo. Vosotros, los falangistas, no sois más que unos líricos de derechas. El poder lo tiene el ejército y de eso no se ha cuidado mi jefe, Azaña, aunque yo tampoco soy la llamada a decírselo.

Hubo un silencio profundo, largo, histórico, y tomamos helado de whisky y whisky helado. A María Eugenia le gustaba el tipo. A mí me daba asco. Algadefina se tendió para su siesta y le escuchaba hablar como un arrullo, como sólo un ruido, como un rumor más del indescifrable verano.

Vivíamos como en guerra, aunque no hubiese llegado la guerra. La casa, la vieja casa, sin el bisabuelo, que lo llenaba todo, sin los abuelos, sin prima Maena, sin prima Micaela, sin la Ino y la Ubalda, era un vacío en el tiempo y el espacio, un hueco en mitad de la vida. Faltaba mucha gente y sobrábamos los que estábamos.

María la vinculera no quería nada conmigo porque decía que los señoritos siempre abusan de las vinculeras, y luego se casan con otras señoritas. Quizá no le faltaba razón. La cabra *Penélope* ya me aburría y cansaba un poco, como el viejo amor de una puta fiel y sin imaginación, de modo que un día le corté la cuerda de un tajo y salió corriendo, triscando, loca de libertad, y no volvimos a verla. Yo también me sentí un poco más libre al liberar a la cabra.

Luego comprendería, en la vida, que dejar a una mujer, o que te dejen, viene a ser lo mismo, supone siempre un alivio, un ensanchamiento inesperado y gozoso de los ámbitos de nuestra libertad. La mayor gloria del amor es abandonar o que te abandonen.

La guerra, ya digo, trepidaba en aquel julio violento como una inminencia, como una tormenta de verano. Yo leía a Apollinaire: «Se abre el verano, la estación violenta.» El miércoles fui a ver a María Luisa y la encontré desnuda y muerta en la cama, con un limpio tiro en la sien. La portera, que se llamaba Sabina y tenía una tortuga y un brazo hinchado, me lo contó todo:

—Anoche vino con un señorito de Chicote, vestido de falangista. Lo cual que me sorprendió, porque ella era más bien roja, o sea miliciana. Luego ya nos dormimos y no oímos nada, hasta esta mañana, que me la he encontrado.

—¿Y eso qué significa?

—Bueno, una no se mete en nada, ya sabe usted, señorito, que los señoritos falangistas andan matando gente por ahí. Se lo digo a usted porque ya sé que usted no es falangista, que me lo dijo la señorita María Luisa.

—¿Y qué?

—Que el falangista no venía a pasar con ella el rato, como otros, sino a matarla de un tiro, y todavía hay que agradecerle que no haya hecho sangre, que luego una no para de fregar.

—¿Y por qué la ha matado?

—Porque la señorita María Luisa era miliciana de renombre, eso se sabía, y siempre dijo que ella no se acostaba con fascistas. Ahí tiene cómo le han pagado.

Tuve un impulso de volver a subir y hacerme a mí mismo una escena sentimental con el cuerpo desnudo, muerto y frío de María Luisa, pero me pareció teatro.

—¿Sabe algo la familia de María Luisa?

—Ah, ¿pero la señorita tenía familia?

—Tiene usted razón, Sabina, la señorita no tenía familia. Tome.

Y le di unos duros de plata para que le comprase flores a la muerta.

—Que la entierren dignamente, por favor. Ahí le doy dinero para todo.

—Gracias, señorito.

—Gracias no, que no es para usted, sino para ella.

Y me fui para siempre de la pensión donde Ganivet había cogido la sífilis.

Ya se ha contado aquí que parte de la familia, incluida mi madre, se habían ido a zona nacional. A mamá yo creo que le gustaba que me quedase en Madrid, donde había nacido, con tía Algadefina y con la República. Porque Madrid era zona roja, la capital del Estado, antes de principiar la guerra, y casi todo el resto de España era zona nacional, o lo iría siendo.

Sasé Caravaggio vino un día a casa, buscando quizá la reanudación de nuestro amor, pero yo tenía ya un amor grande, secreto, leve e incestuoso: tía Algadefina.

—¿No os vais de Madrid, Sasé?

—¿Y por qué nos íbamos a ir de Madrid?

—Tienes razón. Pero vosotras erais gallegas, ¿no?

—Y eso qué le tiene que ver.

Y le salió en seguida la sintaxis galaica.

—Que en Galicia no va a haber guerra, me parece.

—Cuánto sabes, Francesillo.

—Vuélvete a casa, Sasé, y cuidado con los milicianos y los falangistas.

—Descuida, Francesillo. Y un beso.

Y nos dimos un beso plano, que es como son los besos sin amor.

Las de Caravaggio, ahora puedo contarlo, no pasaron la guerra ni bien ni mal. Las de Caravaggio vivían en su mundo de bodas, fiestas, aniversarios, bailes en el Ritz o el Palace, estrenos y *matinéés*, y eso perduró en Madrid incluso en los momentos más lóbregos y luctuosos.

Las de Caravaggio pasaron por la guerra como por una tormenta de verano que no iba a estropearles el guateque, y como ellas, tantas familias y gentes madrileñas.

Madrid es capital de la nación porque no se toma demasiado en serio la vida ni la muerte. Aquí, como dijo el otro, sin duda un madrileño, el caso es pasar el rato. Eusebio García, escritor al que yo admiraba mucho del café Recoletos, me lo dijo un día, ya en plena guerra:

—Lo bueno de esta guerra, Francesillo, es que los amigos nos veremos más.

Como que no había nada que hacer y la gente andaba siempre paseando por la calle, mayormente por el centro, Cibeles, el Prado, la Castellana, Alcalá, Sol, la Gran Vía y todo eso.

—¿Y las bombas, Eusebio?

—Déjate de bombas, que eso son cosas de la propaganda.

Yo me sentía profundamente republicano de Azaña y dispuesto a pasar la guerra, si es que venía, en Madrid, donde estaba el gobierno. El guarda y el jardinero seguían denunciándonos a unos y a otros. El Alzamiento principia en Melilla. España empieza a arder por debajo, por sus pies desnudos y moros.

Venían los cruzados de la causa. Durruti llevaba el anarquismo, pero duró poco. Largo Caballero llevaba el socialismo, que siempre fue dubitante. Estaban a la izquierda de Azaña, pero a la derecha de la revolución proletaria. La guerra, en fin, la guerra total.

Varela libera el Alcázar de Toledo, otro alto torreón de la derecha. Franco acude rápido para no perderse esta lámina histórica. Unamuno: su genialidad eran sus contradicciones, pero una contradicción, en la guerra, puede suponer la muerte o el olvido.

Tía Algadefina iba todas las mañanas al despacho de Azaña, que no acababa de dar importancia a la sublevación de los afrikaners. Definitivamente, era un intelectual con poca visión de la Historia, porque la Historia es un relámpago que acontece. Tía Algadefina reposaba todas las tardes en su tumbona y yo le leía a Jorge Manrique, a Pedro Salinas, a Guillén, a Rubén, a Lorca, a Quevedo, a fray Luis. Claro que Rubén más bien me lo recitaba ella a mí, porque se lo sabía de memoria, y empecé a tener celos del nicaragüense, que seguía vivo en la memoria clara de mi tía/amante.

A la noche me deslizaba yo en su cama, en silencio y sombra, y por el día nunca se hablaba de eso, sino que pasábamos la atardecida con la política.

—¿Cómo ha podido Unamuno venderse a Franco, tía?

(Era como si fuesen dos mujeres, la nocturna y la diurna. Por la noche le hacía el amor. Por el día le conservaba el tratamiento, pero esta duplicidad también tenía su encanto y misterio.)

—Unamuno ni siquiera se ha vendido. Se ha entregado. Venderse es más noble, Francesillo.

—¿Más noble?

—Venderse es de grandes traidores. Entregarse es de pobres meretrices.

—Unamuno ha estado muchas veces en esta casa y estuvo valiente contra Primo.

—Es la teoría de su generación: el cirujano de hierro.

—¿Y cree que el cirujano de hierro es Franco?

—Claro.

—Yo no lo veo tan claro.

—Bueno, es que además está la cosa religiosa, católica.

—¿Tú crees, tía?

—Unamuno es un beato barroquizado de contradicciones, y lo que más le ha decidido por Franco es que Franco tiene consigo a los obispos.

—Qué miseria.

—La fe empequeñece a un hombre, Francesillo.

—Pero Unamuno...

—A Unamuno se le veía venir.

Yo cohabitaba con dos mujeres, la tía/madre sabia y la amante nocturna y no vista. Unamuno tuvo un humillante conato con Millán Astray, en Salamanca, y no volvió a salir de casa. Era el precio que pagaba Franco a los indecisos. Le tenía preso en su domicilio. Él mismo se había instituido en preso.

—Unamuno era la independencia, tía.

—Unamuno era la indecisión llevada con arrogancia, pero al fin y al cabo indecisión.

—¿Y ahora?

—Ahora, la República se va quedando sin hombres y sin tropas.

—¿Y don Manuel?

—Don Manuel quiere paliar la guerra, pero no hacerla, y ahora lo que corresponde es hacer la guerra. Don Manuel no sabe de eso.

—¿Tampoco crees en tu jefe?

—No como guerrero. Él mismo me ha dicho el otro día que se resiste a ser el presidente de una guerra civil.

A los pocos meses, Unamuno moría en Salamanca, mientras leía en la cama. Sus últimos manuscritos hacen dudar de su lucidez mental. Unamuno tenía un problema de riego cerebral no atendido. Y, sin duda, una culpa que le transverberaba. El que siempre jugó a la paradoja, el gran hablador, moría paradójicamente callado, tras una

larga cura de silencio.

—¿De qué ha muerto Unamuno, tía?

—De sí mismo.

—¿Y eso qué es?

—De la pura contradicción que siempre fue.

—¿Estaba con Franco o contra Franco?

—Ni él lo sabía.

—Un poeta joven ha dicho que Unamuno era una carraca.

—Gracias por la frase, Francesillo. Mañana se lo cuento a don Manuel.

Valle había muerto unos meses antes, en Galicia. Valle sí estuvo comprometido con la República y con su amigo Azaña. A la larga resulta que los esteticistas son más bizarros que los moralistas. Unamuno no fue capaz de morir por una idea y Valle fue capaz de morir por una imagen: la gran República popular de Azaña. Aunque muriera en su casa galaica, disfrazado de guerrillero carlista y rodeado de su rebaño de ocas. Jamás olvidaré las charlas de Valle en el cocido de los jueves, en el Ateneo, en el Casino. Jamás olvidaré sus cigarrillos turcos de puta cara y sus botines de piqué. Hoy es un clásico como Quevedo o Cervantes. No ha necesitado de siglos para acuñar la pureza y perennidad de su obra.

—Que ha muerto Valle en Galicia, tía.

—Nos vamos quedando solos, sobrino.

—Don Ramón sí que fue un republicano entero.

—Y un hombre apasionante, Francesillo.

Guardé silencio.

—Y el mejor y mayor escritor de España, Francesillo.

—¿Por qué se fue de Madrid?

(Para mí Madrid era, por entonces, el castillo famoso de la lealtad republicana.)

—Tenía cáncer. Se fue a su pueblo a morir.

—¿Y qué nos queda de él?

—Léeme una sonata, Francesillo, que tienes buena voz, como dice tu madre.

El hombre de la situación había sido Mola. Franco no tenía ninguna prisa por asumir el protagonismo mientras las cosas no estuviesen claras. La caución no se la dio la edad, sino que nació con ella.

Queipo triunfaba en Andalucía. Hitler y Mussolini envían junkers y savoias a Franco. El asfalto de Madrid está lleno de muertos como charcos. Yo le leo a tía Algadefina una sonata de Valle, que suena moderno y antiguo, bello y canalla, Rubén y D'Annunzio, pero sobre todo suena a Valle.

Hasta que la prosa no es más que un runrún, tía Algadefina se entreduerme con su respiración enferma (para la mujer de la noche me faltan unas horas), y el sol está enfrente del jardín trasero, como el escudo de julio, llegándonos entre álamos, chopos, manzanos y ciruelos. Es un sol frío y lejano, nortes de Madrid, que se complica con la fina brisa de la sierra.

A tía Algadefina, dormida, le echo un chal por encima y me voy despacio al fondo de la casa, ya sin nadie.

MARÍA EUGENIA SE DESPIERTA TEMPRANO, en sus habitaciones particulares, y se mira desnuda en el espejo del gran armario de luna. María Eugenia tiene ahora un cuerpo hecho, maduro, impaciente de amor o de guerra, un gran cuerpo moreno, un viejo y joven cuerpo de años y fornicaciones, de clausuras y oración.

Toda la relación de la priora María Eugenia con sus monjas, con las bernardas, desde que se emboscara en nuestra casa, ha sido un ir y venir de sacristanas con recados y sustos, que a las bernardas las violan, que a las bernardas las humillan, las ultrajan, las fornican, las queman, las matan. Ya está bien. La priora María Eugenia no creía que la cosa fuese tan para largo. Tengo que ponerme al frente de mis monjas. Esto es una guerra civil. ¿Qué hago yo aquí emboscada, entre una tísica y un adolescente tonto, que seguramente está enamorado de su tía? Tengo que ganarme la palma del martirio, como la primera de las bernardas, o sufrir con paciencia la violación de los mil milicianos de la República.

María Eugenia tenía un gran cuerpo como una sementera, que no parecía el de una priora.

Aunque vaya usted a saber cómo tienen el cuerpo las prioras.

María Eugenia se nos presentó a mediodía, cuando íbamos a comer, servidos por Magdalena (tía Algadefina estaba de permiso, curándose la tisis, quizá ya se ha contado aquí). María Eugenia bajó vestida de priora, guapa en el uniforme gótico de las bernardas, solemne y misteriosa en su hábito.

—Es la última vez que almuerzo con vosotros. Por los recados que recibo del convento, he decidido que debo volver allá.

—Bien —dijo tía Algadefina—. Me parece bien que vuelvas, es tu obligación, tu deber, puesto que has elegido eso. Lo que no comprendo es que vayas a atravesar Madrid así vestida. ¿A qué hora llega tu coche?

—¿Qué coche?

—No me digas que vas a atravesar Madrid vestida de priora. Tú no sabes lo que anda por la calle.

—Sé lo que anda por la calle y me da igual. Mejor así.

Comíamos los tres en el fresco revés de julio, servidos por Magdalena. Tía Algadefina habló después de un pensativo silencio:

—Tú lo que buscas es el martirio o la violación.

—Puede que las dos cosas, Algadefina.

—En resumen, alguna forma de provocación.

—Ya sé que siempre te parecí provocadora, desde antes de ser monja.

—Me pareciste una gran amiga y una mujer que sabe callar. Eso es todo.

—Pero no me ves como priora de las bernardas.

—Creí que habías entrado en religión por la muerte de don Jérôme, pero luego he sabido que no.

—¿Me estás juzgando?

—Procuro no juzgar nunca a nadie, si no es imprescindible, y menos a una amiga como tú.

—Pues déjame marchar en paz.

—Tan en paz como te acogimos, pero nuestra amistad, que viene de la infancia, me permite decirte que tú no vas buscando el convento, sino la provocación y puede que la muerte.

—¿Y no te parece eso respetable?

—Me parece más respetable la muerte en silencio, sin alarde, como la de Unamuno o Valle.

—Como esperas que sea la tuya.

—Pues quizá sí, y para pronto.

—Perdona, no quise decir eso.

—Yo tampoco quería decir nada de lo que he dicho. Vete con tus bernardas, tus milicianos y tus cosas.

—Estamos en guerra, Algadefina.

—Estoy yo más en guerra que tú.

—Ya lo sé, pero tu don Manuel va a perderla.

—Mientras la pierde o no, los milicianos ya habrán violado o quemado a todas las monjas de España.

—Te ríes de mí porque estoy del otro lado.

—Estás del otro lado, sí, del lado malo, pero no me río, porque es el tuyo.

—¿Qué tienes contra mí, Algadefina?

—Nada. Ni siquiera te pido que sigas aquí emboscada y segura por más tiempo. Creo que tu deber es volver al convento, pero no así.

—Vuelvo como quiero.

—Allá tú.

—¿Te parece un alarde innecesario?

—Y muy peligroso.

—O llego así a mi convento o no llego nunca.

—¿Te acuerdas de don Jérôme?

—Sí.

—Has cambiado mucho desde que murió.

—Me lo mataron los alemanes en un duelo estúpido y traidor. Ahora los alemanes, traídos por Franco, nos van a matar a todos. Pues bien, quiero ser la primera.

—Llegas tarde.

—Siempre fuiste irónica, Algadefina.

—Gracias.

—Sólo sois verdaderamente irónicas las mujeres inteligentes y los enfermos.

—Yo soy ambas cosas.

—Por eso. Yo, en cambio, no soy más que una mujer fuerte. Y me hizo fuerte la muerte de don Jérôme. Creo que en aquel duelo empezó la guerra civil, o quizá se continuó la guerra europea.

—En todo eso tienes mucha razón.

—Pero sólo yo supe verlo y por eso me metí monja.

Hubo un largo silencio. Tía Algadefina sabía callar a tiempo, dejarle la última palabra al otro, a la otra. Era una sabiduría, quizá también una ironía, que aprendí de ella. O quizá sólo fuese que se cansaba, se fatigaba. María Eugenia, la priora, se puso en pie y se despidió con un beso a cada uno. El mío ni llegó a beso. Siempre me había ignorado. Las dos amigas de toda la vida se separaron con una tensión que me pareció lamentable e incomprensible enfado. Luego comprendí que aquello no era sino una manera de encubrir la común emoción, una suerte de dandismo femenino, una contención casi macho.

Entre mujeres así me había criado yo, en mi perdido matriarcado.

La priora María Eugenia caminó las calles de Madrid mirada por todo el mundo, insultada por algunos, piropeada por otros. Hasta que le dieron el alto unos milicianos.

—Alto ahí, monja. ¿Adónde vas tan dispuesta?

—No soy monja, que soy priora.

—Estás guapa de priora, oyes. ¿Y de quién eres tú priora?

—De las monjas de San Bernardo.

—Lo tienes largo. ¿Por qué no coges un tranvía?

—Me apetece más un paseo.

—Claro. Las monjas salís poco, salvo cuando os saca Gil-Robles a votar. ¿Sabes que podemos matarte?

—Cuento con ello.

—¿Sabes que podemos follarte?

—¿Antes o después de muerta?

Hubo risas violentas, esquineras, salvajes, furiosas, entre los milicianos.

—¿Es que prefieres no perdértelo?

—Quizá.

Los milicianos estaban atónitos ante el desparpajo de aquella monja. Eran obreros, albañiles, barrenderos improvisados de guerreros. Hacían un grupo alegre, triste, una mancha de marrones y un rojo de vino y risas, con el gorro caído y el fusil entre las piernas.

—Pues te va a pasar de todo, priora.

Se adelantó uno altísimo, joven, rubio, tímido, que parecía el jefe.

—Esta mujer se merece el respeto por los ovarios que tiene. Sigue tu camino, madre priora, que ya se encargarán otros compañeros de darte lo tuyo.

—Gracias, guapo joven.

—¿Por qué la dejas marchar?

—Ésta va para santa. O para puta. Una mujer así impone respeto.

—La verdad es que sí.

Los milicianos eran un cansancio de esquina, un desboque de camisetas sudadas, una sofoquina de julio y una beligerancia popular, triste, aburrída y vinosa. Azaña era el único que sabía que con gente así no se iba a ganar la guerra. La priora María Eugenia siguió su camino por aquel Madrid del 18 de julio, un 18 de julio que duró meses, años, siglos.

Como dijera el miliciano alto, otro grupo la esperaba más adelante, pero éstos eran más respetuosos, tímidos, veteranos, cansados o borrachos, porque sólo le hicieron cuatro preguntas y la dejaron seguir. La priora María Eugenia caminaba Madrid como en puntas, atravesaba, entre monja y bailarina, un Madrid campamental, sucio, superpoblado, tranviario, alegre y triste, popular y hermético, un Madrid como una manzana estallada y pisoteada sobre los raíles del tranvía, un Madrid como un hombre muerto y flotante en la fuente de la Cibeles, un Madrid como un caballo de entierro o de picador (aquella vez que fueron con Picasso a los toros y María Luisa se enamoró de Machaquito, pobre María Luisa), un caballo desventrado en la Puerta del Sol y del que comían los pobres de Vallecas y los Carabancheles, un Madrid de cielo extensísimo donde se desvanecía Goya en azules, un Madrid de inmensos edificios que daban sombra neoclásica a la tribu hermética de los pobres, los revolucionarios, los locos, o a la tribu ruidosa de los borrachos, las bailarinas, las gitanas, los asesinos y los muertos, un Madrid que era como un botijero manchego, el burro y él atropellados por el tranvía de la guerra, y todos los botijos estallados en mitad de la calle, blancos y rojo ladrillo.

Madrid era un Albacete inmenso, monstruoso, aldeano, engrandecido por la guerra, la miseria, el horror, el calor, el aburrimiento y el miedo. Sonaban radios políticas y organillos de barricada. Era un Madrid de sainete y sangre, cantarín y criminal.

La priora María Eugenia, al fin, se encontró con una camioneta de falangistas que iban a matar milicianos.

—¿Adónde la llevamos, madre?

—A las bernardas, que ya queda cerca.

—¿Y cómo ha salido usted, con lo que está cayendo?

—A los milicianos ya les he parado los pies.

—Lo que hay que pararles es los fusiles.

—Pues aquí me tenéis. Sana y salva.

Era el triunfo de la mujer, hecha de astucia, contra el hombre, hecho sólo de violencia, y mal hecho. La dejaron a la puerta de las bernardas. El convento aparecía algo quemado por el fuego, pero tampoco demasiado.

Los moros de Franco estaban en la Casa de Campo y en la Universitaria, estuvieron

muchos meses, y los legionarios de Millán Astray estaban en Carabanchel. También estuvieron muchos meses. Yo me acercaba y tomaba un té con los moros o un bocadillo con los legionarios. Yo iba de particular, de un lado para otro. En las bernardas se debía estar fresquito, salvo las visitas de los rojos por la noche. Yo no era falangista ni miliciano. Yo era de Azaña, como tía Algadefina, pero esto tampoco lo decía en los bares, por si acaso. De María Eugenia no se volvió a saber nunca jamás. Su travesía del Madrid en guerra, vestida de priora ha quedado casi como un milagro en el santoral. Madrid, ya digo, era un botijero y su burro, desventrados en mitad de Santa Engracia, con la cachiza de botijos en torno, la sangre ente los adoquines, etc. España roja y España sagrada. Yo barzoneaba entre las dos Españas. Claro que hablar de las dos Españas son ganas de simplificar. Se trata de una lucha entre Españas múltiples y antiespañas, y esta multiplicidad explica mejor la guerra civil. España es un país sin resolver, según me dijo Eusebio García, escritor y amigo del café Recoletos a quien me parece que ya he citado en esta verídica novela, en estas falsas memorias de España y mi familia, de la España familiar.

—España es un país sin resolver, Francesillo.

Tenía como veinte años más que yo, pero necesitaba un discípulo, como todo maestro, y lo había encontrado en mí: el chico que calla y asiente, o hace preguntas pertinentes, jamás impertinentes ni perentorias.

Eusebio García era de Azaña, como yo, pero también se lo callaba, porque Azaña empezaba a estar mal visto entre la ronca revolucionaria, cuando se negó a ser, según he contado aquí, y palabras de tía Algadefina, «el presidente de una guerra civil». Giménez Caballero (ya lo he retratado en otros libros) echaba jeremiadas sobre Madrid, que nos llegaban por la radio, desde Burgos o Salamanca. Giménez Caballero era el Groucho Marx del fascismo español. Cuando se acercó a Franco a pedirle un cargo, el Caudillo le dijo, siempre usando el usted, ese usted que le preservaba del tú falangista y joseantoniano:

—Usted, Giménez, es un escritor. Siga escribiendo libros. Ése es su mejor servicio a España.

Era su manera galaica de quitárselo de encima.

Giménez Caballero, de gafas romboidales, mono blanco e imprenta artesanal, que pasaba de la vanguardia al fascismo (como Marinetti y tantos), era un discípulo malogrado de Gómez de la Serna, que creía que para ser vanguardista vale todo, y no es verdad, todo no vale. En la vanguardia, como en el clasicismo, lo bueno es lo bueno y lo malo es lo malo. Y Giménez Caballero era malo, según mis lecturas y sus alcantarillas, pero nos abrumaba y divertía por la radio con sus sermones a Madrid, ciudad que debiera rendirse a la evidencia, o sea a Franco. Qué gilipollas.

Ni Franco se lo agradecía, y hasta Ridruejo le prohibió.

Guernica es la experiencia más salvaje de la guerra, y el cuadro de Picasso la ha eternizado, pero la ha cosificado (son la misma cosa). Aparte que Picasso estaba pintando otra cosa, e hizo el cuadro de encargo y transformando lo ya pintado. Me decía Eusebio García:

—En Burgos, Hedilla y Pilar Primo, la hermana de José Antonio muerto, que estaba enamorada de su hermano, se han rebelado contra Franco.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Lo sé o lo intuyo.

—Ah.

A Ehrenburg, Hemingway y Malraux los veía en Chicote (de donde me faltaba, ay, María Luisa).

Ehrenburg era fotógrafo, metódico y fumador. Hemingway era bebedor, vitalista, expansivo, cachondo. Malraux era el más intelectual, con todo el pelo para un lado y las ideas para el lado contrario. También veía yo brigadistas internacionales y otros

corresponsales de guerra. Luego he leído las crónicas de la guerra española de Hemingway y no son gran cosa. Como que Hemingway se pasaba el día en Chicote, bebiendo y charlando, y no se enteraba de mucho. Hasta me parece que le quitaron el puesto.

A Hemingway lo que le gustaba era España y los toros, no la política ni la guerra. Malraux llegó a formar una escuadrilla para tomar Oviedo, que nunca tomó, claro. Entonces se llevaba mucho el modelo del intelectual de acción, a costa del cursi de Saint-Exupéry, pero eso no ha funcionado nunca. Serrano y Ridruejo son los grandes estetas del fascismo español, frente al aguafuerte españolazo, borracho y matón de los Queipo y los Millán Astray. No sabíamos quién de todos ellos hacía más daño.

A tía Algadefina la dejaba yo en casa, al cuidado del doctor don Fernando, que la entendía muy bien y además era rojo. Por la noche volvía a casa, le contaba muchas cosas de la calle, que le encantaban (como lo de María Eugenia, la priora, a la que seguí), y ya en la cama, a oscuras, hacíamos el amor, o mejor me lo hacía ella a mí, con esa lubricidad dúplice de los tísicos y de las tías hacia sus sobrinos.

Don Manuel mandaba recados diciéndole que estuviese tranquila, que se cuidase y que la guerra se iba a ganar.

El comunismo y el anarquismo tardé yo todavía un tiempo en descubrirlos. Por entonces, como ya se ha dicho, era sólo de Azaña, lo que está bien para un chico de pantalón bombacho, y eso me unía con Eusebio García.

García, al que saco anacrónicamente en mi libro sobre el café Gijón, era un intelectual de tertulia, un dialéctico paradójico que, luego, nunca llevaba a sus libros o sus artículos las ideas, las paradojas, las originalidades de su conversación. García era un filósofo oral, como Cristo y Sócrates, lo que ya está bien. En el Recoletos lo elegí como maestro o me eligió él a mí como discípulo, ahora no lo sé. García era un filósofo peripatético que daba sus mejores frutos cuando nos echábamos a andar por aquel Madrid populoso, ocioso, heroico, grandioso, bombardeado, resistente, inevitablemente asesino, gloriosamente civil.

Eusebio raramente se afeitaba ni se bañaba. Un día apareció por casa, por aquella casa/palacio tan demediada por los registros y las sacas de unos y otros. Yo pensé que iba a buscarme. Pero me dijo que si podía darse un baño en la bañera y afeitarse. Le cedí mis servicios con mucha honra, y para afeitarse me pidió unas tijeras de modista, grandes y violentas. Nunca usaba navaja ni cuchillas. Una vez aseado, se fue y se despidió elegantemente de la tía:

—Qué amigos tan raros tienes, Francesillo.

—Es un genio y está con nosotros, tía.

Un día, paseando por Alcalá, Eusebio me explicó el resentimiento de los triunfadores (siempre jugaba a la paradoja, claro, como Voltaire):

—Franco está resentido porque los héroes somos nosotros, que perdemos, y no él, que va ganando. Líbrate siempre, Francesillo, del resentimiento de los triunfadores.

Eusebio García era un cruce de profeta antiguo, filósofo griego y mendigo del Madrid peor.

Pero sobre todo era entrañable, aunque él no propendía a demostrar el afecto sino mediante la asiduidad. Eusebio García tenía el pelo crespo, la barba como cortada a hachazos (con tijeras de modista, ya lo he dicho), los ojos negros y fijos, enteradísimos de todo, la parla dulce e irónica, la mujer por libre y el bigote indeciso, como si no supiera si dejárselo o no.

Aunque él no iba disfrazado de rojo ni de nada, tenía todo el aspecto, con su corbata de tirilla grasienta, de un cesante de Azaña pasado a la izquierda. En mí yo creo que ni se fijaba la gente. La ropa se me había puesto vieja, a fuerza de descuido. Tía Algadefina no sabía nada doméstico, ni planchar unos pantalones, y Magdalena se limitaba a lavarme la ropa interior y alguna camisa. De modo que yo debía parecer un

pillete, un golfo, un chico que se había pasado a la revolución (aunque todavía me faltaba algo para eso).

Con Eusebio García paseaba todo el rato por aquel Madrid de sangre y canciones, y él reflexionaba sobre el entorno como Sócrates en las plazuelas de Atenas.

Un día venía a casa una tropa de milicianos. Tía Algadefina los detenía avanzando una mano que era ya sólo una mano de anillos y temblor.

—Aquí el bisabuelo don Martín parece que era un masonazo y un rojo.

—Tan masonazo y secreto que ni siquiera nos enteramos nunca la familia. ¿Pero vosotros no sois milicianos?

Se miraban picaros y sonreían.

—Somos falangistas disfrazados, para poder hacer así nuestro trabajo.

—¿Y qué tenéis los falangistas contra el abuelo?

—Eso, que anduvo con Galdós y Valle-Inclán, el amigo de Azaña.

Tía Algadefina se alegraba de no haberles dicho que ella era secretaria de Azaña. Los chicos, por debajo del mono miliciano, asomaban, efectivamente, un cutis fino y un pelo peinado por mamá que les denunciaba como falsos milicianos, y a veces les costaba la vida.

Corrían la casa, pasaban los corredores, las salas, la biblioteca, los pasillos, el despacho del bisabuelo.

—¿Dónde está el despacho de don Martín Martín?

—Ni siquiera sabéis el nombre. Era don Martín Martínez. Yo soy Martínez de segundo. Me parece que los milicianos de verdad trabajan mejor que vosotros.

—No digas eso, que te fusilamos.

—Pues hale.

—Se te ve la clase. Pero don Martín o lo que sea era un masonazo.

—Nunca lo supimos.

—Habría que quemarle la biblioteca.

—No hacéis más que imitar a los milicianos de verdad, pero mal.

Luego la tomaban conmigo.

—¿Y este pollo por qué no se viene con nosotros?

Tía Algadefina me acariciaba la cara con una mano.

—Porque ni él ni yo queremos.

—Chico, estás en edad de ser falangista.

Yo callaba. Que la tía respondiese por mí.

—No le va la política. Es un poeta.

—José Antonio es un poeta.

—Un poeta de las pistolas.

—No sigas por ese camino, tú.

—Me llamo Algadefina.

—Bonito nombre.

—Ya vemos que no quieres colaborar. Un día vendrán los milicianos de verdad y será peor para ti.

—No creo.

—Ya, el abuelo masón. Adiós, belleza, eres toda una señora.

—Y tú, pollo, a ver si te apuntas a Falange.

Se iban en un Ford T ruidoso, propiedad del papá de alguno de ellos, sin duda. Jugaban a milicianos de derechas.

Otro día, u otra noche, venían los milicianos de verdad.

—Esto era todo de don Martín Martínez, un rico leonés y socio del Casino de Madrid.

—¿Y eso es malo?

—Es malo tener tanto dinero.

—Ahora tú eres la dueña, claro.

—Soy la dueña de la nada, porque nada nos queda.

A éstos yo les notaba en seguida que eran los milicianos de verdad. Tenían un aura de Vallecas y General Ricardos, de Chapinería y los Carabancheles. Eran menos estéticos, pero más eficientes en sus maneras militares. Oían a vino e intemperie. Sonaban a pueblo y sentimiento. Incluso resentimiento.

—Pues tenemos que registrar la casa.

—Empezad por donde queráis.

Y la mano de Algadefina, sólo de temblor y anillos, se tendía.

Hacían el mismo recorrido que los otros. Querían quemar algo, pero no sabían qué.

—Tu abuelo era un plutócrata.

—Bisabuelo.

—Es igual. Bisabuelo. Un plutócrata.

—No sé lo que es eso. Sólo tenía cuatro tierras por León, pero se las jugaba a la ruleta.

—Un potentado.

—Los falangistas le acusan de masón.

—Y tú se ve que eres una señorita.

—Soy secretaria de Azaña.

Hacían un silencio ruidoso y perplejizante.

—Azaña es un reaccionario.

—Pues entonces id contra él y dejadme a mí en paz.

—¿Y ese chico?

—Es mi sobrino. Lo último que me queda.

—¿Y tu amante?

—Los he tenido mejores.

—Se ve que tienes parla. Os perdonamos porque estáis en la ruina.

—No hay más que mirar la casa.

—Podéis llevaros lo poco que queda.

—Nosotros no robamos. Sólo registramos.

—Lo sé, lo sé. Y soy de los vuestros. Biznieta de un masón.

—Dile a Azaña de nuestra parte que o se alía con el anarquismo o va a durar poco.

—Se lo diré.

—Adiós, belleza.

—Adiós, milicianos.

De esta manera iba sorteando tía Algadefina las invasiones de la casa. Como ella bien decía, era la dueña última de la nada. Éramos. La amé más por su temple ante la Historia, ante los amigos y los enemigos, ante los hombres en general. No tenía nada que envidiar a la priora María Eugenia, a la que yo había seguido en su travesía del Madrid rojo, como creo que ya se ha contado aquí.

Eusebio García me llevaba algunas noches a tomar el té con los moros de la Universitaria. Se llegaba dando un paseo por la Moncloa. Era desconcertante la facilidad con que dos paseantes obsoletos podían cruzar fronteras y pasar de una zona a otra. Nos sentábamos con los moros y a lo moro, a tomar su té dulce, que me emborrachaba un poco. Los moros eran campamentales, oscuros, con la cara plana, asiática, y las manos estilizadas. El cielo de la Moncloa, el julio de los astros era una cercanía de estrellas que nos daban luz y colores y perfumes de un atlas que no era el mío.

Un moro viejo me dijo al oído:

—Español jovencito, mejor que mujera.

Se lo dije a Eusebio:

—Estos moros me quieren follar. Vámonos.

Eusebio García hablaba con ellos en algún dialecto africano. Mi maestro sabía de todo. Era mi Virgilio en el descenso a los infiernos de la guerra. Los moros oían a guerra y a

pies. Entre ellos sonaba una chirimía que no sonaba en ninguna parte, quizá en el cielo. Eusebio comprendió el peligro y nos fuimos.

Otras noches, Eusebio me llevaba a visitar a los milicianos de los Carabancheles. (Algadefina dormía en su gran lecho de amor y muerte, atendida por la fiel y miope Magdalena.) También era muy fácil cruzar fronteras en la dirección sur, hacia General Ricardos, al menos para dos peatones inocuos y con alguna pinta de rojos, supongo. General Ricardos era una verbena de julio, la gente se pasaba la noche en la calle, con la fresca, cantando, discutiendo de política, disfrutando de la guerra como de una paz insólita y duradera, en la que no había nada que hacer. Por General Ricardos corrían los tranvías, para enhebrar el Puente de Toledo, como un alambre de espino enhebrándose en una aguja gótica. La frontera republicana de General Ricardos era un laberinto de calles en cuyos paredones tigreaban los viejos carteles de toros, en jirones.

Había, mayormente, milicianos de Rojo y de Casado. A mí me preguntaban siempre lo mismo:

—¿Y el mozo por qué no se enrola?

García, mi Virgilio en los infiernos de la guerra, como ya he dicho, contestaba por mí:

—Está un poco tísico, pero en cuanto se reponga viene aquí con vosotros.

—Aquí a Franco todavía le queda como un año para entrar.

—En un año pueden pasar muchas cosas —decía Eusebio.

—También es verdad.

—Pero el loco de Millán Astray nos echa mítines por un altavoz casi todas las noches, y no nos deja dormir. Quiere que nos rindamos por persuasión, como los corderos.

Los milicianos nos obsequiaban con café de malta, tabaco de mondas de patata y aguardientes de garrafón, destilados en casa, puro alcohol etílico que podía dejarnos ciegos en cualquier momento.

Se estaba bien allí, sentado en la acera, contra la pared, entre aquellos hombres que eran los nuestros, perdedores natos con una secreta elegancia de pueblo vencido.

—Para que entre Franco todavía falta un año.

—O más.

Julio apretaba incluso de noche. Había que buscar las corrientes de los callejones. Mi maestro hablaba de táctica y estrategia militar con los milicianos y les dejaba pasmados y convencidos. Le veían feble y viejo para la guerra, pero sabio y enterado. Yo miraba las medias casas, toda una vida segmentada, toda una familia dispersa, con los sentimientos bombardeados por Franco y el amor pasado por un obús. Un orinal viejo y artístico, de porcelana de Talavera, una muñeca sin su madre, o sea sin su niña, una alcoba de amor en la intemperie obscena, con su papel de dibujo modernista en las paredes. Eso era lo que había hecho Franco con la vida vividera de Madrid.

—Hale, que el café estaba muy bueno.

—Se hace lo que se puede.

—Y el tabaco sabroso.

—Eso.

—Ya quisieran los fachas.

—Adiós.

Y volvíamos al centro en un tranvía amarillo y golfo, nocturno, lleno de gente que hablaba y reía como a las doce de la mañana. La guerra había despabilado a Madrid, la gran ciudad despabilada. Pasar en aquella gran máquina, reventona de gente, por el Puente de Toledo, era como pasar con un tanque por el ojo de una torre gótica.

Gerifaltes de antaño. Conde Ciano: «Franco no tiene ni idea de lo que significa la síntesis en la guerra.» Lo que pasa es que Franco está aplazando la caída de Madrid porque quiere limpiar fondos a España, matar rojos, y piensa que eso se hace mejor en la guerra que en la paz. García me glosaba héroes como Líster, de los que yo no tenía

ni idea.

—Líster es la síntesis del pueblo español en armas.

Luego Franco no tenía ni idea de la síntesis guerrera y Líster sí, o la República. El Campesino era otra síntesis del pueblo español en armas.

—El Campesino es otra síntesis del pueblo español en armas.

El general Rojo, en cambio, a quien todavía alcancé en su casa de Ríos Rosas, postergado y perdonado por Franco, sí sabía lo que era la síntesis de la guerra, y la hubiera ganado, con un poco más de horario y disciplina. Una pena. (Franco, en la posguerra, le llamaba de vez en cuando a El Pardo para invitarle a café y discutir las jugadas bélicas. Eran como dos viejos jugando al ajedrez con el pasado: a Rojo lo entrevisté en el bar Pon/Café, de Ríos Rosas, debajo de su casa.) Yo sabía, por el doctor don Fernando, y por natural intuición, que tía Algadefina se nos iba a chorros. Miaja fue otro rojo que dio mucha guerra en la guerra. Yagüe, del lado de Franco, era demasiado falangista para el gusto del Caudillo. Incluso llegaron a conspirar el uno contra el otro. El reinado de Franco nunca fue tranquilo, como lo enseña la Historia, sino lleno de conspiraciones.

Negrín plantea trece puntos para pactar y consensuar con los nacionales. Quiere salvar la democracia (y la vida). Azaña todavía se pasea por Madrid en coche descubierto. Es el dandy feo de la derrota gloriosa.

En el Ebro se decidió la guerra civil, y ya sabemos cómo se decidió. Las apoteosis franquistas eran un plagio en cartulina de las grandes concentraciones nazis. No tenían una estética propia y la copiaron de Munich.

Medio millón de catalanes huían a Francia.

—Medio millón de catalanes huyen a Francia, Francesillo —me decía Eusebio.

—¿Y por qué no nos vamos nosotros, Eusebio?

—Nosotros somos Madrid y Madrid aguanta.

Claro que yo no iba a dejar sola a tía Algadefina ni era posible pensar en llevársela en un viaje en coche. Se me moriría por el camino. No obstante, se lo propuse a algunos amigos y hasta algunos taxistas. Les daba toda la rendida fortuna de la casa por el viaje. Francia, la ciencia francesa, Europa, tía Algadefina curada, ella y yo felices en la Costa Azul. Parece que Antonio Machado también iba a irse, con su madre. Y yo con mi otra madre/amante, Algadefina. A Besteiro le suicidan los nacionales en Carmona.

—Lo de Besteiro no hay derecho, Francesillo —me decía Eusebio García.

García y yo estuvimos tomando patatas bravas con vino negro y violento por aquel Madrid paseante y resistente. La gente, cuando bombardeaban un poco, se metía en el Metro, pero nada más.

Madrid seguía con sus fiestas, cócteles, teatros, verbenas, bailes del Ritz (tiempos de don Jérôme y del alemán de prima Maena, tan remotos, tan cercanos), etc.

Entre tasca y tasca, yo seguía haciendo gestiones con todo taxista que nos encontrábamos. Francia, la salud, la libertad, la paz, la salvación de mi amor. Al fin encontré uno, hablador y socialista, perfilero y marchoso, que parecía dispuesto.

—Sí, señorito. Me alegra encontrar un señorito socialista. Yo también pensaba irme a Francia, porque esto cae, ya lo creo que cae, lo dice hasta la Celia Gámez, que es una fascista argentina. Sí, señorito, mañana a las ocho de la mañana estoy en el domicilio que usted me ha dado a buscarles. Yo no tengo familia ni compromisos. Pero esto se hunde. Yo les llevo hasta la frontera, huimos todos y ustedes me pagan la gasolina. Me llamo Felipe, para servirle.

Felipe gustaba palillo en la boca, como si siempre acabase de comer, en aquel Madrid de hambre. De vez en cuando miraba el palillo, a ver si estaba suficientemente masticado o lo cambiaba por otro. Felipe explicaba en un pispás lo que tenía que haber hecho el gobierno para ganar la guerra. Luego les llamaba babosos a todos y me decía:

—Yo, señorito, sigo siendo socialista de corazón, pero conmigo que no cuenten Prieto ni Largo Caballero. Lo han hecho muy mal y han jugado a perder. Son unos babosos. Felipe quedó apalabrado para el día siguiente a las ocho de la mañana. García parecía un poco decepcionado por mi desertión. Él esperaba recibir a las tropas de Franco en Madrid, en la Universitaria, y abrazar a los soldados y los generales con ironía. Felipe me llevó a casa aquella noche, por completar el servicio y por aprenderse el camino.

—No le cobro nada. Tenemos un servicio mucho más largo.

Y nos reímos los dos. Felipe o la libertad. Tía Algadefina no estaba en la tumbona del patio ni en la hamaca del jardín. Era un poco tarde y sin duda se habría acostado. Ni siquiera llamé ni busqué a Magdalena, fiel y miope. Ardía en deseos de contarle a mi amor mis proyectos de salvación, de huida, de curación. Sacaríamos todos los duros de plata, todas las monedas de oro que abuela Eloísa había guardado en los arcones. Con plata y oro puros se puede ir a cualquier parte del mundo. Tía Algadefina estaba en su cama extensa, dormida y fría. La besé en la frente. Por lo menos no tiene fiebre. La volví a besar, le cogí una mano. Está muerta.

Me senté en un borde de la cama, de nuestra cama, y lloré. Luego me acerqué al gran balcón de julio y vi un Madrid nocturno, periférico, tranquilo, al que sólo llegaban las detonaciones remotas de los fusilamientos o los bombardeos. Yo no sabía lo que era yo, no sabía lo que era, de quién era, qué hacía, qué no hacía, con quién estaba. La angustia política, curiosamente, pudo más en mí que la angustiada amorosa. Había perdido a mi amor, pero sobre todo había perdido una idea del mundo, una guía, un norte, una verdad.

Volví a ella, y a su lado tenía las cartas y los versos de Rubén. Me sentí absurdamente traicionado. Había muerto mecida por la música del indio genial, el olímpico cisne de nieve con el ágata rosa del pico lustra el ala eucarística y breve que abre al sol como un casto abanico. No la tenía ni siquiera a ella. Ella era de Rubén, de un tiempo que ya no era el mío. Comprendí, o dudé, que tenía que volver a la calle, a la guerra, a Madrid, a aquel Madrid paseante y glorioso, que se había tomado la victoria y la derrota como un paseo por Alcalá. Encontrar de nuevo a García, o a otro, que me dijese lo que tenía que hacer, lo que tenía que pensar. Sonaban relojes, nortes de Madrid, en el extrarradio elegante y religioso. Y alguna campanita del campanil gentil de las monjas. Sonaba la noche. Velar a tía Algadefina.

Enterrar a tía Algadefina con la familia. Luego sería el momento de vestirse de miliciano, o seguir de bombacho, paseando por Madrid como un semidiós deambulante y derrotado, el olímpico cisne de nieve con el ágata rosa del pico lustra el ala eucarística y breve que abre al sol como un casto abanico.

La Dacha, 1993/1994.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.